

Todo lo

que

NO

quise

ver

ANA MARTÍN

Copyright © 2024 Ana Martín

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin permiso previo y por escrito de la autora.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 979-88-84-63013-0
B46324

Para todas aquellas personas que viven una situación parecida, no dejéis que nadie os haga dudar de lo mucho que valéis.

CAPÍTULO 1

El móvil sonó por tercera vez y me digné a responder.

—Ya voy.

—Nere, solo faltas tú —Izan parecía algo molesto.

—Estoy de camino.

Colgué antes de que me pudiera decir nada más y salí corriendo hacia el coche. Llegaba tarde porque había entregado un trabajo muy importante que, como siempre, dejé para el último momento. Las calles estaban iluminadas por farolas y luces navideñas, me encantaba el ambiente acogedor de esa época del año. El clima era frío y llevaba mi chaqueta roja preferida que realzaba mi espíritu navideño.

Cuando quise arrancar el coche, no pude. Pisé el embrague y giré la llave con fuerza, pero no había manera. Mi hermano Dani lo compró de segunda mano y, cuando pudo pagar uno nuevo, me lo dio. Aunque me avisó de todos los inconvenientes, últimamente fallaba más de lo normal. Probé otra vez y tras emitir un extraño sonido, se puso en marcha y fui a donde habíamos quedado.

Izan fue el primero en verme. Llevaba los lados de la cabeza rapados, pero se había dejado la parte de arriba más larga y despeinada. Sus mechones negros caían sobre sus ojos marrones. Al levantar el brazo para que fuera con el grupo, su manga se deslizó dejando al aire algunos de sus tatuajes. El gesto hizo que mis amigas se giraran descaradamente.

—Tendrías que mirar más la hora —dijo Inés apartándose el cabello oscuro para que pudiera ver sus ojos negros. Hacía poco que se había cortado el flequillo y le quedaba muy bien.

Emma asintió divertida con cierta timidez. Su larga melena pelirroja le llegaba por encima de la cintura. Las pecas decoraban parte de su pequeña nariz y de sus mejillas. Tenía unas facciones muy suaves y bonitas.

—Lo sé, lo sé... —observé el portátil que estaba en la mesa—. ¿Me ponéis al día?

Paula afirmó con la cabeza. Se había recogido sus rizos rubios en una coleta. Le favorecía el peinado y habría parecido más joven si hubiese optado por un maquillaje más natural, pero el pintalabios rojo era su sello personal.

—Seguimos con el mismo dilema: ¿playa o montaña? —respondió.

Me acercó el ordenador con un documento que habían rellenado donde indicaban los pros y los contras de ambos lugares. El camarero preguntó si quería tomar algo y pedí una Coca-Cola.

—Os lo vuelvo a decir, me parece absurdo ir de vacaciones a un sitio con playa, viviendo al lado del mar —el tono de Izan era tranquilo.

—Pero no es lo mismo, cada sitio tiene su encanto —contestó Inés.

—Para eso vamos a la montaña, que también tiene su encanto, y cambiamos de vistas.

—Verdad —Paula confirmó.

—Estaremos casi en verano y apetecerá tomar el sol, bañarse en la playa... —Emma dio un sorbo a la cerveza.

Parecía imposible que nos fuéramos a poner de acuerdo.

—¿Votaciones? —Inés trató de dar una solución democrática.

Como era de esperar, dos querían playa y los otros dos montaña. El voto decisivo era mío. Tenía que escoger yo: la persona más indecisa del mundo.

—Me da igual, las dos opciones me parecen bien.

—Eso no sirve —Izan contestó al momento, riéndose.

—¿Playa o montaña? —insistió Inés, más seria.

Me coloqué bien las gafas. Sabía que, escogiera lo que escogiera, dos personas estarían descontentas. Volví a mirar el portátil donde estaban las diferentes propuestas. El apartamento en la montaña era muy económico y rústico. El de la playa, en cambio, era moderno y más caro porque estaba en primera línea de mar. Necesitaba ahorrar para comprar un coche en mejores condiciones del que tenía porque sabía que no me duraría mucho más, así que elegí el destino más barato.

—Montaña.

Aprecié cómo cambiaban sus rostros. Izan y Paula sonrieron, mientras que Inés y Emma no podían ocultar su disgusto, pero, sobre todo, se notaba en Inés.

—Decidido, montaña —afirmó Izan.

—Podrían venir nuestras parejas —propuso Inés, más feliz.

Daba la sensación de que intentaba vengarse de mí por no haber escogido el destino que ella quería. ¿Por qué? Porque todos tenían pareja, menos yo. Inés sabía que ese tema me frustraba. Visto desde fuera podía parecer una tontería, pero para mí no lo era. No sabía lo que era sentirse querida en ese aspecto. Me estaba perdiendo un montón de experiencias, el tiempo pasaba y yo seguía en la misma situación.

—¡Claro! Cuantos más seamos, mejor —Emma asintió.

Izan me miró y, sin que llegara a decirle nada, me entendió.

—Pensaba que esta escapada la hacíamos por los viejos tiempos.

—Pero una cosa no quita la otra, Izan —respondió Inés antes de beber de su vaso.

Izan se encogió de hombros, no pudo hacer nada y me tocó intervenir.

—Vuestras parejas me caen muy bien, de verdad, pero estoy cansada de ser aguantavelas.

Sus miradas se fijaron en mí. El silencio duró menos de tres segundos.

—Tu situación podría cambiar, queda casi medio año por delante —Inés alzó las cejas.

—Lo dudo mucho —respondí riendo.

—Va, Nere, no seas así —Emma me golpeó el brazo con cariño.

—Es que es verdad, Emma. Mi vida se resume en ir a la uni y dar clases los fines de semana.

¿Cómo conozco a alguien?

Se miraron entre ellas cómplices.

—App de citas —sonrió Paula.

—Todo es muy frío en esas aplicaciones y la mayoría van a lo que van —comentó Izan.

—Marta y yo llevamos siete meses —Paula asintió.

—No sé, chicas... —terminé diciendo insegura—. Opino como Izan.

—Bueno, puedes probarlo y si no te convence siempre podrás borrar el perfil y desinstalar la app —Emma me transmitió calma.

—¡Claro! —exclamó Paula.

Realmente no perdía nada por intentarlo. A situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

—Vale —dije sin pensar.

—¿Estás segura? —Izan me miró asombrado.

—Sí.

Obvio que no estaba segura, me dejaba llevar por la presión social e Izan lo sabía.

Entre todas me ayudaron a seleccionar mis mejores imágenes de la galería. Fue un poco difícil porque nunca he sido una persona que se haga muchas fotos. Debatimos sobre qué poner

en la biografía; yo quería ser abierta desde un principio y dejar claro lo que esperaba encontrar allí, pero Inés y Paula me dijeron que era mejor no poner gran cosa, así preguntarían.

—Voy a recoger a Carla —Izan se levantó de la mesa y agarró el casco de su moto—. Ya me contaréis.

Se mantuvo al margen todo ese tiempo y no parecía muy contento con lo que estábamos haciendo. Al marcharse, nos quedamos las cuatro cotilleando en la app. Era increíble la variedad de hombres que aparecían. Incluso me arrepentía de no haberlo hecho el año anterior, al cumplir los dieciocho.

De repente, la pantalla de mi teléfono cambió y apareció: «Tienes un Match».

—¿Qué es eso? —pregunté a Paula.

—¡Tienes un Match! Eso es que los dos os habéis dado a me gusta. ¿No te acuerdas cuando hice Match con Marta y me comenzó a hablar?

—No —me reí.

—Ya veo lo mucho que te importo —respondió haciendo ver que estaba ofendida.

—Pau, hacías Match con un montón de chicas y... ¿con cuántas te liaste antes de quedar con Marta?

—Eso no importa —trató de evadir la conversación—. A ver cómo es.

Paula agarró el móvil y miró las fotos del chico.

—Va, dile algo —Emma se dirigió a mí.

—No, no —dijo Inés—. Le ha aparecido a ella el mensaje, él tiene que dar el primer paso.

Intentaba entender lo que decían, pero no había manera porque todo era nuevo para mí.

Una notificación me distrajo.

—¡Me ha escrito!

Sentí un cosquilleo extraño. Ni siquiera entendía el porqué, si a penas sabía de su existencia.

—¿Y qué te dice? —Paula me golpeó con el codo suavemente.

—«Hola, ¿qué tal todo?».

—Espero que se ponga las pilas, porque de momento se lleva un cero en originalidad —soltó.

Me sabía mal que hiciera ese tipo de comentarios despectivos respecto a alguien que no conocíamos.

—«Bien. Con ganas de que lleguen las vacaciones de Navidad, aunque no me apetece estudiar para los finales. ¿Y tú?».—leí en voz alta.

—La gente no suele dar tanta información de primeras —dijo Inés.

—Yo no lo veo mal, si él tiene el mínimo interés le preguntará qué estudia —Emma miró a Inés.

—¡Me ha contestado! «¿Y qué buscas por aquí? Me sorprende que una chica tan guapa no esté pillada».

Sentí cierto calor en mis mejillas.

—Wow... Todo un caballero —se burló Paula.

—Va a lo que va —advirtió Inés.

No entendía cómo sacaban esas conclusiones a partir de las pocas frases que habíamos intercambiado.

—«Busco algo serio» —dije mi respuesta tras enviarla.

Inés y Paula se miraron entre ellas, como si hubiera hecho algo mal.

—¿Qué pasa?

—Tendrías que haber esperado un poco para decírselo —Paula contestó al momento.

—Pero es la verdad, busco algo serio.

—Ya, pero en estas aplicaciones es mejor ir más despacio si no quieres que se agobien —respondió Inés.

Tenía una mentalidad muy diferente a ellas. Si alguien se agobiaba al decirle que yo quería algo serio, estaba claro que no éramos compatibles. Consideraba que era mejor dejar las cosas claras desde el principio.

Tras unos minutos el chaval de la app seguía sin contestar.

—¿Me dejas un momento el móvil? —preguntó Paula.

Le aproximé el teléfono.

—Te ha dejado el visto.

Noté un pinchacito en el corazón, supuse que por el simple hecho de sentirme rechazada. Sin embargo, era un sentimiento al que tenía que acostumbrarme si iba a seguir en la app.

Hice Match con varios más, pero las conversaciones no llevaban a ninguna parte.

—Ten paciencia —dijo Emma—, no te presiones por encontrar a alguien pronto.

—Dedícale unos minutos al día y si alguno parece cumplir tus expectativas, entonces dale una oportunidad —me aconsejó Paula.

No podía dormir. Le daba vueltas, una y otra vez, a que quizás me había precipitado creando un perfil en esa app. No era el tipo de persona que se unía a esas aplicaciones donde la mayoría buscaban pasárselo bien. Sin ir más lejos, me sentía expuesta porque cualquiera podía ver mis fotos y, de pensarlo, me generaba cierta ansiedad. De hecho, por esa razón tenía todas mis redes sociales en privado.

Encendí la luz de la mesita y me incorporé un poco. Las paredes blancas hacían que la habitación pareciera más grande de lo que realmente era. Desbloquéé el móvil y vi que tenía dos mensajes nuevos de diferentes personas con las que había hecho Match. No obstante, decidí no entrar en los chats, ya que era tarde y sabía que si lo hacía, me despejaría más. Volví a bloquear el móvil. Necesitaba distraerme, así que fui a la estantería donde se encontraba mi colección de libros románticos. Siempre he sido una gran admiradora de ese género, pero debido a aquello mis expectativas en el amor también crecieron. A menudo fantaseaba con la idea de encontrar a un chico al que le importara, alguien que supiera ver lo bueno que hay en mí y que me hiciera brillar más. Un chico que me entendiera. Sin embargo, lo veía muy lejano. O, al menos, eso creía. Le estuve dando vueltas un rato y me convencí de que no era tan descabellado construir esa historia de amor que tanto ansiaba gracias a una app de citas.

CAPÍTULO 2

Me obsesioné tanto con la idea de encontrar el amor, que cuando tenía un momento libre entraba en la app y fantaseaba con tropezar con el chico de mis sueños haciendo *scroll*.

A pesar de que cada vez analizaba menos los perfiles de los hombres que aparecían, hubo uno con el que me detuve más tiempo. No sabría decir si fueron sus ojos verdes o su sonrisa lo que me llamó la atención, pero algo lo hizo. Era un poco mayor que el resto de chicos con los me había cruzado en la aplicación. Marcos tenía 24 años e inconscientemente ese dato me hizo creer que sería más maduro. Tras pensarlo un rato, le di a me gusta con miedo de no volver a verlo más, ya que si él no me daba like, no aparecería de nuevo. Para mi sorpresa, el mensaje «Tienes un Match» ocupó la pantalla. Noté un mini infarto, pero justo en ese momento el profesor apareció por la puerta y dejé el móvil en el bolso. No fui capaz de prestar atención a la clase porque solo pensaba en que él esperaría a que yo le hablara. Sin embargo, al desbloquear el móvil, apareció su chat.

MARCOS

Hola, ¿cómo estás?

NEREA

¡Holaaa!

Perdón por no responder antes, estaba en clase.

MARCOS

No pasa nada. ¿Qué estudias?

NEREA

Educación infantil. ¿Tú estudias?

MARCOS

Acabé hace años.

Soy ingeniero en ciberseguridad.

NEREA

Suena interesante.

—¿Vienes? —preguntó Lucía y al levantar la vista vi que solo quedábamos nosotras en clase.

Afirmé y recogí mis cosas. sin quitarme a Marcos de la cabeza. Parecía majo, fue el único que me preguntó por mis estudios y, además, respondía enseguida.

Lucía fue la primera persona que conocí en la universidad. Nos sentamos al lado en la charla informativa que hicieron para explicar cómo sería el nuevo curso al que nos enfrentábamos. Desde entonces, congeniamos muy bien y hacíamos todos los trabajos juntas. Aún así, todavía no la había puesto al día con lo de la aplicación porque me daba un poco de vergüenza. Mientras caminábamos por el pasillo, decidí sacar el tema.

—Lu, tú... ¿te abrirías una app de citas?

—Ni de coña. Con lo bien que se está sola.

Ella tuvo pareja el año anterior, pero no acabaron bien y se cerró en banda por miedo a darlo todo y que no la valoraran. Entendía su punto de vista, pero yo sí que creía en la magia del amor, esa que había leído en tantos libros.

—Sí, sola se está bien, pero quiero probar nuevas experiencias.

—Entonces... ¿Por eso estás tan enganchada al móvil?

Elevó las cejas sonriendo, pero no era una sonrisa con maldad, más bien parecía ilusionada.

—Sí.

—Espero que tengas más suerte que yo —me agarró del brazo y salimos del edificio.

Agradecía que, a pesar de todo, Lu me apoyara en aquello porque con mi inseguridad, si ella hubiese hecho cualquier comentario despectivo, me hubiera replanteado lo de buscar pareja ahí.

A lo largo del día seguí hablando con Marcos y cada vez lo sentía más cercano. Me confesó que él no era una persona a la que le gustase usar las redes sociales y que, de hecho, le costaba seguir las conversaciones, pero que conmigo sentía que era diferente. Ese comentario hizo que empezara a verlo de otra manera. De todos con los que había hablado, Marcos era el único del que ansiaba tener una respuesta y necesitaba contárselo a Izan cuanto antes.

Fui a la cafetería en la que lo habían contratado para cubrir las vacaciones de diciembre y donde trabajó durante el verano. Cuando llegué estaba preparando unos cafés para los clientes. El sitio era muy agradable con tonos verde oliva y las mesas de madera. En cuanto me vio levantó la cabeza para saludarme y sonreí.

—¿Lo de siempre? —alzó las cejas.

Asentí, e inmediatamente se puso a preparar el batido de oreo; mientras tanto, yo esperaba en la barra.

—¿Acabas pronto? —pregunté cuando me acercó el pedido.

—Sí, en media hora.

—Es que... tengo que contarte algo —no pude contener mi alegría.

—Dime que no has hecho ninguna tontería.

—No... Todavía —sonó una notificación de mi móvil y miré la pantalla rápidamente—. Estoy hablando con un chico, pero después te cuento.

—Nere, no me dejes así.

—Hablamos cuando acabes.

Agarré mi batido y me senté en una mesa del fondo para esperarlo. Revisé en WhatsApp el chat con Marcos, ya no hablábamos por la otra app porque aquella mañana me pidió el número. Izan no tardó en acercarse con la chaqueta de cuero y el casco de la moto colgado del brazo. Su compañera nos tomó nota de las bebidas, él pidió una cerveza y yo un agua porque el batido me había dado sed.

—¿Y bien?

—Pues... ¿Te acuerdas que abrí la app de citas? —afirmó mientras me miraba serio esperando una explicación—. Ayer empecé a hablar con uno, se llama Marcos y es muy atento y divertido.

Le di la información de golpe porque como estaba nerviosa hablaba más rápido de lo normal.

—¿Vais a quedar?

—No. Bueno no lo sé. Él a veces lo deja caer, pero siento que necesito saber más sobre él antes de quedar con un desconocido.

—Ya me imagino... Ve a tu ritmo.

Suspiré.

—No me gusta mi ritmo. Es demasiado lento... Siempre que he tenido una oportunidad la he estropeado.

—El problema es que has dado con tíos gilipollas que no han sabido valorarte.

Quería creer lo que decía, pero estaba segura de que él, más que nadie, me miraba con buenos ojos. Nos conocíamos de toda la vida, literalmente. Mi madre y la de Izan iban juntas al colegio y siempre se han llevado muy bien.

—A ver cómo avanza... —terminé diciendo.

Izan bebió.

—¿Cuándo se lo dirás a ellas?

—Cuando llevemos hablando más tiempo.

Marcos me escribía cada mañana antes de empezar a trabajar y despertarme con sus mensajes comenzó a formar parte de mi rutina. Ese pequeño gesto hacía que mis días iniciaran con buen pie y, sin darme cuenta, me estaba volviendo adicta a esos detalles que tenía conmigo. Intentaba disimularlo, pero no podía.

—¿Querrás que te pase los apuntes? —preguntó Lucía mientras recogía el portátil.

Había pasado gran parte de la clase hablando con Marcos y no presté atención al profesor.

—Porfa.

—Tendrías que empezar a centrarte en los exámenes.

—Todavía queda mucho.

—Tres semanas. Te lo envío en cuanto llegue a casa, ¿vale?

Asentí.

Lucía se esforzaba por ser la mejor de la clase. Su objetivo era tener la nota más alta para poder entrar en el máster con beca por excelencia académica. Admiraba su esfuerzo y que tuviera las cosas claras. Yo no había pensado en especializarme porque todavía me quedaba un año y medio para graduarme y lo veía muy lejos.

Tanto Lu como Izan sabían de la existencia de Marcos y como cada día hablábamos más, sentí que era un buen momento de contárselo a mis amigas.

NEREA

Necesito que nos veamos, tengo que ponerlos al día.

PAULA

¿Es por la app? ¿Has conocido a alguien?

NEREA

Sí. ¿Os va bien mañana?

EMMA

Estoy liada con la mudanza, pero decidme la hora e intentaré ir.

INÉS

He quedado con las de la uni para comer, supongo que por la tarde estaré libre.

IZAN

A mí me va bien.

PAULA

Tengo entradas para ir al cine con Marta a las 19:30h, así que si puede ser antes, mejor.

NEREA

¿Sobre las 17h?

Nos reunimos y empecé a hablarles de Marcos, de lo bien que habíamos congeniado durante esos días. No había acabado de hablar y me estaban pidiendo que les enseñara fotos de él.

—Me parece muy mono —Emma me pasó el móvil.

—A mí también, pero ¿tienes alguna otra foto que no sea de su perfil de Tinder? —Paula miró la pantalla, analizando la imagen.

—No, no tiene redes sociales. Cuando empezamos a hablar por WhatsApp le dije de seguirmos en Instagram, pero se lo borró hace unos años.

Hubo un breve silencio.

—Me parece un poco raro —comentó Izan.

—Yo creo que es maduro, las redes sociales solo nos quitan tiempo y crean la necesidad de compararte y compartir tu vida con gente que ni te hablas —Emma dio su punto de vista.

—Exacto, yo también lo veo así —le di la razón.

—Pero no podéis decir que no es raro. Estamos hablando de un tío de veinticuatro años, ¿no? —Inés me miró y asentí.

—Es que hasta nuestros padres tienen redes sociales —volvió a intervenir Paula.

—A mí lo que me choca es que tenga una app de citas, pero no las que todos usamos —remarcó Izan.

Por un lado, me parecía extraño porque no había conocido a nadie sin redes sociales, pero, por otro lado, sabía que no tenía que juzgarle. Cada uno tiene derecho a hacer lo que quiera con su vida. Incluso yo me planteé, alguna vez, eliminar ciertas redes, pero no me veía capaz porque me gustaban aunque no las usara mucho.

—¿Cuándo vais a quedar? —Paula preguntó para desviar un poco la conversación.

—No lo sé... Marcos ha sacado el tema alguna vez, pero es que me pongo muy nerviosa solo de pensarlo.

—Haced una videollamada o algo antes de veros en persona. Así te aseguras de que es el de las fotos —advirtió Emma.

—Sí, dile de hacer una videollamada —Inés sonrió como si hubiese tenido ella la idea.

—Me da miedo que no sea como lo imagino —terminé confesando.

—Si te gusta quedáis, si no, fuera —comentó Paula.

—Intenta no hacerte ilusiones —dijo Izan.

—Es bueno que se ilusione —Inés me defendió.

—Ya, pero me refiero a que no lo ponga en un pedestal antes de conocerlo. Ella misma ha dicho que le da miedo que no sea como imagina.

Entendía la posición de Izan, pero por mucho que lo intentara, era imposible no fantasear. Desde el primer día que hablé con Marcos, ya lo idealicé porque me prestaba más atención de lo que había hecho cualquier hombre antes.

Hice caso a mis amigas y le escribí para hacer una videollamada, que él aceptó enseguida. Dijimos de vernos sobre las ocho de la tarde, así me daría tiempo de llegar a casa.

—Te maquillarás, ¿no? —preguntó Inés.

—Pues... No lo había pensado.

—Mejor que sí. Mira, si resaltas un poco tus ojos verdes con alguna sombra, te pones antiojeras y le das un poco de color a tus labios, seguro que le encantas.

—No tiene que maquillarse —Izan me miró negando con la cabeza.

—Ya, pero Marcos es mayor, así no la verá tan pequeña.

—Solo son cinco años —dije.

—Bueno como tú veas, pero yo si fuera tú lo haría.

Nunca había sido partidaria de usar maquillaje, pero tal vez Inés tenía razón. Era mejor que la primera impresión fuera buena.

CAPÍTULO 3

Me retoqué el maquillaje antes de ponerme delante del ordenador. Estaba muy nerviosa. Además, mis amigas no paraban de hablar por el grupo de WhatsApp diciendo que querían saber más sobre Marcos y me estaban agobiando. Izan me escribió por privado antes de comenzar su turno diciendo que no iba a poder estar por el móvil, pero que si quería hablar podíamos vernos después.

Un sonido me avisó de que estaba entrando la videollamada de Marcos. Clicqué el botón verde sin pensarlo.

A pesar de que no lo veía igual que en las fotos, en ese momento parecía más mayor, sentí un gran alivio al ver que era real. Tenía el pelo despeinado y, por la calidad de la cámara, casi no se podía apreciar el color de ojos. Lo primero que me llamó la atención fue que vistiera en manga corta con el frío que hacía.

—Hola —dijo acomodándose en la silla.

—¿No tienes frío?

—Qué va, estoy un poco nervioso y sudo bastante. Es que solo me conecto aquí para jugar con mis amigos y se me hace un poco raro.

Su comentario me hizo reír. Se mostró sincero y me transmitió tranquilidad.

—Yo también estoy nerviosa. ¿Cómo ha ido el día?

—He adelantado trabajo.

Me había dicho que era ingeniero de ciberseguridad y que llevaba años en su empresa, pero que tenía libres aquellas semanas.

—¿No tienes vacaciones?

—Sí, pero me aburría. Mis compañeros de piso se han ido a pasar las fiestas con sus familias. Me gusta estar solo, pero hasta cierto punto... ¿Tú cómo estás?

—Bien. Esta mañana he dado clases de repaso.

—¿Cómo llevas los exámenes?

—No me he puesto a estudiar. Trabajo mejor bajo presión y todavía me quedan unas semanas.

—Soy todo lo contrario a ti.

Estaba muy acostumbrada a que la gente me respondiera eso, así que cambié de tema.

—¿Y no pasarás las fiestas con tu familia?

—En Navidad iré a la comida que hace mi madre, pero los otros días estaré por aquí disfrutando de la tranquilidad.

—Y adelantando trabajo.

Estuvimos hablando un par de horas, que se me pasaron volando. Me gustaba sentir que lo conocía cada vez más. Tenía ganas de estar cerca de Marcos, no a través de una pantalla. Como si pudiera escuchar mis pensamientos, sacó el tema.

—Si quieres, podemos quedar algún día.

—Lo iba a decir.

—¿Cómo lo tienes esta semana?

Hice ver que miraba el calendario, por hacerme la interesante, ya que en realidad no tenía ningún plan.

—¿Mañana? —pregunté.
—¿Sobre las seis de la tarde?
—Vale.

Se ofreció a venir a mi ciudad, que le pillaba a una hora en tren. En coche se tardaba menos, como media hora, pero Marcos se negaba a sacarse el carnet de conducir porque viviendo en el centro de Barcelona le resultaba más viable el transporte público.

En cuanto terminé la videollamada, informé al grupo de lo que acababa de pasar. Todas respondieron al momento menos Izan, que estaba trabajando. Dije que Marcos era más guapo que en las fotos que les enseñé y se pusieron como locas porque querían saber más de él, pero les pasaba como a mí, teníamos la información justa.

Casi no dormí esa noche por los nervios. Era la primera vez que quedaba con alguien que había conocido por Internet. Quién me iba a decir eso meses atrás... ¡Era impensable!

Me pasé todo el día cansada y con sueño, pero enganchada al móvil, por si me hablaba. Apenas comí porque sentía un nudo en el estómago. Temía ridiculizarme en público o que Marcos me viera como una cría o que simplemente no le gustara. Estuve escarbando en el armario, pero toda mi ropa me aburría, era muy básica. Terminé vistiéndome con un jersey blanco, un tejero oscuro y las botas negras. Volví a maquillarme por tal de resaltar mis ojos y tapar algunas imperfecciones. Antes de ir a la estación, me puse mi chaqueta roja y llamé a Izan.

—¿Sí?
—¿Estás trabajando?
—Si estuviera trabajando no podría contestar.
—Me estoy poniendo muy nerviosa. En menos de media hora voy a ver a Marcos en persona.
—Es normal que estés nerviosa, pero déjate llevar.
—¿Y si no le gusto?
—Será un idiota con mal gusto.
—Va en serio.
—Yo también. Mira, estaría bien que le quitaras importancia. Ya sé que es difícil, pero no vas a hacer ningún examen, no te estás jugando nada... Simplemente es como si quedaras con un amigo al que hace tiempo que no ves. Los nervios son buenos hasta cierto límite.
—Ya...

—Ayer estuviste muy cómoda con él, ¿no? Piensa en eso.

Al mirar la hora, vi que se me había echado el tiempo encima y llegaba tarde a la estación, por eso me despedí de Izan rápidamente y fui hacia allí.

Miré el móvil por si había recibido algún mensaje suyo, pero las notificaciones que tenía eran de mis amigas, que estaban como locas por saber todos los detalles de nuestra cita. Volví a levantar la mirada y lo vi. En medio de toda la multitud supe diferenciar a Marcos, que vestía elegante, con un pantalón ajustado y un abrigo de paño. Me quedé parada sin saber cómo reaccionar, hasta que sonrió. Nos acercamos y me abrazó. Su gesto me pilló por sorpresa y, a pesar de que no me apasionara el contacto físico, en ese momento no me aparté.

—Me moría de ganas por verte —dijo sujetándome entre sus brazos.

—Y yo —miré sus ojos, que eran de un verde muy bonito con pequeñas tonalidades marrones.

El corazón me latía a gran velocidad. No sabía qué decir, ni qué hacer. Éramos dos desconocidos que habíamos quedado por una app de citas. Me sentía rara.

—No te imaginaba tan pequeña —comentó divertido.

Le hice un gesto con las cejas.

—Pero si no soy tan bajita, ¿no?

—Ya, pero eres adorable.

—Tú tampoco eres tan alto.

—Casi uno ochenta.

—Pero no llegas —vacilé riéndome y él sonrió.

—Me has pillado —miró alrededor—. Nunca había estado aquí.

—¿Te sonaba el nombre de la ciudad, por lo menos?

Marcos se encogió de hombros.

—No.

Abrí los ojos como platos y me reí. Ya había pasado por eso antes: mis compañeros de la universidad tampoco conocían mi ciudad.

—Empiezo a pensar que solo los que vivimos aquí sabemos que existe.

—Podría ser...

Caminamos para salir de la estación. Hubo silencio. No sé en qué pensaría él durante ese rato, pero yo estaba deseando explicar todo a mis amigas y eso que llevábamos poco tiempo juntos.

—¿Tienes algún plan? —preguntó con sus manos en los bolsillos.

—Podemos ir a la feria. Estos días se celebra la fiesta mayor.

—Hace años que no voy a ninguna. ¿Te gustan las atracciones?

Notaba mis manos sudorosas dentro de los bolsillos. Seguía tensa. Me daba cosa decirle "no" a Marcos y que sintiera que no éramos tan afines como pensábamos. No había pasado por una experiencia traumática relacionada con las atracciones, simplemente me daba miedo que, al no estar acostumbrada, mi cuerpo reaccionara mal y acabase mareada y vomitando.

—No mucho. Había pensado en ver los puestos que hay, pero si quieres que nos subamos en algo... —no quise acabar la frase porque no me veía preparada para montarme en nada.

Asintió.

—Tranquila, me parece bien.

Ese pequeño comentario me dio seguridad. Mis nervios se habían desvanecido sin que fuera consciente.

A lo lejos se podían ver las luces con colores neón que iluminaban la feria. Había una gran variedad de atracciones, pero las que destacaban era la noria y una que se elevaba de un lado a otro. Solo de verlo sentía que mi corazón se encogía.

—¿Empezamos con algo fácil? —preguntó señalando a los diferentes juegos.

—¿Quieres pescar patitos de goma?

Marcos no pudo contener la risa.

—No, no. Podemos ir allí —indicó un puesto en el que colgaba un gran cartel iluminado con luces neón.

Se trataba de encestar los aros en las botellas. Estaban acumuladas de tal manera que creaban un cuadrado. La puntuación variaba: la del centro tenía un valor de diez puntos, las que la rodeaban sumaban cinco puntos, las siguientes eran tres puntos y, por último, las filas más alejadas, sumaban uno.

—¿A cuánto salen las partidas? —preguntó Marcos al feriante.

—Cinco euros son tres intentos. Por diez euros, ocho. Si acumulas tres puntos puedes escoger un premio pequeño —señaló la sección donde estaban.

Nunca lo había probado, a pesar de haber ido en numerosas ocasiones a la feria. En el fondo,

esperaba que se me diera bien y que Marcos lo viera con sus propios ojos. Quise pagar las partidas, pero él se adelantó. El feriante nos dio los ocho aros. Me quedé observando la mesa con las botellas. No sabía si íbamos a jugar en equipo o por separado. Justo en el momento en que fui a preguntar, se anticipó.

—¿Uno contra uno?

—Vale.

Respondí rápidamente. En realidad, quería jugar en equipo porque así podíamos intimar más y, también, teníamos más posibilidades de conseguir el premio.

—Si quieres empieza tú —dije.

Marcos agarró sus cuatro aros y se concentró en las botellas. Lanzó el primero y obtuvo tres puntos. Al tirar el segundo aro consiguió un punto.

—Por poco se va fuera —comenté.

—Ya.

—¡Venga que te quedan dos más!

Volvió a obtener tres puntos y en la última metió el aro en la botella del medio. Había conseguido diecisiete puntos con solo cuatro tiradas. El juego parecía fácil... Visto desde fuera.

—Tu turno.

Lancé el primer aro, pero no acerté. Me entró la risa floja porque me sentía ridícula y ante esas situaciones, lo único que sé hacer es reír.

—Soy malísima.

Me coloqué bien las gafas e hice lo posible por concentrarme.

—Cierra un ojo, apunta con el otro y tira suave —Marcos se juntó más a mí.

Le hice caso en casi todo, pero lancé el aro con tanta fuerza que cayó en el suelo. Suspiré divertida.

—Suave —repitió riéndose—. A la tercera va la vencida.

—Si no acierto, tiras tú el último.

—Vale.

Lancé y conseguí un punto. Lo miré incrédula.

—¿Ves? No es tan difícil.

Tiré el último aro demasiado motivada. Venía del subidón de haber encestado y, como era de esperar, rebotó y cayó al suelo.

Marcos había conseguido diecisiete puntos y yo uno. Solo había sido capaz de conseguir un maldito punto con cuatro intentos.

—Podemos elegir dos premios medianos y así los tenemos de recuerdo.

Me pareció adorable que repartiera sus puntos conmigo. Estuvimos un rato debatiendo qué escoger, hasta que Marcos eligió un par de peluches de patos.

—Al final sí que hemos pescado patitos.

Me reí con su comentario.

—Pero no son de goma.

—Estos me gustan más.

Era bonito que tuviéramos ese recuerdo nada más conocernos.

CAPÍTULO 4

Cada vez había más gente y hacía más frío, pero no me importaba porque estaba con él. Decidimos salir de la feria y sentarnos en el banco de un parque para charlar sin tanto ruido. Las luces navideñas decoraban las calles y hacían que aquel momento fuese más íntimo.

—Cómo han bajado las temperaturas estos días —dejó el peluche sobre sus piernas y metió las manos en los bolsillos.

—Mucho.

—¿Tienes frío? Si quieres te dejo mi chaqueta.

Marcos se movió para quitársela.

—No, tranquilo —hice una pausa mirando el cielo oscuro—. Ojalá nevara. Sé que es imposible, pero me encantaría. Es tan... típico de la Navidad.

—De la Navidad en las películas.

—Soy muy fan de esas pelis.

—Te pega.

—¿A qué te refieres?

—Tienes pinta de ser la típica chica romántica.

—¿Tú crees?

—¿Me equivoco?

—No... bueno... no lo sé.

—Que no te dé vergüenza. Yo soy muy romántico y, a veces, empalagoso. De hecho, mi ex se agobiaba porque, según ella, le prestaba demasiada atención.

—¿Cómo?

—Siempre me preocupo de que la otra persona esté bien. Es como lo de ofrecerte mi chaqueta. Esos gestos, por lo visto, pueden agobiar.

—Según la persona, supongo, a mí me parecen bonitos.

Encogió los hombros, sin decir nada. Me parecía horrible que alguien le hiciera creer que esos gestos eran molestos.

Segundos más tarde, Marcos rompió el silencio.

—Volviendo a lo de la nieve, ¿te gusta esquiar?

—Tiene que ser guay, pero nunca lo he probado.

—Si quieres puedo enseñarte más adelante.

—¿Esquías?

—No soy un experto, pero he ido varios inviernos y es divertido. Enseguida le pillas el truco, es como montar en bici que nunca te olvidas.

Me gustaba que pensara en hacer planes juntos en un futuro. Estaba entusiasmada por tener a alguien con quien compartir esas experiencias que se hacen en pareja.

El frío era cada vez más insoportable. El próximo tren pasaba en menos de media hora y, como nos quedaba un largo paseo por delante, decidimos ir tirando a la estación.

—¿Alguna curiosidad sobre ti? —preguntó.

Pensé unos segundos mientras miraba el paisaje.

—Nunca he tenido pareja.

No fui capaz de observar su reacción porque me daba vergüenza haberme expuesto de esa

forma. Obviamente se lo habría acabado diciendo, pero no era necesario que supiera ese dato tan pronto.

—¿Nunca?

—No me gusta hablar del tema.

Marcos me agarró de la mano y me apretó con cariño.

—Está bien.

Le miré y sonreí.

—¿Y tú? ¿Alguna curiosidad? —repetí su pregunta.

—Soy capaz de perdonar cualquier cosa, pero nunca una infidelidad.

—Nos vamos a llevar mejor de lo que pensaba. No entiendo a la gente que lo hace.

—Ni yo. Deja a tu pareja y luego haz lo que quieras, pero no mientras estás con ella, es una falta de respeto. ¡Ah! Otra curiosidad. ¿Sabes la promesa del meñique? Si la hago no puedo mentir.

—¿Y eso?

—Es algo que hago desde pequeño. Mi madre siempre conseguía que le dijera la verdad así.

Me sorprendió porque yo no hacía ese tipo de promesa desde que era una niña, solo la utilizaba con mis amigas y tampoco nos la tomábamos en serio, por eso dejamos de usarla. Si para él era importante también lo era para mí y aquello, en cierta forma, me dio la tranquilidad de pensar que no me mentiría.

—Me lo he pasado bien.

—Y yo. Es la primera vez que quedo con alguien de la app y... me alegro de haberlo hecho.

—Me gustas, Nerea, y quiero conocerte más.

Lo miré ilusionada. A pesar de que no sentía las típicas mariposas que describen en los libros de amor, experimentaba emociones nuevas y deseaba con todas mis fuerzas tener pareja.

—Yo también quiero conocerte más.

No fui capaz de decirle que él me gustaba porque me daba vergüenza.

Nos despedimos con un abrazo y vi a Marcos entrar en la estación corriendo para no perder el tren. Mi móvil tenía un montón de notificaciones de mis amigas, pero prefería responderles al llegar a casa. Mientras caminaba, vi que todos los coches aparcados tenían notas de colores en los parabrisas. Me acerqué disimuladamente para leer las frases: «Lucha por aquello que te hace feliz», «Eres más valiente de lo que crees», «Todo es posible». Me parecía muy bonito que alguien hubiese tenido aquella idea porque con ese pequeño gesto podía alegrarle el día a cualquiera. Tenía ganas de ver si en mi coche también había una nota, aunque estaba un poco retirado de allí.

Para mi sorpresa, cuando llegué, vi una de color azul: «Quien nos quiere nos hace infinitos. ¡Felices fiestas!». La guardé sin ser consciente de lo importante que llegaría a ser esa frase.

Cerré la puerta de mi habitación y sonreí mientras miraba el peluche que me había regalado Marcos con los puntos que ganó. Era un detalle muy bonito e hizo que aquella tarde fuera todavía más especial. Me tumbé en la cama con el móvil, ansiosa por contar al grupo todo lo que había pasado. Envié un audio eterno explicándoles lo encantador que era y todo lo nuevo que había descubierto de él. También les pasé la foto del pato y les dije que teníamos un peluche cada uno. En menos de un minuto, ya me habían respondido porque estaban esperando las novedades.

Dejé de prestarles atención cuando el nombre de Marcos iluminó la pantalla con un nuevo mensaje. Mi corazón latía a gran velocidad y cliqué en el chat para leerlo cuanto antes.

Comenzaba a sentir unos nervios diferentes al ver su nombre, supuse que al conocerlo en persona hizo que lo sintiera más real. Además, en mi mente no dejaba de repetir el momento en que Marcos dijo que yo le gustaba. Empezaba a estar muy ilusionada con él, aunque Izan me hubiese remarcado que no tenía que ponerlo en un pedestal... ¿Pero cómo no iba a hacerlo? Marcos era honesto y no tenía miedo de expresar sus sentimientos: dijo que yo le gustaba. Nadie se me había declarado hasta ese día.

MARCOS

Ya estoy en casa. Como te he dicho antes, me ha encantado conocerte y tengo ganas de que nos volvamos a ver. Si quieres puedo ser una vía de escape para cuando te canses de estudiar.

NEREA

Suena bien eso de “vía de escape”.

MARCOS

Es que sé lo aburrido que es prepararse los finales.

NEREA

Yo te admiro, o sea no podría estudiar tu carrera ni de coña, los números habrían acabado conmigo el primer día.

MARCOS

No seas exagerada.

NEREA

Es que es verdad...

Por cierto, me sabe mal que hayas perdido una hora en el transporte público.

MARCOS

No te preocupes, aprovecho para leer. Me entretengo con facilidad.

NEREA

La próxima vez iré yo.

MARCOS

Como quieras, a mí no me importa hacer el viaje. Aunque si vienes podríamos ver la zona antigua de la ciudad. Seguro que te gusta la decoración navideña.

NEREA

Suena bien.

A pesar de que no habíamos concretado el día en que nos volveríamos a ver, me parecía bonito que pensara en ir a un sitio que me podría gustar. Obviamente, no me importaba conducir media hora para ver a Marcos, quería pasar tiempo con él y conocerlo más.

Una notificación me sacó del trance: Izan había respondido en el grupo y Paula inició una videollamada conjunta. Inés se unió un poco más tarde.

—¡Me ha dicho que le gusto!

—Detalles. Quiero detalles —Paula estaba como loca por saber más.

—Hemos dado una vuelta por la feria y jugamos con los aros. Soy malísima, por cierto. El caso es que Marcos ganó bastantes puntos y repartió el premio. Ahora los dos tenemos este peluche —les enseñé el pato para que lo pudieran apreciar mejor que en la foto.

—¡Es adorable! Llevo tres años con Javi y él no haría eso ni de coña. ¿Los podemos intercambiar? —Inés preguntó divertida.

—No sé cómo sigues con Javi —dijo Paula.

La relación de Inés y Javi era muy tóxica. Ambos se hacían daño, pero ninguno era capaz de soltar.

—Porque nos queremos —respondió Inés con total indiferencia—. ¡Tengo ganas de conocer a Marcos!

—Y yo —Emma asintió.

—Cuánta presión, Nere —dijo Izan riéndose.

—¡Lo sé! Dadme tiempo, chicas.

—¿Cuándo os volveréis a ver? —preguntó Paula.

—Espero que pronto, todavía no hemos concretado el día.

—Él ya te ha dicho que le gustas, podrías dar tú el siguiente paso —arqueó las cejas.

—Si a Marcos le gusta Nerea tanto como dice, debería ser él quien insista —Inés replicó.

—Dejad que fluya —intervino Izan—. Nere, si te apetece seguir conociendo a Marcos, puedes decírselo o esperar a que él te lo diga, pero que salga de ti, no porque lo digan ellas.

—Izan, tú siempre tan frío... —Paula negó divertida.

—Por cierto, cuando iba al coche, he visto que todos los que estaban aparcados tenían notas.

—¿Multas?

—No, mirad.

Saqué del bolso la nota que me había encontrado.

—Ohhh —Emma fue la primera en reaccionar.

—¿No has visto quién las ha dejado? —preguntó Inés.

—No.

—Eso hace que sea más misterioso y sabes que quien las reparte no busca reconocimiento —dijo Paula.

—Exacto. ¿Os gustaría que hiciéramos algo así el año que viene? —propuse.

—A mí me parece buena idea —Emma enseguida me apoyó.

El resto también estaba de acuerdo en convertir ese gesto en nuestra nueva tradición. Las grandes acciones comienzan con gestos pequeños.

Tras despedirnos, entré en el chat de Marcos. No me había dicho nada más, así que releí la conversación y, sin ser consciente, una sonrisa se posó en mi cara. Tenía la oportunidad de vivir algo que no me había pasado hasta ahora.

NEREA

¿Te va bien quedar pasado mañana?

MARCOS

Genial. Si quieres podemos quedar sobre las cinco.

NEREA

Vale.

CAPÍTULO 5

Durante esos dos días intenté echar un vistazo a los apuntes que me había pasado Lucía, pero no conseguía concentrarme. Era incapaz de prestar atención a lo que estaba leyendo porque mi mente solo pensaba en Marcos; en las ganas que tenía de hablar con él y en lo poco que quedaba para que nos viéramos de nuevo. Por suerte, el primer examen era el diez de enero y tenía margen de sobra para estudiar. Dejé atrás el escritorio cuando me levanté para agarrar el móvil. Varias notificaciones aparecieron en la pantalla, pero ignoré las que procedían del grupo para ir al chat de Marcos.

MARCOS

Avisa cuando llegues.

Sonreí al leer el mensaje de Marcos. ¿Cómo me iba a concentrar con todo lo que me estaba pasando? Miré la hora y abrí los ojos como platos. No me podía entretener, así que me vestí con lo primero que pillé: un jersey oscuro, un tejanos y la chaqueta granate.

El coche volvió a fallar y tras un rato conseguí que se pusiera en marcha. Parecía que cuanta más prisa tenía, más costaba arrancarlo.

El trayecto fue rápido, pero los minutos previos hasta encontrarme con Marcos pasé muchos nervios. No sabía cómo debía comportarme después de que él dijera que yo le gustaba. Para colmo, iba a llegar tarde porque el camión de la basura se puso a descargar todos los containers de esa calle y no podía adelantarle. Tras un rato, por fin se separaron nuestros caminos. Aparqué el coche y miré el móvil, tenía un mensaje de Marcos de hacía quince minutos.

MARCOS

Estoy donde la fuente.

¿Cómo vas? ¿Te queda mucho?

NEREA

Ya estoy, ahora nos vemos.

Marcos estaba sentado en un banco, pero cuando me vio, sonrió y se levantó para abrazarme.

—Pensaba que me dejarías tirado.

—Nunca haría eso.

Me puso el meñique para que se lo prometiera y eso hice.

—Qué poco confías en mí —vacilé.

—Quería asegurarme de que lo decías en serio. Te queda muy bien esa chaqueta.

Nos miramos fijamente y vi que sus ojos iban en dirección a mi boca.

—No te imaginas las ganas que tengo de besarte —dijo.

Me sonrojé. Me sonrojé tanto que el color de mi cara se podía ver a kilómetros. A pesar de las ganas que yo también tenía, sentía que era mejor esperar un poco. Bajé la mirada al suelo.

—Perdón... Yo... Solo quería que lo supieras —se disculpó al ver mi reacción.

Sonreí y le di la mano.

—Yo también quiero, pero prefiero ir más despacio.

Asintió algo decepcionado.

Mientras caminábamos hacia la zona antigua de la ciudad, íbamos de la mano en silencio. Mis pensamientos me estaban torturando, tenía que dejarme llevar o Marcos se cansaría de mí. Él era mayor y tenía más experiencia en todos los aspectos de la vida. Si los dos teníamos ganas de besarnos era una tontería esperar más. Me paré en seco y tiré de su mano para que se detuviera.

—¿Qué pasa?

El corazón se me iba a salir del pecho. Estaba súper nerviosa por dar el paso, pero me planté frente a él, me puse de puntillas y le di un beso en los labios. Fue suave y rápido porque no sabía cómo iba a reaccionar Marcos. Lo miré con timidez y él sonrió.

—Prueba a abrir un poco más la boca —dijo antes de acercarme contra él.

Asentí, avergonzada. Era la segunda vez que besaba a alguien, sabía que todavía tenía que mejorar mucho.

Nuestros labios se unieron con más fuerza y deseo. Las personas de nuestro alrededor dejaron de importar y fue como si solo existiéramos él y yo. Toda esa pasión... Nunca la había experimentado y notaba cómo se humedecían mis bragas de forma exagerada. Estaba claro que los dos queríamos más, pero debíamos controlarnos. Me aparté un poco porque me empezaba a notar muy mojada y me daba cosa que se viera en mi pantalón.

—Yo también tenía ganas de besarte.

Me cogió la cara con sus dos manos y me besó con más delicadeza, haciendo un esfuerzo para no volver a acabar como antes.

—De verdad que espero que lo nuestro funcione —me dio la mano y seguimos caminando.

—Y yo.

Cuando llegamos a la zona antigua, me quedé fascinada con la decoración: las luces colgaban de un lado al otro de las calles, el suelo estaba cubierto por una especie de alfombra blanca que simulaba la nieve. En el centro había un árbol gigante iluminado y decorado con bolas navideñas rojas. Parecía una de aquellas películas que tanto me gustaban.

—Marcos, es una pasada.

—Te dije que te gustaría. Es como si vivieras en una película navideña aunque no haya nieve de verdad.

Colocó el brazo sobre mis hombros, acercándose más a él, y yo lo abracé. Marcos sabía que me haría ilusión y por eso había dicho de ir allí. Era tan romántico.

—Me encanta.

—Ven, que todavía no has visto lo mejor.

Me agarró de la mano y me llevó a una tienda enorme donde vendían únicamente adornos de Navidad. Tres pisos llenos de la alegría de esa festividad y, como era de esperar, a tope de turistas. Gran parte de esa tarde la pasamos allí. Entre todos los adornos, me llamó la atención uno de un pingüino con gorrito de Santa Claus.

—Mira qué bonito —señalé el adorno.

—¿Sabías que los pingüinos son de los animales más fieles que existen?

—Sí. De pequeña me pasaba muchas tardes buscando información sobre ellos porque quería convencer a mis padres de adoptar uno.

—A ver si adivino... Tu serie favorita era *Pingu*, ¿no?

Asentí sonriendo.

Salimos de la tienda sin comprar nada y Marcos propuso ir a tomar algo. Seguía un poco nerviosa con él, pero supuse que era normal, que se debía a las “mariposas” en el estómago. Así

que, aunque no me apetecía beber nada, pedí un agua por si después me entraba sed. Marcos pidió una kombucha de limón y jengibre.

—¿Haces algo en Nochevieja? —preguntó mientras daba un sorbo a su bebida.

—Estaré con la familia, ¿y tú?

—Cenaré con mi madre, su marido y mi hermano pequeño. Después iré con unos amigos a una discoteca, que sacamos las entradas hace tiempo.

—¿Te gusta mucho salir de fiesta? —acomodé mis gafas.

—Sí, pero cada vez salgo menos por el trabajo.

—Me cuesta imaginarte bailando.

—No, no. Yo no bailo —negó con las manos mientras reía.

—Ya decía yo...

—Me gusta el ambiente, beber y estar con los amigos.

—¿Bebes mucho?

—Lo típico, algún cubata, pero con el gym y tal me miro bastante.

No me parecía mal que bebiera de vez en cuando, siempre que tuviera claro su límite.

Marcos y yo caminamos de la mano hasta donde había dejado el coche. Me sentía diferente yendo agarrada a él, como si por fin hubiera conseguido lo que todos ya tenían. Por fin estaba experimentando lo que era tener pareja. Nos despedimos con un intenso beso y volví a notar que mis bragas se mojaban. Por un lado me avergonzaba, pero por otro quería pensar que era normal, que mi cuerpo reaccionaba así al sentir sus labios con los míos, al sentir su lengua acariciando la mía.

—No sé si hubiera aguantado más tiempo sin besarte.

Me sonrojé.

—Marcos... Me gustas.

—¿Lo dices de verdad o porque el otro día lo dije yo?

—De verdad.

Durante el trayecto de vuelta estuve con una sonrisa de oreja a oreja. Mi mente no dejaba de recrear los besos, las caricias, los "me gustas". Era todo tan fantástico... Estaba tan metida en mis pensamientos que por poco tengo un accidente con una moto que adelantó por donde no tocaba. El susto me sirvió para centrarme en la carretera y llevar el coche con más cabeza.

Me moría de ganas por explicarle las cosas a mis amigas, pero sobre todo a Izan, para que viera que Marcos era de fiar. Desbloqueé el móvil para preguntarles si podían quedar, pero tardé unos minutos en hacerlo porque vi que Marcos me había escrito.

MARCOS

¿Has llegado ya? Espero que no hayas pillado mucho tráfico. No dejo de pensar en ti y me alegro de que hayas dado el paso. Estoy deseando volver a besarte.

NEREA

Sí, perdón por no haber dicho nada, es que guardé el móvil en el bolso y lo he cogido ahora.

MARCOS

No pasa nada :)

NEREA

Tengo ganas de que nos volvamos a ver, pero no lo haremos hasta el año que viene.

MARCOS

¿Eres de las que hace bromas absurdas al cambiar de año?

NEREA

¡Por supuesto! ¿Tú no?

MARCOS

No, va en contra de mis principios.

NEREA

La edad...

MARCOS

Será eso jajaja

Las conversaciones con Marcos empezaban a ser más fluidas. A pesar de que mi timidez seguía presente, cada vez lo sentía más como alguien de mi círculo cercano, aunque todavía me faltaba cierta confianza con él para poder ser yo al cien por cien.

Fui al chat del grupo y vi que tenía más de veinte mensajes pendientes. La mayoría de veces no los leía y directamente escribía «Por favor, que alguien resuma». Sin embargo, quería saber si habían dicho algo de mi cita con Marcos. Como era de esperar, la conversación giraba en torno a ese tema. Me dio la impresión de que estaban igual de nerviosas que yo por todo lo que estaba ocurriendo. Como sabía que Izan trabajaba hasta el cierre de la cafetería, pregunté si les iba bien que nos viéramos en quince minutos allí, pero solo podía Paula.

El sitio estaba muy tranquilo, había cuatro clientes sentados y enseguida distinguí el pelo rubi y rizado de Paula. Me acerqué a su mesa y en cuanto me vio sonrió con sus labios rojos.

—Menos mal que en quince minutos ibas a estar aquí —negó con la cabeza, divertida.

Se había pedido un té y su vaso estaba casi vacío, así que supuse que llegaba mucho más tarde de lo que pensaba.

—Ya, me he entretenido un poco.

—Nere, la puntualidad no es lo tuyo.

—Calla, calla... Que esta tarde iba justa y encima he pillado el camión de la basura.

—Quiero que me cuentes TO-DO.

Izan se acercó a la mesa y puso su mano en mi hombro.

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien.

—Ahora me lo va a explicar todo.

—Yo también quiero, eh.

—En cuanto acabes el turno.

—Más te vale —me apuntó con el boli muy discretamente, para que nadie lo viera—. ¿Vais a tomar algo?

—Otro té porque como ha venido tan tarde ya me lo he acabado.

—Qué exagerada —puse los ojos en blanco.

—No, Nere, no es exagerada. Eres una tardona —soltó Izan.

—¿Me puedes traer una botella de agua?

—Como cambias de tema cuando no te interesa —Izan me golpeó suavemente en la cabeza con la libreta donde anotaba los pedidos y se fue.

—Lo he besado —dije tímida, nerviosa e ilusionada.

Paula abrió los ojos como platos y sonrió.

—¿Cómo ha sido? ¿Quién ha dado el primer paso? —Paula alzó la voz, sin importarle que hubiera más gente.

—Shhhh —gesticulé avergonzada por todas las personas que se nos habían quedado mirando.

—Respóndeme.

—He sido yo.

Paula abrió la boca y sonreí. A mí también me parecía mentira. En ese momento llegó Izan con las bebidas.

—Izan —Paula aguantó unos segundos de silencio para generar más expectación— ¡Que Nerea ha besado a Marcos! Sí. Ella. Ha sido ella la que se ha lanzado.

Izan me miró sorprendido.

—Por favor Paula, habla más bajo. Lo que ha pasado es que él me ha dicho que tenía ganas de besarme y yo me he quedado parada porque quería ir despacio, pero me parecía una tontería no hacerlo si los dos queríamos.

—No te imaginas lo orgullosa que me siento.

—Me alegro mucho, Nere —llamaron a Izan desde la cocina—. Después hablamos, ¿vale?

Asentí con la cabeza y él se alejó de la mesa. Le estuve explicando a Paula todo lo que habíamos hecho aquella tarde y cuando la cafetería cerró, esperamos a Izan sentadas en un banco que había enfrente. Lo vimos salir con su casco de moto en el brazo, enseguida vino con nosotras.

—Me han alargado el contrato unos meses más —comentó mientras se sentaba al lado de Paula.

—¡Qué bien!

El sonido de una notificación que nos llegó a los tres nos distrajo. Paula miró el móvil.

—Emma dice que harán fiesta después de las campanadas. Díselo a Marcos, que venga también y lo conocemos.

—No puede. Justo hoy hemos hablado de eso y me ha dicho que saldrá a celebrar el fin de año con unos amigos, que tienen entradas desde hace tiempo.

Estuvimos hablando casi una hora hasta que vimos lo tarde que era.

—Entonces, ¿nos veremos mañana en casa de Emma? —preguntó Izan antes de arrancar la moto.

—Sí.

—Hasta el año que viene —dramaticé mientras me despedía con la mano.

—Aprovecha que ya mismo no podrás hacer estas bromas —sonrió Izan.

CAPÍTULO 6

Fin de año siempre ha sido una fecha importante para mí: es la oportunidad de cerrar etapas y prepararse para vivir nuevas experiencias. Aquel año mejoré las notas, mis ahorros crecieron y estaba más cerca de comprar mi propio coche y, por último, pero no menos importante, había conocido a Marcos.

Ayudé a mis padres en la cocina porque querían que todo estuviera perfecto para cuando llegaran los padres de Izan y mi hermano. Mi madre se encargó de la decoración y, como buena directora de eventos, le quedó de película. Predominaban los globos dorados entre los negros y gran parte de la pared estaba tapada por una pancarta gigante. Se notaba que disfrutaba con aquello.

Como tradición en Nochevieja, nos vestimos elegantes. Lo llevábamos haciendo desde que tenía uso de memoria. Recuerdo que con doce años me enfadé con mis padres porque yo no quería arreglarme para luego ponerme el pijama, me parecía más lógico estar cómoda viendo las campanadas, así que me encerré en mi habitación y vi en la tablet el programa especial de fin de año que hacían en Disney Channel. Mi madre entró en el cuarto para explicarme que aquella tradición la empezaron al mudarse a la casa en la que vivíamos, después de ahorrar durante muchísimo tiempo. Era una forma de acabar el año por todo lo alto y empezar el siguiente mejor, así que no lo volví a cuestionar.

Me puse el vestido verde con brillantes que compré semanas atrás, aunque no era muy fan de los vestidos largos, cuando vi ese me enamoré: por la pierna izquierda, se abría hasta la rodilla. Además, mi madre no paraba de decirme que me resaltaba los ojos. Me sentía preciosa y, en parte, me daba rabia que Marcos no me pudiera ver. Tuve la tentación de enviarle una foto, pero... no tenía tanta confianza con él. De hecho, posé frente al espejo, pero me veía muy forzada, así que lo dejé estar.

Sonó el timbre y fuimos los tres a la entrada. Mi padre vestía con traje y una corbata plateada que iba a juego con el vestido de mi madre.

—Cariño, estás guapísima —Míriam, la madre de Izan, me dio un fuerte abrazo.

—Gracias —dije ruborizada.

Ellos también vestían elegantes: Míriam con un vestido negro y Antonio llevaba una camisa gris oscura.

—¿Has visto? Nuestros bebés están tan mayores —intervino mi madre.

—Mamá, por favor... Tengo casi veinte años.

Míriam nos miraba con ternura.

—Cómo pasa el tiempo —Antonio, el padre de Izan, se unió a la conversación.

—Izan y Carla intentarán venir a las campanadas —dijo Míriam, como si llevara un rato pensando que tenía que decir algo y, en ese instante, hubiese conseguido acordarse.

Desde que Izan tenía pareja, ya no venía a las cenas de Nochevieja en mi casa porque estaba con la familia de ella. Me daba cierta nostalgia pensar que no volvería a ser como antes, pero sabía que no era malo y que, quizás, el año siguiente podría haber un nuevo miembro en la familia. Se me ponían los pelos de punta solo con imaginarlo.

La mesa estaba preparada con el aperitivo y, mientras esperábamos la llegada de Dani, veíamos un especial de fin de año en la televisión. Cuando sonó el timbre mi madre se levantó corriendo. Mi hermano trabajaba en la otra punta del país desde hacía un par de años, pero

seguíamos sin acostumbrarnos a verlo tan poco. Admiraba que tuviera esa facilidad para soltar y decidir hacer su vida lejos de aquí, yo no me veía capaz.

Mi madre abrió la puerta y se lanzó a abrazarlo, haciendo que su maleta cayera al suelo. Ahí estaba él, con su pelo rubio rapado y una barba corta por no haberse afeitado en los últimos días. No nos parecíamos físicamente en nada.

—¡Te he echado tanto de menos! —los ojos de mi madre se inundaron.

Dani sonreía con cariño.

—Y yo, mamá.

—Dejad un poco para los demás —repliqué desde la puerta.

Mi madre se separó y le rodeó su cara con las manos, como si no pudiera creer que estuviera delante de ella. Se disculpó y entró a por un pañuelo para secarse las lágrimas.

—Neri, cuánto tiempo —me abrazó.

Era el único que me llamaba así y lo hacía porque sabía que me daba rabia. Traté de contener las lágrimas por tal de no montar el mismo numerito que mi madre, pero yo también lo había echado mucho de menos. Cerré los ojos para evitar que se cayera alguna lágrima y lo abracé más fuerte. Él hizo lo mismo. Era tan agradable saber que, a pesar de la distancia, Dani siempre estaría ahí. El crujido de una rama me hizo abrir un poco los ojos y pude diferenciar la figura de un hombre observándonos a lo lejos.

—Creo que alguien nos está mirando —susurré asustada.

Dani se giró de golpe, pero parecía tranquilo y me sorprendió mucho cuando le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—No te preocupes, es Raúl.

Al escuchar su nombre sentí un cosquilleo por todo el cuerpo. Raúl era el mejor amigo de mi hermano, iban juntos al cole y, además, practicaban hockey sobre hielo desde los cinco años. Su padre era el entrenador y muchas veces se ofrecía a llevar a Dani a los partidos cuando nuestros padres no podían hacerlo. Raúl también fue mi amor platónico desde que descubrí su gran parecido con Shawn Mendes.

Llevaba años sin verlo porque estuvo viviendo en Alemania y lo último que sabía de él era que acabó allí la carrera y que había encontrado trabajo. Durante los primeros meses le escribí cartas, pero él casi no me respondía así que dejé de hacerlo. Me convencí a mí misma de que lo mejor que podía hacer era superarlo, y que nunca lo conseguiría si seguía esperando con ansias noticias suyas.

No tenía ni idea de por qué estaba Raúl en la entrada de mi casa, pero me preocupaba estar experimentando la misma sensación de cuando era adolescente y, día tras día, nos cruzábamos. Ese cosquilleo inexplicable...

Se acercó con las manos metidas en los bolsillos y una mochila colgando del hombro. Su cabello oscuro estaba despeinado.

—Ey —levantó la cabeza.

—Hola.

Miré a Dani desconcertada, necesitaba una explicación.

—Raúl se quedará unos días en casa.

Abrí los ojos como platos. Desconocía esa noticia y, por la forma de ser de mi hermano, sabía que mis padres tampoco estaban al tanto de que íbamos a acoger a un invitado.

—Pero... —Dani me interrumpió.

—¿Entramos? Tienes que estar helándote —frotó mis brazos descubiertos con sus guantes.

Me encontraba en tal estado de shock que hasta me había olvidado del frío. ¿Cuánto tiempo

se iba a quedar Raúl? ¿Le había pasado algo? ¿Por qué no había avisado mi hermano de aquello?
¿Y si no había superado ese “amor platónico” hacia él?
Demasiadas preguntas sin respuestas.

CAPÍTULO 7

Mientras mi hermano saludaba a todos, miré de reojo a Raúl que se había quedado un poco apartado del grupo. Mi madre enseguida se acercó a él y le dio un abrazo. Se quedaron hablando, pero no podía escucharlos por todas las conversaciones cruzadas que tenían lugar en ese momento. Raúl casi no había cambiado, pero estaba más delgado y con aspecto cansado, aún así me seguía pareciendo increíble la similitud con Shawn Mendes.

—Venga chicos, id a cambiaros.

—¿Cambiamos? Mamá... ¿No te gusta mi traje? —mi hermano señaló el chándal gris que llevaba puesto.

Me reí mientras mi madre negaba con la cabeza e hizo un gesto para que subieran. Le hicieron caso y, sin darme cuenta, me quedé observando lo bien que le quedaban los pantalones a Raúl. Cuando fui consciente aparté la mirada y comprobé que nadie se hubiera fijado en mí antes de sentarme en el sofá para seguir viendo el especial de Nochevieja. Sin embargo, en mi mente no paraba de darle vueltas a cómo sería la convivencia con Raúl y cuánto tiempo se quedaría; y si Dani había puesto al corriente a mis padres o todavía no.

No pasaron ni diez minutos cuando bajaron y captaron la atención de todos. Mi hermano llevaba un traje azul oscuro y Raúl una americana negra encima de su camiseta básica blanca.

—Estáis guapísimos ¡Tenemos que hacernos una foto! —gritó mi madre.

Mi madre colocó la cámara encima de un rollo de servilletas, usándolo como trípode. Nos pusimos todos al lado de la pancarta, yo estaba en un lateral junto a mi padre. Raúl se quedó un poco apartado, como si sintiera que sobraba. Pensé en decirle algo, pero justo mi madre le dio al botón de hacer la foto y el temporizador comenzó a pitar. Mi padre lo agarró del brazo y le dio un pequeño tirón para que entrara en el encuadre, pero como pilló desprevenido a Raúl, se acabó cayendo sobre mí justo cuando se hizo la foto.

—Lo... Lo siento —se levantó y me dio la mano para ayudarme.

—No pasa nada.

Evité el contacto visual, noté el calor en mi cara y todos los ojos mirándonos. Odiaba ser el centro de atención, por eso me levanté rápidamente y traté de actuar como si no hubiera pasado nada.

—¿Os habéis hecho daño?

—No.

—No.

Mentí. Tenía el codo un poco resentido por la caída, pero hice lo posible por disimular.

—¿Hacemos otra foto? —pregunté estirándome el vestido hacia abajo.

—Sí, claro.

—Mirad la de antes —Dani soltó una carcajada con el móvil en la mano.

Pasó el móvil para que la viéramos. En la foto todos tenían los ojos como platos y las bocas abiertas. Mi madre y mi padre salían con los brazos estirados para intentar agarrarnos a Raúl y a mí sin ningún éxito, obviamente, porque él y yo estábamos a punto de caer al suelo. En realidad era un puntazo haber capturado ese momento. Repetimos la foto por tal de tener una decente, aunque yo seguía más roja de lo habitual.

Nos sentamos a cenar y Raúl se puso en el único hueco que quedaba libre: a mi lado.

—¿Cómo te va por Alemania? —preguntó mi madre.

—Mamá... —Dani le miró indicando que no era un buen tema de conversación.

—Se terminó mi contrato en el colegio donde daba las clases y no me renovaron.

—¿Clases de qué? —curioseó Míriam.

—Español.

—¿Y has probado en otros colegios? —pregunté tímida.

—He estado meses probando y nada, por eso he vuelto.

Entendí que ese podría ser uno de los motivos por los que tenía ese aspecto tan cansado.

—¿Y tú? ¿Estudias?

—Sí, educación infantil —me ajusté las gafas—. Tengo ganas de empezar las prácticas.

—¿Tienes pensado hacer Erasmus?

—Mmm... no.

—Te encantaría.

No compartía su punto de vista; de hecho, me generaba cierta ansiedad tan solo con pensar en vivir en otro país, aunque fuera por una temporada. Asentí porque sabía que no me entendería.

Terminamos de cenar y preparamos las doce uvas que nos comeríamos para despedir el año. Como todavía quedaba casi una hora, me apresuré en preparar también las de Izan y Carla para cuando llegaran. Esperaba que no se retrasaran mucho.

El timbre sonó y Míriam fue a levantarse, pero le pedí que se quedara porque me encargaba yo.

Al abrir, vi a Izan y a Carla, y no tardamos en abrazarnos.

—Un poco más y nos vemos el año que viene.

Izan negó con la cabeza.

—¡Me dijiste que aprovechara para hacer los chistes!

—Lo sé, culpa mía. Por cierto, estás preciosa.

Izan me agarró de la mano para que diera una vuelta y ver mejor mi vestido.

—Gracias. Vosotros también estáis muy guapos.

Carla llevaba un mono con lentejuelas que le quedaba genial e Izan vestía un traje gris.

Entramos en el comedor y todos saludaron. En cuanto Dani vio a Izan fue a darle un abrazo.

—Menudo cambio, eh —le dijo Dani a Izan.

Izan tenía muy buena relación con él, era como si también fuera su hermano.

—¿Has visto? Llevo unos meses con el tratamiento y estoy súper contento. Empiezo a tener la voz más grave y barba. A ver si pronto puedo quitarme los pechos.

Lo bueno para él era que al tener poco pecho e ir al gimnasio ya lo disimulaba bien, pero entendíamos que quisiera quitárselos.

—Sobre todo que seas feliz —dijo Dani dándole un golpe en el brazo.

—Exacto —afirmó Carla.

Izan les presentó a Carla, que enseguida encajó, y estuvieron contando cómo se conocieron: en el museo de arte los dos se pararon frente al mismo cuadro, él comentó una cosa, ella le mostró un punto de vista diferente y se gustaron. Al terminar de ver la exposición, fueron a tomar algo e intercambiaron números y comenzaron a quedar cada vez con más frecuencia.

Me hubiera encantado tener una historia tan interesante que contar a mi familia y amigos sobre cómo conocí a mi pareja, pero lo mío iba a ser más simple: una app de citas.

Míriam se puso a hablar con ella e Izan me hizo un gesto con la cabeza y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Me puedes ayudar con una cosa? —me preguntó y asentí, dudosa, sin entender qué

quería.

En cuanto nos alejamos un poco, habló.

—¡No sabía que estaría Raúl! —susurró.

—Yo tampoco. Dani no ha avisado y... ¿sabes lo peor? ¡Que se va a quedar aquí!

—¿Aquí...?

—Aquí. En esta casa.

Izan no pudo ocultar su sorpresa. Sabía mi obsesión con Raúl: todos aquellos montajes con fotos de cómo sería nuestra vida perfecta (utilizaba imágenes de Shawn Mendes para tener más variedad), todas las veces que escribí su nombre en las libretas de clase, incluso los intentos que hice por tener gustos parecidos a él por tal de tener más cosas en común. Aquello me sirvió para descartar rápidamente mi carrera como futbolista.

—¿Y qué harás?

—Nada. ¿Qué voy a hacer? Nada. Además, eso forma parte del pasado, ahora está Marcos.

Me miró como si supiera que trataba de engañarme a mí misma.

—Izan, es que... cuando lo he visto antes, no te imaginas lo que he sentido. Ha sido como volver a esa montaña rusa de emociones adolescentes.

—Pero... —no le dejé acabar.

—Es que no lo entiendo. ¿Qué tiene? Yo estaba muy bien sin saber de él. Es más, no he dejado de fantasear con Marcos y todo lo que pasó ayer... pero desde que está Raúl aquí, solo me preocupo de que no se note que estoy nerviosa.

—¡QUEDA UN MINUTO PARA LAS CAMPANADAS! —gritó mi madre desde el comedor, para que fuéramos todos.

Estaban ya preparados, frente a la televisión con los vasos que contenían las uvas. Mi hermano me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Primero sonaron los cuartos que dieron paso a las campanadas. Con cada campanada nos metíamos una uva en la boca: en doce segundos teníamos que comernos las doce uvas. Llevaba seis, iba bien hasta que me dio por mirar a mi alrededor y vi a todos súper concentrados con los mofletes como los hámsters cuando esconden la comida en sus abazones. Aquello me hizo tanta gracia que casi me atraganto.

—Neri, para —mi hermano sonrió con la boca llena.

Sentí la mirada de Raúl clavada en mí durante unos segundos, pero al girarme volvió a prestar atención a la tele. Se me había olvidado lo serio que era... aunque con esas mejillas llenas, era imposible no reírse. Me puse roja e incluso sentí que se me caían algunas lágrimas por el ataque de risa.

—Cariño que te va a dar algo —mi madre puso la mano en mi espalda.

Me tapé la cara porque sentía que me faltaba el aire de reírme.

—¡FELIZ AÑO NUEVO! —gritaron todos a la vez.

Se levantaron y comenzaron a abrazarse. Hice lo posible por regular la respiración y me puse de pie. Fui la única que no se acabó las uvas, pero tampoco le extrañó a nadie. Mi hermano me abrazó con fuerza.

—Feliz año nuevo, Neri.

—Feliz año.

—¡Nerea, las uvas! —exclamó Carla—. Cómetelas o tendrás mala suerte.

Carla conocía todas las supersticiones, era una friki de ese ámbito. Le encantaba informarse y obsesionarse hasta tal punto que, a veces, Izan tenía que tranquilizarla.

—Son tonterías, las uvas no van a hacer que el año vaya bien o mal —las palabras de Raúl hizo que todos claváramos los ojos en él.

—Yo, por si acaso, me las comería —Carla se encogió de hombros.

Tragué las uvas a gran velocidad. No es que creyera en esas cosas, pero prefería no llamar al mal tiempo.

Para felicitar el inicio de año abracé a Izan y a Carla, a mis padres, a Míriam y a Antonio. Evité a Raúl porque me daba vergüenza y él tampoco hizo ningún intento por acercarse a mí.

Fui a la cocina para llenar un vaso de agua cuando noté que alguien me tocaba el brazo por detrás. Me giré rápidamente pensando que era Izan y que quería terminar la conversación que habíamos iniciado antes de las campanadas, pero para mi sorpresa, ahí estaba Raúl, a pocos centímetros de mí.

—¿Sabes...? No veía muy claro que llegaras viva este año.

—Yo tampoco, teniendo en cuenta que has intentado matarme cuando íbamos a hacer la foto —sonreí tratando de mantener mis nervios a raya.

—Eso ha sido culpa de tu padre —sonrió levemente—. Me refería al ataque de risa.

—¡Ah! —recordé a todos con las bocas llenas y no puede aguantar mucho rato sería.

—Oh no, está pasando otra vez —Raúl me agarró de los hombros, divertido.

Se acercó más a mí y me abrazó. En ese instante, se me pasó todo y lo único que sentía era un calor horrible en la cara. Coloqué mis manos en su espalda y enseguida aprecié el olor de su colonia. Era muy agradable tenerlo cerca, más de lo que podría haber imaginado.

—Feliz año nuevo —susurró.

—Igualmente, Raúl —mi voz delató mi timidez.

Era consciente de que mi yo adolescente se hubiera muerto si hubiese tenido la ocasión de abrazarlo porque él era... inalcanzable.

—Te llaman —escuché vagamente a Izan desde el comedor.

No le di importancia porque pensaba que aquello no iba conmigo. Sin embargo, Raúl se separó un poco de mí.

—Creo que te han dicho algo.

Izan entró en la cocina con mi móvil sonando y me enseñó la pantalla. Se quedó extrañado al encontrarme con Raúl y necesité unos segundos para reaccionar.

—Es Marcos —Izan alzó las cejas.

—Voy.

Alargué la mano para que me diera el móvil y fui a mi habitación. No sabía cómo me sentía al respecto. Por un lado, me fastidiaba que nos hubieran interrumpido, pero por otro lado, sabía que Raúl era un simple amor platónico del pasado y me sentía afortunada de que Marcos hubiese aparecido en mi vida, aunque fuera gracias a una app. Me quedé de pie, frente a la cama, mirando el patito de peluche que había conseguido en la feria.

—¡Feliz año nuevo, preciosa! —Marcos gritaba porque la música estaba muy alta.

—Feliz año nuevo. ¿Cómo va la fiesta?

—Te echo de menos, te escribí antes, pero no me has respondido.

En ese momento me di cuenta de que no había mirado el móvil en todo el día. Llevaba tiempo sin sentirme tan libre porque últimamente vivía obsesionada con Marcos y no dejaba de desbloquear el teléfono esperando a que apareciera algún mensaje suyo. Obviamente, no era su culpa, ni mucho menos. Lo que ocurría es que comenzaba a priorizarle por encima de todo, pero aquel día estuve tan pendiente de que todo saliera bien y luego apareció Raúl...

—Perdona, es que he estado ayudando a mis padres.

—No tienes que disculparte —escuché que sus amigos le gritaban que dejara el móvil.

—Deberías... —Marcos me interrumpió.

—¿Los has escuchado? Ni caso. Tengo ganas de verte, Nerea. No nos vemos desde el año pasado.

Me hizo gracia que utilizara mi humor, después de haberme dicho que le irritaba cuando la gente hacía ese tipo de bromas. Sin embargo, él lo hacía porque sabía que a mí sí que me gustaba.

—Yo también tengo ganas de verte.

De repente se empezó a escuchar fatal, como si le fallara la cobertura.

—¿Marcos?

—¿Hola? ¿Nerea?

—¿Hola?

—¿Cuándo te va bien que nos veamos? No dejo de pensar en nosotros, en los besos...

Sentí un escalofrío. Me había pasado toda la noche anterior fantaseando con esos besos y no paraba de preguntarme qué pasaría cuando estuviéramos solos y la pasión se apoderara de nosotros. Me ruborizaba solo de pensarlo.

—Mañana no puedo, pero el lunes sí. ¿Te va bien?

—Perfecto, nos vemos el lunes. De verdad que espero que lo nuestro funcione.

No pude evitar sonreír y ponerme la mano en la boca.

—Y yo.

Después de colgar me tumbé en la cama mirando el techo, pensando en Marcos, con el móvil en la mano y apoyado en mi barriga. A pesar de que sentía ese cosquilleo e ilusión, tenía cierto temor de que no llegara a experimentar lo que me generaba Raúl. Aunque, en realidad, lo que me ocurría con Raúl desde que yo era adolescente, rozaba el límite de la obsesión. Lo mejor que podía hacer era dejar de lado el pasado y disfrutar del presente; del nuevo año que acababa de empezar y de todo lo que estaba por llegar. Tenía que aprender a soltar, pero eso no significaba pasar de Raúl, ya que se iba a quedar en casa unos días y yo estaba deseando que Dani me explicara el motivo.

Me incorporé en cuanto escuché que alguien golpeaba la puerta.

—Pasa.

—¿Todo bien? —preguntó Izan acercándose a mí.

—Sí. Hemos vuelto a quedar. Tengo ganas de ver cómo avanza lo nuestro.

—¿Lo vuestro? —alzó las cejas, divertido—. Madre mía, Nere, os habéis visto dos días y... ¿ya es oficial?

—Nadie ha sido tan atento conmigo como él. Me ha llamado en medio de la fiesta para felicitar me el año. ¿Quién llama a alguien estando en una fiesta?

—Seguro que es un psicópata —bromeó Izan.

—Joder, espero que no.

Le tiré la almohada a la cara y me la devolvió.

—Emma ha preguntado si vamos a su casa, ya están todas —dijo.

—Sí.

—¿Se lo has dicho a Dani?

—No porque casi no he hablado con él.

Izan y yo volvimos al comedor, donde se encontraban todos. Dani le estaba enseñando a Raúl algo del móvil cuando nos acercamos a ellos.

—Emma y Fran hacen una fiesta en su casa, ¿queréis venir? —pregunté sin quitar el ojo de mi hermano, pero notaba la mirada de Raúl clavada en mí.

—¿Ahora? —preguntó Dani.

—Sí, ya vamos tarde —Izan abrazó a Carla.

—Por mí guay.

—Yo no tengo muchas ganas —respondió Raúl, serio como siempre.

—También estará Javi —dije haciendo lo posible por convencerlo.

Javi era el novio de Inés y fue con ellos a clase, se llevaban bastante bien.

Mi hermano insistió un poco más y, al final, Raúl cedió, aunque no parecía muy convencido.

CAPÍTULO 8

Caminamos hasta la casa de Emma y Fran porque estaba a cinco minutos de la mía. No era muy grande, pero para ellos dos tenían más que de sobra. Me parecía increíble que se hubieran podido independizar tan jóvenes, yo lo veía muy lejano; con suerte, antes del verano podría comprarme un coche de segunda mano. En cuanto llegamos, saludamos a Emma que nos dio un fuerte abrazo, le preguntamos por Fran e hizo un gesto con la cabeza señalándole junto a su grupo de amigos de la uni. Llevaba siempre gorra porque estaba acomplexado por el poco pelo que tenía, a pesar de que todos le habíamos dicho que le quedaba bien cuando se rapaba la cabeza.

Vimos a Inés y Javi buscando cervezas en la nevera, íbamos a saludarles cuando una chica alta con el cabello por los hombros se acercó a mi hermano y le abrazó por detrás. Él no puso ninguna resistencia, incluso parecía que se conocían de antes. Empezaron a bailar al ritmo de la música y ella se fue acercando más y más hasta que sus bocas se unieron con ganas. Aparté la mirada enseguida, era innecesario tener esa imagen de Dani.

Dejamos a mi hermano con esa chica y fuimos con Inés, que estaba distraída abriendo una cerveza, por lo que Javi fue el primero en vernos. Nos saludó con la cabeza, pero al ver a Raúl su expresión cambió.

—Tío, ¡no sabía que estabas por aquí! —Javi apretó la mano de Raúl acercándose hacia él.

—Ha sido un poco improvisado —escuché atentamente por si explicaba el motivo—. He llegado hace unas horas.

Los dos salieron de la cocina hablando y yo los seguí con la mirada, intrigada por saber el motivo por el que Raúl había vuelto. Sin embargo, dejé de prestarles atención cuando Inés me abrazó.

—¡Feliz año! —dijo gritando con su voz aguda.

—¡Feliz año nuevo!

—¿Cómo va con Marcos? Pensaba que lo conocería hoy.

—Tenía entradas para ir a una discoteca.

—Yo no podría estar tan tranquila. Fiesta, alcohol... no son una buena mezcla.

—Él no bebe.

Tuve la necesidad de defender a Marcos porque no me gustaba lo que insinuaba Inés. Podía confiar en él, compartíamos el mismo punto de vista sobre las infidelidades y sabía que no me haría eso. Marcos era diferente.

—Inés... Que Nerea se lanzó —Izan me golpeó con el codo.

Emma abrió los ojos sorprendida. En ese momento sentí todo el calor del cuerpo acumulado en mi cara. Y, por una parte, me alegré de que Raúl no estuviera allí. Algo absurdo, la verdad.

—¿Qué? —me miró Inés asintiendo—. Muy bien.

—¿Y cómo fue? —Emma sonrió con dulzura antes de llevarse la cerveza a la boca.

—¿Ya te ha contado lo del beso? —Paula gritó mientras se acercaba a nosotros y tiraba de la mano de Marta, su novia.

—Está en ello —Inés hizo un gesto con la cabeza para que siguiera explicando.

—Feliz año nuevo a vosotras también —dije, intentando desviar un poco la conversación.

—Feliz año —sonrió Marta.

—Feliz año —Paula me hizo un gesto para que continuara.

Todos los ojos estaban clavados en mí, expectantes, y aquello me hizo estar algo abrumada. Les expliqué los detalles, mientras Izan iba a por bebidas. Me ofreció una botella de agua y le dio a Carla su cerveza, y ella se lo agradeció con un beso en los labios.

—Me parece tan mono —Emma asintió en cuanto acabé de hablar.

Dani se acercó, iba de la mano con la chica de antes.

—Gran fiesta —mi hermano levantó su cerveza a Emma, para saludarla, pero se fue enseguida.

—No sabía que estaba tu hermano —Paula me miró sorprendida.

—Sí, ha venido hoy, se quedará unos días porque tiene vacaciones.

—También está Raúl —Inés lo mencionó y mi corazón se detuvo un microsegundo.

Hubo un pequeño silencio, que no duró ni dos segundos, pero que a mí me resultó eterno.

—¿Raúl? Pero si estaba desaparecido —Paula frunció el ceño.

—Ha estado viviendo en Alemania un montón de años —aclaré.

—Tu hermano está bueno, pero Raúl... —soltó Inés.

—Contrólate un poco, ¿no? —Paula bromeó, golpeándole con el codo.

—Es un hecho, no es nada malo lo que he dicho. Javi también está bueno.

El comentario de Inés me ayudó a tranquilizarme respecto al lío que sentía desde hacía unas horas. Podía gustarme Marcos y ser consciente de que Raúl era guapo y estaba bueno.

Estuvimos hablando y después, con la llegada de Fran al grupo, comenzamos a bailar. Tras un rato, la música empezó a suavizarse, dando paso a los bailes lentos. Me empecé a sentir incómoda con todas las parejas a mi alrededor. Mirara donde mirara, había gente enrollándose: en el sofá, apoyados en la pared, en la barra de la cocina... Les dije a mis amigas que tenía que ir al baño y me encerré allí. Pensé en Marcos, en lo mucho que hubiera deseado que estuviese en la fiesta conmigo, que me viera con el vestido y que me besara. Entré en el chat para mirar su foto e incluso dudé en llamarlo, pero no lo hice. Él se lo estaba pasando bien y no quería estropear su noche. Cuando picaron a la puerta guardé el móvil en el bolso y abrí. Me encontré a Raúl y, de forma intuitiva, bajé la mirada al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó extrañado.

Tenía un nudo en la garganta. No estaba bien, me sentía sola y echaba de menos a Marcos.

—Sí, ¿y tú?

—Pues no. Me aburro bastante.

—Yo también —confesé.

—¿Quieres que salgamos fuera?

—¿No ibas a entrar al lavabo?

—No.

—¿Entonces por qué...?

—Me parecía raro que tardaras tanto.

—Ah.

¿Significaba eso que había estado pendiente de mí? No supe cómo reaccionar.

Me hizo un gesto con la cabeza para alejarnos de la multitud y asentí. Comenzamos a caminar en sentido opuesto a mi casa.

—La chica con quien está Dani es Sofía —Raúl rompió el silencio en el que nos habíamos envuelto.

Mi hermano y yo teníamos confianza hasta cierto punto porque nunca habíamos hablado de sentimientos. Yo no tuve nada que contarle hasta ese último mes, sin embargo, a mi hermano le iba mucho mejor su vida amorosa. Cuando él tenía dieciséis años, estuvo con una chica que

presentó a la familia e incluso vino a los viajes que hicimos en diferentes veranos, pero cortaron a los cuatro años y nunca hablamos del tema. Simplemente Dani dijo que ya no seguían siendo pareja y se dio por zanjada la conversación.

—¿Están juntos?

—Solo cuando salen de fiesta y se emborrachan, después, cada uno por su lado y como si nada.

—Pues no lo sabía.

Me costaba entender que la gente tuviera esa capacidad para estar con alguien de forma puntual. A mí me resultaba imposible, aunque no quisiera, me encariñaba con demasiada facilidad.

Se levantó un aire helado que me hizo estremecer y metí las manos en los bolsillos rápidamente.

—¿Volvemos?

—Sí, mejor —respondí.

Me daba cosa aceptar que en ese momento, si no fuera por el aire, no habría querido dar media vuelta. Temía que al regresar a la fiesta ya no pudiéramos hablar y necesitaba que me dijera qué lo traía por la ciudad. Con el frío que hacía, era imposible que mi cara se pusiera más roja de lo habitual, así que respiré y le solté la pregunta.

—¿Cómo que has venido?

—Me he quedado sin trabajo, ya lo hemos hablado antes.

—Pero... —no quería parecer maleducada y dudé unos segundos cómo formular la frase—. ¿Por qué te quedas en mi casa?

Se giró hacia mí, mientras yo seguía caminando con la mirada en la carretera. Tardó un rato en responder.

—Porque no me veo capaz de estar solo en el piso de mi padre. Dani me va a ayudar a hacer limpieza para venderlo.

Al padre de Raúl le dio un infarto mientras comía y él fue quien se lo encontró unas horas más tarde, cuando acabó su turno en el supermercado.

—¿Quieres venderlo?

—Sí, para mudarme a otro sitio.

Raúl había vuelto, pero por lo visto estaba deseando largarse otra vez. Y, sin poder evitarlo, aquello me dio rabia. Casi no habíamos hablado, pero me gustaba que estuviera cerca. Era una sensación rara.

Cuando llegamos a la fiesta, todos parecían pasárselo bien con sus parejas y estaba segura de que ni notaron que me había ido. Raúl miró a mi grupo de amigos y se giró para hablarme.

—¿Estás sola?

Dudé sobre qué responderle porque parte de mí, la infantil, no quería que supiera nada de Marcos, por si así tenía más posibilidades de que pasara algo entre nosotros. No obstante, sabía que era una tontería porque Raúl nunca se había fijado en mí, ni iba a hacerlo.

—No. Estoy... Estoy conociendo a alguien —hice un pequeño gesto con el móvil.

—¿Cómo que no ha venido?

—Ya tenía planes con sus amigos, desde antes de que nos conociéramos. ¿Y tú? —pregunté con miedo de que me doliera su respuesta.

—No me va lo de tener pareja.

—¿No te va?

Negó.

—Me agobia sentirme atado a alguien.

Su frase retumbó en mi cabeza y me hizo pensar. Quizás se sentía así porque no había dado con quien de verdad encajara con él, aunque tampoco me iba a meter más en eso, al fin y al cabo, aquello no iba conmigo. Los gritos entre Inés y Javi llamaron nuestra atención.

—¡Vamos! —Javi agarró su brazo.

—¡QUE NO! ¡QUIERO QUEDARME!

—¡ESTÁS BORRACHA! ¡VÁMONOS!

—¡QUE NO!

Inés se apartó de Javi bruscamente y fue donde estaba el resto de mi grupo, él se marchó. Nadie intervino porque estábamos acostumbrados a esos shows que montaban. Gritaban, se separaban, pero volvían una y otra vez. No entendía cómo aguantaban... Debe de ser agotador tener esa relación con tu pareja.

Dejé a Raúl de lado para ir con Inés, que lloraba desconsoladamente.

—Me da rabia que se ponga así —por la forma de hablar, sí que parecía que estaba algo borracha, pero Javi no tenía que ponerse así.

—No es la primera vez —comentó Izan y Carla le golpeó el brazo para que fuese más delicado.

—Hace tiempo que tendrías que haberlo dejado —Paula la abrazó.

—Ya lo sé, pero es que no puedo. Lo quiero —se sentó en el suelo con la mano en la cabeza.

—Si seguís así acabaréis muy mal.

Inés no quería hablar más sobre aquello, así que centró la atención en mí y cambió de tema.

—¿De qué has hablado con Raúl? Lleváis mucho rato fuera.

Tras su pregunta noté el calor en mi cara. Entendía que quisiera cambiar de tema, pero no era justo que yo me viese afectada.

—Me ha dicho que quiere volver a irse.

CAPÍTULO 9

Me arreglé más de lo habitual porque quería que Marcos me viera guapa. Mientras probaba diferentes maquillajes puse música y, como estaba sola en casa, comencé a cantar a pleno pulmón cuando sonó *Por la boca vive el pez* de Fito y Fitipaldis.

No me acababa de ver bien con el maquillaje; la sombra negra y el pintalabios rojo me quedaban fatal, no entendía cómo a Paula le podía quedar tan bien aquel labial. Tras un rato mirándome en el espejo, no me sentía yo, así que me lavé la cara y terminé usando tonos neutros, como siempre. No sabía cómo eran las ex novias de Marcos, pero, en el fondo, me daba miedo no estar a la altura.

Me puse mi chaqueta roja e iba a bajar las escaleras cuando escuché un ruido que venía de la cocina. Busqué a mi alrededor algo con lo que pudiera defenderme, pero no vi nada. Volví a la habitación, agarré el paraguas y lo estiré sin llegar a abrirlo. Al menos si alguien intentaba hacerme daño también saldría golpeado. Cogí aire y bajé las escaleras sigilosamente. Escuché otro ruido, esta vez más fuerte.

—¡Sal de aquí! —fue lo único que se me ocurrió decir mientras movía el paraguas de un lado a otro.

Paré en cuanto vi que el responsable de los ruidos era Raúl, que se estaba preparando un bocadillo, y con mi entrada se empezó a reír con fuerza. Nunca lo había visto de esa manera, acababa de hacer el ridículo, pero bien... Estaba segura de que tendrían que pasar muchos años para que eso pasara al olvido.

—Me iba a quedar unos días, pero si tanto te molesta, me voy.

—¿Tú no te habías ido con Dani?

—Estaba con él, hasta que se ha encontrado con Sofía y han ido a su casa.

—Entonces no solo se ven cuando están de fiesta y se emborrachan.

—Eso parece. Por cierto, hacía años que no escuchaba esa canción.

Abrí los ojos como platos. He tenido situaciones vergonzosas en mi vida, pero como aquella... NINGUNA. Raúl me había escuchado cantar cuando me estaba maquillando.

—«Dime por qué preguntas cuánto te he echado de menos...» —empezó a cantar, pero le interrumpí.

—¡Cállate!

—«Si en cada canción que escribo corazón eres tú el acento».

—Pensaba que estaba sola, ¿vale?

—¿Y te ibas a defender con un paraguas? Ner, por favor.

—Olvídate de lo que acaba de pasar.

—No creo que pueda hacerlo.

—¡Raúl!

—¿Eres fan de Fito y Fitipaldis?

—¿Si no por qué iba a cantar sus canciones?

—«Sabes que soñaré, si no estás que me despierto contigo» —cantó imitándose.

En realidad me gustaba ver ese lado divertido de Raúl, muy diferente al que estaba acostumbrada, pero no quería que siguiera riéndose de mí. Agarré el bolso.

—¿Te vas? Si te pido otra canción, ¿no la cantas?

—He quedado.

—¿Con el chico ese que estás conociendo?

Asentí y caí en que había hablado con él del tema, antes que con mi hermano.

—No le digas nada de esto a Dani.

—¿Es un secreto?

—No, pero... quiero conocerlo un poco más antes de dar detalles a mi familia.

No quería hablar más con él, así que caminé hacia la puerta.

—Adiós caperucita, cuidado con el lobo.

—Idiota.

Cuando llegué al centro, Marcos estaba esperándome. Sí, daba igual lo mucho que lo intentara, que volvía a llegar tarde. Aunque aquella vez fue culpa de Raúl. Marcos se limitó a sonreír al verme caminando rápido hacia él.

—Te he echado de menos —me apartó un mechón y se aproximó a mi mejilla.

Notarlo tan cerca me hizo sentir un cosquilleo extraño y, por un momento, pensé que también me besaría, pero me quedé como una idiota con los ojos cerrados esperando durante unos segundos. Al abrirlos vi que me miraba con un gesto divertido.

—¿También me has echado de menos? —sonrió.

—Sí... No te veo desde el año pasado.

—Es verdad, se me había olvidado lo graciosa que eres.

No pude evitar reírme con su comentario lleno de ironía. Se inclinó hacia mis labios y nos besamos. Era increíble lo mucho que había añorado su boca. Recordé la manera en cómo había dicho lo de que era graciosa y me empecé a reír mientras nos besábamos. Se apartó extrañado, mirándome con el ceño fruncido y fui consciente de que acababa de fastidiar el momento.

—Perdón.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó sonriendo, pero parecía incómodo.

Hice lo posible por no reírme más.

—Pensar en lo graciosa que soy —me puse la mano en la cara sin poder aguantar la risa.

—Ven, anda.

Volvió a juntarme contra él e hice un gran esfuerzo por no estropear la situación, no quería parecer infantil. Estaba segura de que sus anteriores parejas eran más maduras que yo. Cuando nos separamos, le di la mano y caminamos por el parque. Me dio nostalgia pensar en que ya mismo quitarían las luces de Navidad y se acabaría esa sensación tan acogedora allá donde fuéramos. Noté que me apretó la mano con cariño y, de forma intuitiva, me giré y vi que tenía sus ojos clavados en mí.

—Tengo algo para ti —metió la mano en el bolsillo.

Acercó un regalo pequeño y dudé si aceptarlo.

—¿Y esto? Yo no te he comprado nada...

—Ábrelo.

Al desenvolver el regalo me tapé la boca, emocionada. Marcos me había comprado el adorno ese tan adorable del pingüino con gorrito navideño. Lo miré ilusionada porque ese pequeño gesto significaba que me había escuchado. Aunque parecía una tontería, ningún chaval había tenido un detalle así conmigo.

—Me encanta.

—Es que con la cara que pusiste cuando lo viste... sabía que te haría gracia.

Apoyé la cabeza en su hombro. Marcos era muy detallista y me parecía increíble que su ex lo

hubiese dejado por ese motivo.

—¿Estás bien? —preguntó al inundarnos en un largo silencio.

—Sí. Me gusta estar contigo.

—Y a mí.

—Cuéntame algo —susurré, acariciando su mano.

—Mmm...

Se quedó unos segundos pensando.

Marcos era de esas personas con las que los silencios nunca eran incómodos, pero quería saber más sobre él.

—Este mes se me acaba el contrato del piso y tengo que buscar otro.

—¿Y eso?

—El que lo alquila no nos renueva porque quiere vivir allí y bueno... estoy mirando opciones para vivir solo porque estoy harto de tener compañeros de piso que son guarros.

Me reí por la forma en cómo soltó la última frase.

—¿Y has encontrado alguno?

—Hay un par de pisos que están muy bien en las fotos, pero tengo que ir a verlos. ¿Querías venir? Seguramente vaya a ver uno la semana que viene.

—La semana que viene estoy de exámenes.

—¿Cuándo los acabas?

—El viernes.

—Puedes venir a ver el otro, pediré hora para dentro de un par de semanas. Me hace ilusión que vengas.

Sonreí al escuchar sus palabras.

CAPÍTULO 10

Al llegar a casa, Dani y Raúl estaban mirándome atentamente. Me quedé parada frente a ellos, pero no me dio tiempo a decir nada porque mi hermano se adelantó.

—Raúl me ha dicho lo de esta tarde.

Miré a Raúl en busca de respuestas. Sus ojos estaban clavados en los míos, lo que me puso todavía más nerviosa. Lo único que le había pedido era que no contara nada de Marcos porque quería conocerlo mejor antes de dar más detalles a mi familia, pero, por lo visto, no había tenido la decencia de callarse.

—Yo... bueno... conocí a Marcos hace muy poco y por eso no había dicho nada.

El gesto de ambos cambió: Dani estaba extrañado y Raúl abrió los ojos exageradamente. Me di cuenta de la facilidad que tenía para meter la pata; hubiese sido mejor callarme y dejar que hablara él.

—¿Marcos? ¿Quién es Marcos? —preguntó mi hermano.

De repente me entró un calor en la cara que no podía ocultar de ninguna manera. Vi que mi hermano observaba a Raúl y que él evitaba el contacto visual. En ese momento, entendí que no había dicho nada al respecto.

—Es... Es un chico al que estoy conociendo.

—¿Y por qué me iba a decir eso Raúl? —volvió a mirarlo—. ¿Tú lo sabías?

Raúl fijó la mirada en mí, no quería decir algo que me pusiera en un compromiso.

—Se lo dije en la fiesta.

Dani arqueó una ceja, seguía sin entender el motivo de que se lo hubiese contado a Raúl antes que a él.

—Estabas con Sofía —soltó Raúl.

Agradecí su pequeña intervención.

—Aún así...

—No te vi en toda la noche —me defendí.

Dani hizo un gesto con los ojos, asintió y se acercó para darme una palmadita en el hombro.

—Enhorabuena, Neri, ya iba siendo hora.

Puse los ojos en blanco, el comentario era completamente innecesario.

—¿Qué querías decirme?

Hubo un pequeño silencio, como si no recordara el motivo por el que inició la conversación.

—¿No te sientes segura en casa?

Suspiré.

—Claro que sí, pero me he asustado porque pensaba que no había nadie más.

—Pero... ¿un paraguas? —dijo Dani, confundido.

Vi que Raúl se reía, pero puso la mano en su boca para disimular.

—Es lo primero que he pillado. Mejor eso que nada, ¿no?

Estaba cansada del asunto del paraguas, solo tenía ganas de contarle a Izan y al resto lo bien que había ido mi cita con Marcos. Además, ya sabía donde poner el regalo que me había hecho: el pingüino navideño iba a quedar genial en mi estantería, al lado de mi inmensa colección de libros románticos.

—Me voy a duchar.

La mano de mi hermano me detuvo.

—Espera, Neri, quiero saber más de ese Marcos —rodeó mis hombros con su brazo.

Había intentado esquivar el tema, pero supuse que ya era hora de hablar, Marcos me había demostrado que era de fiar y que prestaba atención a lo que le decía.

—Es ingeniero y trabaja, pero ahora está de vacaciones.

Los dos se miraron entre ellos.

—¿Qué edad tiene? —Raúl preguntó cruzado de brazos.

—Veinticuatro.

—¿Cómo os conocisteis?

Esa pregunta me puso más nerviosa de lo que debería. Sentía vergüenza por habernos conocido en una aplicación, a pesar de que era algo que estaba muy visto y normalizado. Se me hizo un mundo responder con los dos mirándome fijamente.

—En una app de citas.

El móvil de Dani nos interrumpió. Supe que era Sofía al ver cómo miraba la pantalla sonriendo de forma tonta y no pude evitar preguntarme si esa era la cara que ponía yo cuando hablaba con Marcos.

—Hablamos luego, ¿vale? —me hizo un gesto y se fue para atender la llamada.

Sin decir nada más, subí las escaleras, me desmaquillé para después entrar en la ducha y dejar que el agua ardiendo recorriera mi cuerpo. Adoraba esa sensación.

Me puse el pijama y salí del lavabo rezando para que Raúl no apareciera en ese instante porque ya había hecho el ridículo cantando como para que me viese sin maquillaje: tenía la cara mucho más pálida que de costumbre y mis ojeras lilas estaban bien marcadas. Quitó los cojines de la cama y me tumbé para leer un rato cuando alguien picó a la puerta.

—¿Sí?

La puerta se abrió y apareció Raúl con un pantalón de chándal y una sudadera. Me quedé paralizada al verlo allí. Hizo un gesto con la cabeza por si podía pasar y asentí. Se apoyó en el escritorio.

—¿De verdad pensabas que iba a contar algo que me habías pedido que no dijera?

—Ya... No sé, me he puesto nerviosa.

Como en ese momento, que no sabía dónde meterme para que no viera mis ojeras.

—No soy ese tipo de persona.

—Pero bien que no te has callado lo del paraguas.

—Porque creo que deberías tener algo en la habitación que te sirva para defenderte.

—Mi intención era pegar al intruso, pero como eras tú no lo hice.

—Ya, claro.

Se volvió a reír y, sin darme cuenta, yo también lo hacía. Me gustaba verlo así de contento.

—Que sí.

—Puedes estar tranquila que tampoco he dicho nada de tu imitación a Fito y Fitipaldis. Será nuestro secreto.

Aquello me iba a perseguir toda la vida.

Le tiré un cojín a la cara que esquivó con facilidad. Dejé el libro en la mesita de noche, lo observó descaradamente, pero no quería que la conversación girara en torno a mi pasión por los libros románticos.

—¿Cómo vas con el piso?

Su expresión cambió y pasó a ser más fría, volvía a ser ese Raúl tan serio que yo recordaba.

—Es difícil, todo está lleno de recuerdos.

Se me hizo un nudo en la garganta y me dieron ganas de abrazarlo, pero sabía que era mejor no hacerlo.

—Me lo imagino.

—Por suerte, Dani me está ayudando.

—Si quieres, yo también... Yo también podría echarle una mano.

—No iría mal, teniendo en cuenta que él pasa la mayor parte del tiempo con Sofía.

—¿Se ha vuelto a ir?

—Sí —metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Es mejor que me acueste ya, mañana madrugo.

Algo dentro de mí quería que se quedara, que me explicara qué había sido de él durante todos esos años, sus anécdotas viviendo en Alemania, cómo había encontrado aquel trabajo..., pero decidí asentir y darle las buenas noches.

Quedaban cinco días para comenzar los exámenes finales y todavía no me había puesto a estudiar; intentaba leer los apuntes, pero era incapaz de concentrarme. Aquella tarde quedé con Marcos, pero me prometí a mí misma estudiar en cuanto llegara.

Caminamos por la ciudad cogidos de la mano.

—¿Te gustaría subir al teleférico? —preguntó Marcos.

Me quedé mirando la altura a la que iba y sentí que mi corazón latía más rápido de lo normal. Nunca había subido y me daba miedo marearme, pero no era solo eso... Aquella sensación se juntaba con el agobio que me generaba no poder bajar hasta llegar al destino. Se trataba de estar encerrada en una especie de cápsula que te llevaba a lo alto de la montaña y me fatigaba pensar que para bajar también tendríamos que volver a meternos allí.

—Yo... No sé —me coloqué bien las gafas.

—Siempre he querido subirme, tiene que ser divertido.

No podía decirle que no. Era la oportunidad perfecta para crear recuerdos y, además, el momento de demostrarle que no era como sus ex novias. Si no se había subido antes estaba segura de que era porque ellas no querían.

Asentí nerviosa. Deseaba que parte de él cambiara de opinión sin que yo se lo dijera, pero en lugar de eso, tiró de mí y nos pusimos en la cola. Mi mente no dejaba de imaginar las peores situaciones y, como consecuencia, mis nervios aumentaban cada vez más.

—Seguro que las vistas son muy bonitas.

—Espero... —encogí los hombros, tensa.

Sacamos los tickets e insistió en pagarlos. Como estaba tan preocupada por lo que me esperaba, no discutí. La cabina del teleférico era para nosotros solos, lo que me dio más tranquilidad también, pero seguía inquieta por el movimiento que tenía. Además, al ser transparente, se podía ver toda la ciudad miraras por donde miraras, incluso en el suelo. Me senté enfrente de él sin pensarlo mucho. Lo único que quería era que el trayecto pasara rápido.

—Vete más lejos si quieres —se rio.

Sonreí nerviosa. Me levanté y me senté a su lado. Marcos me rodeó con su brazo y, a pesar de estar bien así, con él, no me sentía protegida. Estaba a un montón de metros del suelo y si el aparato se caía no íbamos a poder hacer nada. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—Las vistas son una pasada.

Al escuchar su comentario, abrí los ojos y vi que ya íbamos casi por la mitad del camino. Aquello no estaba tan mal, quizás había exagerado un poco.

—¿Te gustan? —me acarició la mano.

—Sí, pero me sigue dando impresión.

—No te preocupes, enseguida llegaremos.

Marcos tenía razón. Por tal de calmarme, cogí aire y solté lentamente. Conforme pasaba el tiempo me encontraba más relajada y no tardamos en llegar. Se levantó y acto seguido me dio la mano para ayudarme a ponerme en pie y así salir juntos.

Estábamos en lo alto de la montaña, desde allí se veía toda la ciudad y el mar, las vistas eran impresionantes. Caminamos de la mano y llegamos a un castillo que estaba lleno de turistas.

—Nunca había estado aquí.

—Yo tampoco y eso que hago tiro con arco allí.

Señaló el campo donde se podían ver diferentes dianas.

—Me parece tan curioso ese deporte.

—¿Por qué?

—No sé, no había conocido a nadie que lo hiciera.

—A mí me llamaba la atención desde pequeño, pero me apunté cuando me mudé aquí hace siete años.

Ese dato me sorprendió bastante, no sabía que Marcos había vivido en otro sitio.

—¿Siete años?

—Mis padres se divorciaron y vine a vivir con mi madre.

—¿Y no echas de menos a tu padre?

—Murió hace un año y medio.

Me quedé de piedra.

—Ah... vaya... lo siento.

—No lo sientas. El primer año después del divorcio estuve viviendo con él porque allí tenía mi grupo de amigos, mi novia y no quería irme a más de cien kilómetros y dejarlo todo. Pero mi padre empezó a salir con una, que tenía dos hijos y, según ella, yo era una mala influencia. Él pasaba de mí y cuando me hablaba era para echarme la culpa de sus errores, por eso terminé viviendo con mi madre.

Marcos se estaba abriendo a mí y yo no sabía cómo reaccionar, siempre se me había dado mal consolar a la gente. Tenía que ser muy duro que su propio padre se portara así con él. Me dio pena, aunque lo contaba con tal indiferencia que me dio a entender que lo tenía más que superado.

—¿Mala influencia? ¿Tú? —pregunté mirándole a los ojos.

—Por lo visto sí. A ver... Ahora soy más civilizado, pero en su momento era bastante trasto y solía meterme en líos.

Me aparté para que viera mi reacción sorprendida.

—¿Qué líos?

—¿Desde cuándo esto se ha convertido en un interrogatorio? Vamos a disfrutar del momento y ya habrá tiempo para ponernos al día con nuestro pasado.

—¿Me lo contarás? —ofrecí mi meñique para que me lo prometiera.

Él sonrió al ver mi gesto.

—Sí —entrelazó su meñique con el mío.

Ansiaba saber más, pero en ese instante, estaba claro que Marcos no quería hablar del tema, así que lo dejé estar. En parte era cierto, era la cuarta vez que quedábamos e íbamos por buen camino, así que ya nos iríamos conociendo mejor.

Terminamos de ver el castillo, pero antes de bajar de nuevo en el teleférico, me apoyé en un muro para contemplar el atardecer. Lo que no esperaba era que Marcos me rodeara por detrás,

abrazándome.

—Me gusta estar contigo —susurró en mi oído.

Al sentir sus labios en mi oreja se me puso la piel de gallina. Mi cuerpo también reaccionó de forma exagerada, haciendo que mi vagina palpitara y volviese a sentirme húmeda.

¿Podía dejar de excitarme con cualquier cosa que hiciera Marcos?

Me giré hacia él.

—A mí también —lo abracé y apoyé mi cabeza en su pecho.

—Nerea, sé que quizás piensas que es muy pronto, pero te quiero.

Me quedé parada. Marcos me gustaba mucho, pero esas dos palabras todavía me quedaban grandes. Era un paso muy importante y tenía que ser sincera con él.

—Yo...

—Espero no asustarte por ir demasiado rápido.

—No es eso, pero necesito algo más de tiempo para poder decírtelo.

Me dio un beso en la cabeza y sentí cierto alivio al ver que me respetaba y no se ofendía por no decirle esas dos palabras que él acababa de soltar como si nada. Lo miré y me puse de puntillas para unir nuestras bocas. Cada vez que nuestros labios se unían, el deseo estaba presente. Volví a notar las palpitaciones de antes e hice lo posible por parar. Tenía que controlar esos impulsos antes de que fueran a más. No estaba segura de si aquello era normal porque nunca me había pasado. Me aparté un poco cuando me di cuenta de que estaba más metida en mis pensamientos que disfrutando del momento.

—Me da miedo no estar a la altura.

—¿Qué altura?

—Tú has tenido parejas antes, sabes cómo va todo esto y yo me siento pequeña a tu lado.

Me agarró la mano.

—No quiero que te sientas así. Que no tengas experiencia, no es malo. Además, me encantaría enseñarte lo que implica tener pareja.

—Pero es como antes, con el te quiero. Me gustaría decirlo, pero no sé si lo siento, ¿cómo lo sé?

—Ya lo sabrás. Está bien que digas que algo no te gusta o que no te sientes preparada. No va a cambiar lo que siento por ti.

Ponerme a estudiar fue muy difícil después de lo que había pasado. No dejaba de imaginar a Marcos diciendo “Te quiero” y en cómo habían reaccionado mis amigas al contarles lo sucedido. La mayoría apoyaban mi punto de vista y me dijeron que hacía bien en no decírselo si todavía no me veía preparada, sin embargo, Inés discrepó. Según ella, si Marcos me lo había dicho, era porque esperaba que le dijera lo mismo y ahora podría sentir que no íbamos en la misma dirección.

CAPÍTULO 11

Me costó muchísimo concentrarme, pero después de organizar la habitación y pasar media hora ordenando los apuntes, al fin, conseguí que mi mente pusiera atención a lo que estaba leyendo. Solía dejarlo todo para el último momento, pero había sobrepasado el límite y me sentía agobiada con todo lo que tenía que aprender en tan poco tiempo.

Levanté la cabeza, al escuchar que se abría la puerta de mi habitación. No soportaba que me interrumpieran mientras estaba memorizando.

—¿Qué pasa?

—Vamos a salir, ¿te vienes? —mi hermano preguntó poniéndose la chaqueta.

—Tengo que estudiar —dije de mala manera.

—Será un rato.

—Dani que no puedo. Los exámenes son en cuatro días.

—Neri, Neri... Bien que ayer saliste —alzó las cejas.

—Por eso hoy tengo que estudiar.

—Para Marcos sí que sacas tiempo y para tu hermano, que viene de la otra punta del país, no. Puse los ojos en blancos, a Dani siempre le había gustado ser dramático. Me levanté de la silla y fui con él.

—Tú has estado muy ocupado con Sofía.

—¿Cómo sabes su nombre?

Me quedé callada pensando algo que me ayudara a salir del paso, ya que fue Raúl quien me dio ese dato y no podía decirle eso a mi hermano.

—Un presentimiento.

—Ya, claro. ¿Vienes entonces?

—Tengo que estudiar —apoyé la cabeza en su pecho y me acarició el pelo—. Voy a suspender todo.

Sí, estaba claro que la vena dramática venía en los genes, pero de verdad necesitaba un milagro para no tener que repetir las asignaturas en el siguiente curso.

—Exagerada.

—No, Dani. Nunca había empezado a estudiar tan tarde y mi cabeza no quiere poner de su parte.

—Seguro que sacas buenas notas.

—¡Dani! ¿Vamos? —escuché a Raúl de fondo.

—¡Sí! Que sea leve, Neri.

Me dio un abrazo y se fue. Sentía rabia por no poder ir con ellos, pero tenía que priorizar: no podía suspender ninguna asignatura, si no mis padres tampoco me dejarían comprar el coche.

Volví a sentarme en el escritorio y seguí con los apuntes. Me hacía esquemas en una pizarra pequeña porque así me daba la sensación de que mi cerebro absorbía mejor la información.

El día pasó y solo había salido de mi habitación tres veces. El móvil estaba en el salón para no tener la tentación de mirarlo cada cinco minutos, esperando encontrar un mensaje de Marcos.

Escuché llegar a Dani y a Raúl, parecían contentos mientras hablaban de algo. Necesitaba relacionarme con ellos porque estaba colapsada de toda la información que había introducido de golpe en mi cerebro. Bajé corriendo las escaleras.

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien. Le he dado una paliza jugando al billar —mi hermano señaló a Raúl con la cabeza, pero este negó, serio.

Me fijé en las bolsas que llevaban.

—¿Traéis la cena? —pregunté algo desesperada porque me moría de hambre.

—Sí —Dani fue al salón y lo seguí.

Dejó las bolsas en la mesa para poner una película, mientras Raúl y yo colocábamos lo que habían traído.

—¡Makis de pollo! Os quiero.

—Lo sabemos, ¿te quedarás a ver la peli?

Asentí, necesitaba estar fuera de mi habitación, por lo menos, un par de horas. Mi hermano puso *Home Alone* que nos encantaba verla desde que éramos niños. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos esos momentos y un sentimiento de nostalgia recorrió mi cuerpo. Sentía que nunca sería igual que cuando éramos unos críos, él tenía su vida lejos de mí y yo intentaba asentar los cimientos de mi futuro.

—¿Os vais mañana? Podríais quedaros más tiempo...

—Ojalá, Neri, pero trabajo. Raúl sí que se queda.

Por el tono que usó, no sabía si lo decía en coña o qué, aunque no entendía a qué venía aquello. Miré a Raúl extrañada.

—Empiezo a trabajar en el supermercado la semana que viene.

—No tenía ni idea, ¡qué bien!

—Cuánto entusiasmo, hermanita.

Sí, había sido bastante descarada.

—Es que me alegro de que haya encontrado trabajo tan rápido.

Dani hizo un gesto con la cabeza antes de beber, dando a entender que no me creía.

—He estado hablando con mi antiguo jefe y como ya me conocen de antes no tengo que hacer formación.

—Entonces... ¿Te quedarás aquí?

—En mi piso.

Aquello me desconcertó. Raúl me había dicho que no se veía capaz de estar solo en el piso y ahora se iba a vivir allí. Sabía que era un paso muy importante para él y caí en que dije que le ayudaría, pero como había estado liada con mis historias no lo hice.

—¿No lo venderás?

—Era mi intención antes de encontrar trabajo. Ahora tengo que aprovechar y ahorrar. Además, no me puedo quedar aquí a vivir.

A mí no me importaba y a mis padres tampoco, pero si Raúl había tomado esa decisión era porque estaba preparado.

Me desperté por el ruido que hizo un coche al acelerar. Fui corriendo a la ventana con miedo de haberme dormido y no poder despedirme de Dani. Vi a mi hermano en la calle y entonces me di cuenta de que quien se había marchado era Raúl. Al poco rato bajé a desayunar y me encontré con Dani, que estaba mirando el móvil.

—¿A qué hora os vais?

—En media hora viene el taxi.

Como no mencionó nada de Raúl, me hice la tonta por tal de sacarle información.

—¿Y Raúl? ¿Sigue durmiendo?

—Se fue hace rato.

—Ah... no sabía nada.

—¿Y este interés tan repentino...?

Noté que el calor se acumulaba en mi cara. No entendía por qué hablar de Raúl me ponía nerviosa y sentía que Dani se empezaba a dar cuenta.

—¿Interés? Es solo que me sorprende que no se haya despedido.

—Ya sabes como es. Además, lo seguirás viendo por aquí, supongo que por eso no ha dicho nada.

En parte tenía razón, pero me fastidiaba igual.

Mis padres y yo acompañamos a Dani al taxi. Me parecía mentira que retomase su vida lejos de nosotros y que volviéramos a ser tres en casa.

—Te voy a echar mucho de menos —dije mientras me estrujaba con sus brazos.

—Puedes venir cuando quieras, ya sabes que siempre hay sitio para ti, Neri.

—Estos días se me han pasado muy rápido —sentí un nudo en la garganta.

—Mis bebés, qué grandes estáis... —mi madre estaba emocionada, secándose las lágrimas con un pañuelo.

Cuando era pequeña pensaba que mi madre era una exagerada por emocionarse con todo, pero a esas alturas la entendía perfectamente. Me alegraba por mi hermano, que estuviera independizado, trabajando de lo suyo, ganando un buen salario... pero echaba de menos no verlo tanto como me gustaría.

CAPÍTULO 12

Los exámenes me estaban yendo mejor de lo que esperaba. A pesar de no dormir mucho, encontraba la forma de unir con coherencia toda la información que memorizaba. El viernes me enfrentaba a la última asignatura, así que solo podía cruzar los dedos y esperar a que la profesora pusiera preguntas fáciles.

Habían sido unos días duros y no podía perder el tiempo, pero por la noche solía dedicarle unos minutos al móvil para responder a Marcos, que me preguntaba cómo me estaban yendo los exámenes. No habíamos vuelto a quedar, pero el martes de la siguiente semana iba a acompañarlo a ver uno de los pisos en los que estaba interesado y me moría de ganas por pasar tiempo con él.

Fui de las últimas en entregar el examen porque quise revisarlo varias veces. No tenía muy claro qué nota iba a sacar, pero con aprobar ya me conformaba. Lu, al contrario, fue de las primeras en terminar, pero como siempre, me esperaba en el pasillo para comentar las preguntas.

—Ha sido bastante fácil —dijo Lu agarrando mi brazo mientras caminábamos.

—Con aprobarlas todas me conformo.

—Lo harás.

—¿Te acuerdas del chico de la app? —ella asintió—. Pues hemos quedado varias veces, es súper atento y me ha dicho que me quiere.

—Pero si lleváis muy poco.

—Ya, a mí también me parece rápido, pero si él lo siente así... —bostecé—. Estoy muerta de sueño. Lo único que quiero es meterme en la cama y dormir tres días seguidos.

Salimos del recinto y noté que alguien tiró de mi chaqueta y al girarme vi a Marcos con una bolsa de palomitas del cine. Me quedé parada y sonreí.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que te gustan las palomitas de colores, pero solo las del cine, ¿no?

—Me voy ya, que me están esperando —Lu desapareció antes de que pudiera decirle nada.

Marcos me acercó la bolsa y me vino el olor de las palomitas. Qué bonito detalle que se acordara de ese dato tan insignificante que le comenté cuando empezamos a conocernos.

No sabía qué me pasaba, pero me sentía exageradamente tímida.

—Gracias.

Abracé a Marcos apoyando mi cabeza en su pecho.

—¿Y un besito?

Su pregunta me ruborizó, pero sonreí al ver que había puesto morritos esperando a que mis labios se unieran con los suyos. Lo besé. Era agradable verlo allí y decía mucho que hubiese sido él quien tuviera la decencia de presentarse sin que yo se lo pidiera.

—¿Te apetece dar una vuelta?

Estaba cansada, pero no para él.

—Claro.

Estuvimos paseando por la ciudad, sentía nostalgia al recordar que antes las luces navideñas decoraban las calles. Nos sentamos en un banco para acabarnos las palomitas.

Marcos me rodeó con su brazo.

—¿Vendrás el martes a ver el piso? —preguntó.

—Sí.

—Será divertido.

—Parecerá que somos una pareja buscando piso. Es como si nos viéramos en el futuro.

—Seguro que nadie piensa que nos conocemos desde hace solo cuatro semanas.

—Sería gracioso soltar ese dato así.

—No nos creerían... ¿Cuántas citas llevamos?

Su pregunta me extrañó. Llevábamos cinco citas, pero no sabía si me lo decía para ver si yo tenía la cuenta o era que él realmente no lo sabía.

—¿En serio? —alcé una ceja.

—¿Lo sabes?

—Sí, ¿y tú?

—No te creo... A ver.

—¡Marcos! ¿No sabes las citas que llevamos?

Sonrió.

Alcé el meñique para comprobar que decía la verdad, pero él se limitó a responder.

—Claro que lo sé: el teleférico, la feria... —se calló tratando de hacer memoria.

—La tienda de Navidad, cuando me regalaste el pingüino.

—Y hoy.

Daba por hecho que Marcos se acordaría como yo de todas las citas sin tener que pensar mucho, por eso me desconcertó verlo dudoso. Sin embargo, tampoco quería centrarme en aquello, él había estado atento siempre e incluso fue al cine a comprar las palomitas que me gustaban, solo para sorprenderme.

Me incorporé un poco y nos besamos.

—Quiero que lo nuestro funcione —dijo casi susurrando.

—Vamos bien, ¿no?

Marcos me agarró de la mano y asintió.

—¿Cómo ha ido la vuelta a la rutina? —pregunté.

—Bien, tampoco he notado mucho cambio.

—Normal... si has estado trabajando en las vacaciones.

—Tampoco tanto.

—Empiezo a creer que eres adicto a tu trabajo.

—No, pero en la empresa están habiendo muchos cambios y la semana que viene me trasladan a otro departamento, tengo que ponerme al día.

—Sigue sin quedarme clara cuál es tu función.

—Ni yo la entiendo a veces.

Explicó por encima lo que hacía, pero era incapaz de entenderlo. Su trabajo era muy complejo y no quería que me considerara tonta, por eso no volví a insistir y cuando pude cambié de tema.

—A partir de febrero me cambian el turno en la uni.

—¿Y eso?

—Nos pasan las clases a las mañanas para hacer prácticas de tarde.

La expresión de Marcos cambió, pero no dijo nada.

—¿Qué pasa?

—Con ese horario solo nos podremos ver los fines.

—Serán unos meses, después tendremos todo el verano para nosotros.

Quise animarlo, pero a mí también me fastidiaba que fuéramos a vernos tan poco.

Me encontré con Paula antes de llegar a mi casa. Estaba paseando a su perrita Tolola y parecía bastante desanimada, no llevaba su pintalabios rojo, ese que se ponía hasta para ir a comprar una barra de pan.

—¡Tolola! ¡Cuánto tiempo!

La pomerania se acercó corriendo y la agarré en brazos. Adoraba a esa perrita.

—¿Has estado con Marcos?

—Sí. Ha venido a verme para celebrar que he acabado los exámenes.

—Qué mono. Nunca te había visto tan ilusionada.

Sonreí.

La única persona que me vio obsesionada con Raúl fue Izan. Si ella me hubiese conocido entonces, sí que me habría visto ilusionada. Quizás hasta más que en ese momento... Pero también influían las hormonas revolucionadas de la adolescencia.

—¿Has terminado ya los exámenes o te queda alguno? —pregunté porque no me gustaba que la conversación girara en torno a mí.

—Los he acabado, pero me han ido fatal.

—Seguro que los apruebas.

—No, Nere. En uno me quedé en blanco y los otros no sé ni si llegaré a un suficiente.

No sabía qué decirle, se me daba fatal consolar a la gente. Dejé a Tolola en el suelo y le di la mano a Paula.

—Las notas no te definen.

—Tendría que haberlo dejado el año pasado. Pensaba que este curso sería diferente, pero no.

—Estás a tiempo de dejarlo.

—Lo que me jode es el dinero. Mis padres me han ayudado mucho y decirles que voy a dejar la carrera no les hará ninguna gracia.

—Te van a apoyar, son tus padres.

—Bf... es que la primera decisión que tomo como adulta y meto la pata.

—También es de adultos aprender de los errores.

—Antes era todo más fácil.

Paula tenía razón, todo era más sencillo en el instituto, pero nos tocaba madurar y convertirnos en adultas.

Llevaba dando vueltas toda la tarde sin saber qué ponerme. Íbamos a ver uno de los pisos que le gustaban a Marcos y quería estar a su altura. Él vestía elegante y aparentaba más edad de la que tenía y a su lado me sentía como una cría.

Me coloqué las lentillas y como no estaba acostumbrada a verme sin gafas me sentía rara. Además, era la primera vez que quedaba con Marcos así y esperaba que le gustara, aunque quizás prefería verme como siempre... Intenté no pensar más en eso porque le estaba dando demasiada importancia y quizás Marcos no se daba ni cuenta. Un mensaje iluminó la pantalla del móvil.

MARCOS

Me han adelantado la visita a las seis menos cuarto. ¿Podrás venir antes?

NEREA

Sí, iba a salir ahora de casa.

Mentira, todavía tenía que maquillarme. Utilicé el corrector, la base y me puse máscara de pestañas. Me miré en el espejo y cogí aire, algo nerviosa, como si fuese yo la que fuera a independizarse. No entendía por qué seguía poniéndome así cada vez que quedaba con él.

Cuando llegué, Marcos esperaba con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Y las gafas?

—En casa, hacía tiempo que no me ponía lentillas.

—Te quedan bien. Pareces más pequeña, pero estás adorable.

Sonreí incómoda antes de entrelazar mi mano con la suya. Hacía todo lo posible para que no me viera como una niña a su lado, pero, por lo visto, no era suficiente. Caminamos menos de cinco minutos hasta llegar al bloque de pisos.

—No me gusta mucho esta zona.

—¿Es muy diferente a donde vives ahora?

—Mucho. Tendrías que venir un día, antes de la mudanza.

—Es que... —evité mirar sus ojos.

—No tiene por qué pasar nada, tranquila.

—Ya lo sé. Pero... es que solo nos conocemos desde hace un mes.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Es muy poco tiempo.

—Nerea, que es para enseñarte el piso. No va a pasar nada que no quieras que pase.

Levantó el meñique y me miró. Uní mi dedo con el suyo porque sabía que podía confiar en él, no obstante, me sentía extraña con aquella situación. A mí ni se me pasaba por la cabeza invitarle a mi casa, pero entendía que vivir con compañeros era diferente a vivir en la casa de tus padres.

El piso que fuimos a ver era muy antiguo, no lo habían limpiado y la pintura estaba saltada en la mayoría de habitaciones. La mujer nos habló del precio mensual y de que la luz y el agua se tenían que pagar aparte. Me parecía excesivamente caro para las condiciones en las que se encontraba.

—¿Alguna duda al respecto?

—¿Las ventanas aíslan bien el sonido?

—Estas no, pero en unas semanas pondremos otras nuevas y pintaremos el piso.

—¿Cuándo estaría disponible?

—A mediados de febrero.

Marcos asintió no muy convencido. El contrato del piso se le acababa en enero y aquella zona tampoco le gustaba mucho. Estaba claro que necesitaba encontrar más opciones.

Salimos de allí y caminamos por los alrededores.

—¿Has mirado pisos en mi ciudad? Quizás son más baratos porque no están tan en el centro.

—Pero me interesa estar cerca de mi trabajo.

—Depende de los precios, podrías pensártelo...

—Ya sé que me quieres tener cerca, pero no me puedo permitir pasar una hora en transporte público para llegar al trabajo y luego otra de vuelta.

—Una pena porque nos veríamos mucho más.

—Sí... Luego te invito a mi piso y no quieres.

—No he dicho que no quiera, solo que creo que es muy pronto.

Estuvimos hablando un buen rato hasta que el estómago de Marcos rugió con fuerza. Miró su reloj y alzó las cejas.

—Es tarde y mañana tengo que madrugar.

—No me gustan las despedidas —dije desganada.
—Ni a mí, pero no podemos quedarnos aquí toda la noche.
—¿No? ¿Seguro? —junté mis labios con los suyos.
—Tengo que ducharme, cenar, preparar la comida de mañana...
—Qué aburrido eres a veces.
—La vida de adulto, supongo.
—Supongo.

Ese comentario de “la vida de adulto” me sentó mal. No le dije nada porque sabía que no iba con mala intención. Él era mayor, tenía responsabilidades, trabajaba, estaba buscando un piso para vivir solo, mientras que yo... todavía no había terminado de estudiar.

CAPÍTULO 13

Entré en la cafetería e Izan me vio enseguida. Llevábamos días sin quedar por los exámenes, el trabajo, etc. Pregunté por el chat del grupo si alguna podía venir también y así ponernos al día, pero estaban ocupadas. Pedí un batido de oreo y esperé a que Izan terminara el turno.

—Marcos quiere que vaya a su piso —dije mientras daba vueltas a lo poco que me quedaba de bebida.

—¿Y...?

—Le he dicho que no.

Izan me miró extrañado.

—Es que siento que llevamos muy poco.

—Ir a su piso puede ser para comer, cenar, ver una peli...

—Ya, si el problema no es él.

—¿Entonces?

—Mi cuerpo reacciona de forma muy exagerada cuando nos besamos, como si quisiera dar el siguiente paso.

—Eso no es malo.

—Pero es que llevamos muy poco tiempo.

—Vamos, que te da miedo no saber controlarte.

Asentí.

—Sé que si estamos solos no voy a ser capaz de pensar con coherencia.

—Pues ves preparada y, si surge, disfruta.

—Ya...

—Le estás dando muchas vueltas, mientras que él probablemente esté jugando al LoL o algo del estilo sin pensar en nada más.

—Seguramente. ¿Tú cómo vas?

—Le he pedido a Gonzalo que me aumente la jornada para ahorrar más. Empiezo la semana que viene.

—Aunque no puedas quedar, seguiré viniendo aquí a contarte mis dramas.

—Lo sé.

Izan se despidió porque quería ir al gimnasio y yo me quedé pensando en lo que me había dicho de “ir preparada” y se me ocurrió ir a comprar preservativos. Quería saber cómo eran, su tacto, cómo se ponían... Necesitaba resolver todas las dudas antes de que ocurriera algo con Marcos.

En el supermercado tenían mucha variedad de condones. Revisé una a una las distintas cajas y vi que variaba el grosor del látex, las formas, los sabores, etc. El que más me llamó la atención fue el que tenía puntos y estrías, que ayudaban a tener más estimulación. Cuando fui a pagar, vi que Raúl estaba reponiendo en una estantería. No supe nada de él desde que se fue de casa, horas antes que Dani. Raúl no me vio e hice lo posible por esquivarlo, me daba vergüenza que supiera que estaba comprando una caja de preservativos.

Solo había una persona delante de mí en la cola para pagar, pero sentía que todo el mundo me miraba por lo que llevaba en la mano.

—¡Raúl! Necesito que me cubras —gritó su compañero que era el que me iba a cobrar.

En ese momento, deseé que la tierra me tragara y me escupiera en cualquier otra parte del planeta. No me podía estar pasando aquello.

Raúl me miró y sonrió. Estaba roja como un tomate cuando me atendió.

—Curiosa elección.

—¿Qué?

—La gente suele comprar los clásicos, pero está bien variar.

—Sí, claro. Hay que variar.

Intentaba aparentar ser una persona adulta, con experiencia, pero el sexo me seguía pareciendo un tema tabú, y que Raúl fuese quien me hablara sobre probar diferentes preservativos lo hacía todavía peor porque me sentía más inexperta. Él me sacaba ocho años, era normal que hubiese hecho más cosas. No obstante, estaba segura de que a mi edad tenía más experiencia que yo.

—Vas en serio con el chaval ese, ¿no?

—Sí.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Todavía no. Estoy... Estoy esperando.

—¿A qué?

Una clienta llegó y ambos nos quedamos callados. Pagué los condones y me fui sin responderle. Me daba rabia que Raúl se entrometiera, pero lo que más me irritaba era que ni siquiera yo sabía por qué no le había dicho nada a mis padres.

Como estaba sola en casa, aproveché para experimentar con lo que había comprado. Abrí el sobre del preservativo y se lo coloqué al dildo: agarrando la punta del látex y deslizando poco a poco con la otra mano. Estaba lubricado, así que entró con facilidad aunque no notaba las rugosidades del condón. Pensaba en Marcos, en cómo sería sentirlo dentro, que me tocara, en las ganas que tenía de compartir un momento íntimo con él.

Acabé aceptando la propuesta de Marcos y dejé el coche en un parking cerca de su piso. Al salir, lo vi con las manos en los bolsillos, como si estuviera aburrido de esperar. Llegaba tarde de nuevo y me supo mal porque no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero todo se me pasó cuando se acercó para besarme. Noté un cosquilleo. Era agradable sentir que alguien deseaba verme.

Caminamos unos minutos hasta llegar a una zona donde los edificios eran elegantes y poco masificados. Nunca hubiese imaginado que Marcos o cualquier conocido pudiera darse el lujo de vivir allí.

—Este barrio es tan tranquilo... Lo echaré de menos.

—A lo mejor encuentras algo por la zona.

—Imposible.

—¿Por?

—Los alquileres no dejan de subir.

—Ya te dije que podrías mirarte algo cerca de donde vivo.

—Pero no me sale a cuenta, cari.

Cuando dijo esa última palabra me quedé helada. No me gustaba nada cómo sonaba. En lugar de verlo como un gran paso en la relación que estábamos construyendo, fue como si me tirara una jarra de agua fría. Era demasiado impersonal, la típica palabra que se utiliza cuando estás con alguien y a saber a la de gente que se lo había dicho antes que a mí.

—No me llames así, no me gusta.

—Vale —me rodeó con su brazo—. A veces se me olvida que esto es nuevo para ti.

El ascensor llegó, podíamos ir por las escaleras, pero no me apetecía subir cinco plantas, implicaba demasiado esfuerzo físico.

Me dio la mano y tiró de mí con suavidad tras abrir la puerta. En el piso predominaba el blanco, tanto en los muebles como en la pared. Escuchamos unas voces que provenían del final del pasillo.

—Vamos a mi habitación.

Sentí un cosquilleo que recorrió cada parte de mi cuerpo mientras íbamos a su cuarto. Me llamó la atención que sus paredes fueran oscuras, generaban una sensación de estrechez, pero a la vez transmitían elegancia. La cama se encontraba pegada a la pared y, a pocos metros, estaba el armario. En el escritorio tenía el portátil; además contaba con dos pantallas que estaban colgadas. Me acerqué a la ventana, las vistas eran increíbles, desde allí se podía ver la Sagrada Familia a lo lejos.

—¡Qué pasada!

—¿Entiendes porque no quiero irme?

—Yo estaría igual.

—Ponte cómoda. ¿Quieres que veamos una película?

—Vale.

Me quité los zapatos y me senté en la cama.

—¿Alguna sugerencia?

—*Last Christmas*.

Marcos soltó una carcajada.

—Estás obsesionada con la Navidad.

—Un poco.

—Bastante. ¿Te apetece algo?

—Agua.

Salió de la habitación y dejó la puerta entornada. Escuché como se alejaban sus pasos y también pude distinguir a varias personas charlando. Me daba vergüenza que me vieran allí y que pensarán algo que no era. Por suerte, Marcos apareció con una jarra llena de agua y un par de vasos. Me acercó el mío, bebí y dejé el vaso en el suelo, pero lo suficientemente lejos como para no golpearlo.

Marcos inició la película y, antes de acomodarse, juntó sus labios con los míos. El beso fue largo, nos separamos unos segundos y sonreí tímidamente.

—Te quiero —susurró.

Nos volvimos a besar. Fuimos aumentando la intensidad cada vez más. Tenía ganas de él, pero hice un gran esfuerzo por contenerme. Había gente cerca y me ruborizaba solo con pensarlo.

—¿Vemos la peli? —pregunté a escasos milímetros de sus labios.

—Sí, claro, la película.

Se tumbó detrás de mí y me rodeó con su brazo. Le agarré la mano y no nos movimos, excepto para darnos algún beso. Le iba haciendo pequeños comentarios para asegurarme de que estaba prestando atención porque a veces se ponía a mirar el móvil. Cuando terminó la película, me giré hacia su lado. Marcos colocó mi pierna entre las suyas. La posición era bastante cómoda, pero no para charlar.

—¿Te ha gustado?

—Se veía venir.

Me aparté un poco.

—¿En serio? La primera vez que la vi no me lo esperaba.

—Pues sí, es muy típico.

Me volvió a acercar a él y, en ese instante, me di cuenta de que o me alejaba o no sería capaz de controlar mis impulsos porque lo que más quería en ese momento era sentirlo dentro de mí.

—Tengo que ir al lavabo.

—Es la primera puerta a la derecha.

En cuanto entré, respiré hondo tratando de calmar mi deseo sexual. Odiaba que mi cuerpo reaccionara así con él. No había pasado nada. Solo nos habíamos besado, ni siquiera hubo roces o tocamientos. Aún así estaba demasiado mojada y no podía hacer nada al respecto. Nerviosa, miré los pantalones por miedo a que se hubieran manchado, pero no. Quise tranquilizarme, pero sabía que en cuanto volviese con Marcos iría a más. No me quedaba otra que aceptar la situación y volver a casa cuanto antes.

Volví a su habitación.

—Acabo de mirar la hora y es tardísimo.

—Tampoco es tan tarde.

—Pero entre que llego y todo...

—Me gustaría que te quedaras más rato —hizo un gesto para que me sentara en la cama.

Sin embargo, me quedé de pie porque no quería que existiera la posibilidad de manchar la cama.

—Mis padres me esperan para cenar —mentí.

Marcos se levantó de la cama y me dio un beso antes de ponerse sus zapatos. Caminamos de la mano hasta llegar al parking. Insistió en acompañarme al coche, pero antes pasamos por la máquina para pagar. Saqué la cartera y Marcos me detuvo.

—Lo pago yo.

—No.

—Si vamos a ser pareja también es cosa mía.

Una parte de mí se quiso negar, pero en realidad me parecía bien. Al fin y al cabo, yo me había desplazado y tanto la gasolina como el parking son caros.

—Avísame cuando llegues, ¿vale?

—Lo haré.

CAPÍTULO 14

El nuevo semestre de la universidad empezaba en una semana, así que mis amigas y yo quedamos aprovechando el día libre de Izan. Nos sentamos en la terraza de un bar. Todos pidieron cervezas, excepto yo que quería una Coca-Cola.

—Nos tienes que poner al día —Inés exageró con las manos.

—¿Lo habéis hecho ya? —Paula alzó las cejas.

Cada vez que me preguntaban algo, notaba el calor acumulándose en mi cara. Si hubiera tenido la oportunidad de meter la cabeza en un cubo de agua con hielo, el hielo se hubiese derretido.

—Dejadla en paz —Emma trató de calmar la situación—. Que haga lo que quiera.

—El otro día estuve en su piso y vimos una película.

—¿Y...? —Inés dejó la cerveza a un lado.

—Y nada.

—¡Qué soso! —saltó Paula.

—¡Pau!

—Cada uno tiene su ritmo —Izan me defendió.

—En realidad fui yo quien no quiso ir a más.

Todos los ojos estaban clavados en mí, lo que me hizo tragar con dificultad.

—Nere, no tengas prisa y no dejes que lo que digan ellas te afecte —Emma puso una mano en mi brazo.

—Tengo ganas, pero prefiero ir un pelín más despacio. No os imagináis lo mojada que estaba.

Me puse la mano en la cara mientras me reía.

—Mejor, menos gastarás en lubricante —dijo Paula.

—Es normal, las primeras veces yo parecía un grifo —comentó Inés dando un sorbo a su cerveza.

—¿Ahora no? —preguntó Paula sonriendo.

—He aprendido a controlarme.

—La práctica, es lo que tiene —Izan intervino.

Desde que quedaba con Marcos sentía que la relación con mi grupo de amigas había mejorado. Parecía que volvíamos a estar todas al mismo nivel, como en el instituto cuando ninguna tenía pareja.

—Sigo flipando con tu despido —Inés miró a Emma y yo observé al resto buscando una respuesta, pero por lo visto estábamos todos igual de confundidos, excepto Inés.

—¿Despido?

—Sí. La semana pasada mi jefa se reunió conmigo y me soltó que me echaba.

—Si eras indefinida.

—Ya, pero por lo visto la empresa lo marca como despido improcedente y ya está. Me han pagado la indemnización y no puedo hacer nada.

—Pues menuda putada —dijo Paula antes de beber.

—Sí. Además, justo antes de echarme han metido a dos chicas de prácticas.

—Cómo se aprovechan... —Inés cruzó los brazos.

—Mañana empezaré a buscar trabajo porque he estado hablando con varios abogados por el tema del despido y quería asegurarme de hacer todo lo que está en mis manos —Emma nos miró a todos—. Bueno, dejemos esto de lado. ¿Cómo han ido los exámenes? ¿Tenéis las notas?

—Todo aprobado —no quise entrar en detalles porque sabía que era un tema que incomodaba a Paula.

—Yo igual —afirmó Inés.

Esperaban la respuesta de Paula y yo me quedé mirando mi Coca-Cola porque no quería incomodarla más.

—Dejo la uni.

Nos quedamos calladas, pero Inés rompió el silencio.

—¿Por?

—Porque no estoy aprendiendo nada. Todo es muy aburrido y no me gusta. Cuando entré pensaba que sería diferente.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Izan.

—No sé. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Nos miramos e Inés sacó un nuevo tema de conversación.

—Javi quiere celebrar su cumple el viernes. ¿Os apuntáis? Será en su casa.

—¿Habéis vuelto? —la miré extrañada.

—No lo hemos dejado.

—Ah... Es que con lo que pasó en fin de año... —me parecía surrealista que volviesen a estar como si nada.

—Eso está olvidado. Iba bastante borracha y él se preocupa demasiado por mí.

—Pues cuenta conmigo —Paula alzó la cerveza.

—Y conmigo, pero Fran trabaja de noche y no podrá ir —dijo Emma.

—El viernes me toca cierre, así que nada —Izan se encogió de hombros.

—Yo trabajo el sábado.

—Te puedes venir igualmente, Nere —insistió Emma.

Dudé unos segundos, pero sabía que terminarían convenciéndome, así que me adelanté.

—Pero estaré poco rato.

—Os paso a recoger y vamos con mi coche —propuso Inés.

En el camino, Inés nos contó que los padres de Javi se habían ido de vacaciones y que por eso tenía la casa libre. Tuvimos que cruzar un camino de tierra para llegar. La casa estaba bastante apartada de la urbanización. La música se escuchaba a lo lejos. Cuando entramos, fuimos en busca de Javi. La decoración era increíble y la iluminación cambiaba de colores.

—¡Felicidades amor! —Inés se abalanzó sobre Javi y comenzaron a morrarse.

Nos miramos divertidas, y fue Paula quien carraspeó la garganta para que se separaran.

—¡Felicidades!

—¡Felicidades!

—¡Felicidades!

—Gracias por venir, chicas. Hay bebida en la cocina, servíos vosotras mismas.

Inés y Javi volvieron a besarse y aparté la mirada. Me daban cierta envidia y deseaba poder besarme así con Marcos.

—Voy a la cocina, ¿queréis algo?

—Vamos contigo.

Paula, Emma y yo fuimos a por bebidas. Ellas pillaron unas latas de cerveza, mientras que yo

llené un vaso con agua. A lo lejos pude distinguir a un chico alto, con el pelo ondulado, que miraba unos cuadros en el pasillo. Estaba segura de que era Raúl y, sin llegar a pensarlo, fui hasta donde él estaba.

—¿Tú por aquí? —le golpeé el brazo.

Raúl se giró, desconcertado.

—Muchos años siendo amigo de Javi —media sonrisa se posó en su cara.

—Ya, pero se me hace raro.

—¿Has venido sola?

—No, Paula y Emma están allí e Inés está con su novio.

Asintió dudoso, como si no fuera la respuesta que esperaba oír.

—¿Y tú?

—Conozco a más de la mitad.

—¿Entonces por qué estás solo?

—Espero a que la gente se me acerque.

—¿Y te funciona?

—Por lo visto sí —me señaló.

No pude evitar sonreír.

—Qué gracioso... Bueno, voy con ellas. Si te aburres ven.

—Vale.

—Suerte con tu táctica.

Caminé hacia Emma y Paula, que me esperaban con incertidumbre y no tardaron en interrogarme.

—¿Es Raúl?

—Sí.

—Llevaba mucho tiempo sin dar señales de vida y ahora está en todos lados.

—Porque vivía en otro país y ahora trabaja aquí.

—Es verdad, en el supermercado, ¿no? El otro día me pareció verlo —comentó Emma.

Asentí.

Estuvimos un rato bailando, pero empezaba a estar cansada y, como al día siguiente tenía que madrugar para dar las clases de repaso, fui en busca de Inés porque era quien iba a llevarnos de vuelta a casa. No la encontré ni a ella ni a Javi, por lo que supuse que estarían en alguna habitación.

—A nosotras no nos importa quedarnos más rato.

—Voy a pillar un Uber —comenté mientras buscaba en el móvil, pero la cobertura hacía que los resultados tardaran un montón en cargarse.

—¿Te acerco? —Raúl apareció de la nada.

—No hace falta.

—No me importa llevarte.

—Tranqui, disfruta de la fiesta.

—Llevo sin ver a Javi un par de horas y he venido por él.

Dudé un momento.

Raúl se estaba ofreciendo a llevarme a casa, si me hubiese pasado eso cuando era una adolescente... me hubiera desmayado en ese mismo instante.

—Pero...

—Me voy a ir ya, si quieres aprovecha el viaje y te ahorras un Uber.

Emma y Paula me miraron esperando mi respuesta.

—Vale.

Estaba nerviosa por ir en el coche de Raúl, teníamos casi una hora de camino e íbamos solos. Odiaba que esa faceta adolescente todavía estuviera presente. Me daba miedo pensar que nunca superaría aquella etapa en la que vivía obsesionada con él.

Raúl conducía en silencio, sin música, centrado en la carretera. Éramos tan diferentes... Yo tenía la necesidad de hablar porque esos silencios me incomodaban un poco.

—¿Cómo vas con el piso? —me ajusté las gafas, nerviosa.

—Bien, al principio fue duro, pero uno se acostumbra.

—Podrías haberte quedado en mi casa. No era necesario que hicieras el cambio tan pronto.

—Llevaba tiempo mentalizándome. Cuanto antes me enfrentara a aquello, mejor.

—¿Y en el trabajo qué tal?

—Como siempre. No es el trabajo de mi vida, pero necesito ahorrar.

—Te entiendo...

Se volvió a hacer el silencio unos segundos e inicié nuevamente la conversación porque no era capaz de estar callada teniéndolo al lado.

—¿Mañana trabajas?

—Por la tarde.

—Qué suerte. Yo empiezo a dar clases a las nueve de la mañana, voy a dormir súper poco.

—Después podrás dormir la siesta.

—Entonces por la noche estaré como un búho, así que mejor que no.

Negó con la cabeza mientras sonreía. Su sonrisa era tan bonita y la mostraba tan poco. Siempre iba con esa fachada fría, sin ganas de hacer amigos. Desde que murió su padre, Raúl se convirtió en otra persona, fue como si aquel palo lo hubiera transformado en adulto.

—¿Has probado ya los preservativos?

Su mandíbula se tensó y yo me sonrojé tanto que miré por la ventana para disimular.

—Eso es personal.

—Si no me lo quieres decir, no lo hagas. Preguntaba por curiosidad.

Tras un breve silencio, respondí.

—Todavía no.

Volví a mirar a la carretera y Raúl se giró para observarme, pero enseguida prestó atención al frente.

—No te pierdes gran cosa.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Vale. ¿Le has enseñado lo mucho que te gusta Fito y Fitipaldis?

Comenzó a reírse.

—¡Raúl! ¡Cállate!

—Pensaba que querías hablar.

—Pero no de esto.

—¿Cómo le va a Dani? —desvió la conversación.

—Muy bien, me ha dicho que lo van a ascender.

—Qué bien.

—Bueno... Me alegro por él, pero lo echo mucho de menos.

—Ner, cada uno tiene que seguir su camino.

—Ya, pero aquí también es feliz.

—Pero no tiene las mismas oportunidades.

Asentí con pena porque Raúl tenía razón.

—¿Te volverás a ir?

—Seguramente.

Noté una sensación rara en el pecho. Me gustaba creer que Raúl iba a asentarse aquí. Tenía un piso, un trabajo... Cualquier chaval de su edad estaría más que conforme, pero él no porque sentía que esta ciudad se le quedaba pequeña.

—¿Cómo fueron los exámenes?

—Mejor de lo que esperaba. Suelo dejarlo todo para última hora, pero esta vez se me fue de las manos.

—Trabajar bajo presión es mejor.

—¿Verdad?

—Tu mente no tiene tiempo de buscar excusas.

—¡Por fin alguien me entiende! Cuando he intentado estudiar con tiempo no he sido capaz de concentrarme.

Lo miré. Tenía una mano en el volante y el otro brazo estaba apoyado en la ventana. Su aspecto de tipo duro era lo que más me gustaba cuando era una adolescente. Y en ese momento estábamos los dos solos, hablando como si nada, como si no hubiese estado loca por él durante años.

—Raúl, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Si no has parado desde que te has subido al coche.

—¿Por qué no te despediste antes de ir a tu piso?

Se puso tenso. Apretaba el volante con fuerza y frunció el ceño.

—Era una tontería, nos íbamos a seguir viendo. Odio las despedidas.

—A mí no me parece una tontería. Me sentí muy sola cuando os fuisteis.

—La vida es así, hay que adaptarse a los cambios.

Noté un nudo en la garganta. Sabía que sus palabras estaban llenas de dolor aunque quisiera mostrar indiferencia, pero si él no quería hablar del tema, yo tampoco iba a insistir. Miré el móvil para ver si Marcos me había escrito, pero no. La última vez que hablamos fue el día anterior y la conversación acabó con «Buenas noches». Se me hacía raro porque solíamos hablar todos los días y lo echaba de menos.

NEREA

¿Cómo ha ido el día? Yo estoy volviendo de la fiesta.

MARCOS

He ido a comer a casa de mi madre y me ha liado para quedarme a cenar.

NEREA

Al menos no pasas el día solo.

MARCOS

¿Qué tal la fiesta?

NEREA

No ha estado mal, pero he tenido que irme antes porque mañana madrugo.

Raúl fue disminuyendo la velocidad conforme nos acercábamos a mi casa. Me desabroché el cinturón de seguridad y agarré el bolso.

—Gracias por traerme.

—No es nada.

Cuando fui a cerrar la puerta, Raúl volvió a hablarme.

—Puedes pasarte por mi piso cuando quieras, ya he acabado de pintarlo.

CAPÍTULO 15

Marcos y yo paseamos por los jardines de la ciudad. Era la primera vez que estaba en esa zona y me parecía muy relajante. Había gente sentada en el césped: algunos estaban con amigos, otros con parejas y otros solos.

—¿Nos sentamos?

Asentí.

Seguíamos de la mano y yo observaba con atención a todos los que nos rodeaban. Me gustaba inventarme historias de gente *random*, de cómo habían llegado hasta allí y por qué actuaban de aquella manera. No podía parar de hacerlo desde que lo vi en una película, así que era un buen momento para enseñar a Marcos mi faceta creativa.

—Mira a esos, se gustan, pero ninguno lo dice.

Me miró extrañado, pero enseguida me respondió, siguiéndome el juego

—Él le cuenta un cotilleo de sus amigos para acercarse más a ella.

—Ella hace ver que no lo ha escuchado y se mueve hacia él.

—Él se pone nervioso y le sudan las manos, por eso se aleja un poco.

—Ella cree que se ha separado porque no quiere estar tan cerca.

—Esto no puede ser.

Marcos quiso levantarse, pero agarré su brazo.

—¿Qué haces?

—Decirles que se gustan.

Tiré de él para que volviera a agacharse.

—Ninguno dará el paso y nunca sabrán que se gustan.

No podía entrometerse en eso, tenía que dejar que fluyera. Un hombre me llamó la atención.

—Mira a ese con traje, llega tarde a una reunión.

—O a su cita con el váter.

—¡Marcos!

Le di un codazo mientras me reía.

El sonido de su móvil nos interrumpió. Marcos lo sacó del bolsillo y la pantalla estaba iluminada por un mensaje. Sonrió antes de entrar en el chat. Me quedé observándole, intenté no mirar su teléfono porque sentía que invadía su privacidad, pero la curiosidad me mataba. Pude leer el nombre de la persona que le escribía: Soraya.

Marcos levantó la mirada, negando divertido por lo que acababa de leer.

—Mi mejor amiga se ha equivocado de línea de metro y va en dirección contraria. No sé cómo sigue viva.

Volvió a fijar la mirada en la pantalla, sonriendo. Nunca me había hablado de su mejor amiga, ni siquiera sabía que tenía una porque no había salido el tema antes.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Unos tres o cuatro años. Era amiga de mi ex, ella nos presentó.

—¿Y seguís hablando?

—Lo dices como si fuese algo malo.

—No, es solo que... me parece raro.

—¿Por?

—Para mí sería incómodo.

Suspiró.

—Mi ex decía lo mismo, hasta me pidió que no hablara más con Soraya porque se le metió en la cabeza que tenía algo con ella.

—Yo nunca te pediría que dejaras de hablar con alguien.

Necesitaba demostrarle que era diferente a su ex, no me gustaba que nos pusiera a la misma altura.

—Por eso me gustas. Mira a esa con las gafas de sol, no quiere que nadie la reconozca porque no se acuerda de lo que pasó en la fiesta.

Apoyé mi cabeza en su hombro pensando en lo poco comunicativo que había estado los últimos días. En ese momento parecía otra persona y me gustaba tenerlo cerca, no quería que cambiara nada.

Desde que inició el mes de febrero, Marcos vivía con su madre porque su contrato del piso había terminado y estaba buscando otro. San Valentín estaba a la vuelta de la esquina y yo estaba nerviosa porque, por fin, lo iba a celebrar. No habíamos concretado ningún plan, pero solo con estar con él me servía. Le había comprado una pulsera muy bonita y bastante cara, no quise reprimirme por el precio aunque tener mi propio coche tuviera que esperar un mes más.

—Mi jefe me ha dicho que del trece al quince de febrero tendré que ir a un evento que hacen en otro país.

—Entonces estarás fuera por San Valentín.

—Sí, pero como sé que es la primera vez que tienes novio en estas fechas... Toma.

Me dio un sobre azul.

—Yo no tengo aquí tu regalo.

—Ábrelo.

—Marcos, que me sabe mal.

—Va.

Cuando abrí el sobre vi que había reservado una cabaña para el fin de semana previo al catorce de febrero. Yo trabajaba los fines dando clases de repaso, pero podía organizarme para tener aquellos dos días libres.

—¿En serio?

—Espero que sea el primero de muchos.

—Yo también lo espero.

—¿Sabes lo mejor? Podrás ver la nieve como en esas pelis que tanto te gustan.

—¿Habrá nieve?

—Sí, también he reservado unas clases de esquí.

Sonreí. Qué sensación tan bonita cuando alguien presta atención a lo que dices y trata de hacerlo realidad.

—Tengo muchas ganas —dije ilusionada.

—Te quiero.

Nos besamos y me recosté en su pecho. Estar con Marcos me hacía olvidar toda la frustración que había arrastrado durante años por no tener pareja. Era como si aquel tiempo me hiciera valorar más lo que tenía en ese momento. Aunque me costaba verbalizar las palabras “Te quiero”, trataba de demostrárselo con cada gesto.

Al llegar a casa, tuve que enfrentarme a lo que había evitado desde que conocí a Marcos: explicarles a mis padres que estaba saliendo con él. Se me hacía raro decir que éramos pareja

porque no habíamos hablado de ponernos etiquetas, pero cuando me dio el sobre aquella misma tarde, dijo que iba a ser mi primer San Valentín con NOVIO. Mis padres estaban en el sofá y me puse frente a ellos para contarles todo.

—Me abrí un app de citas hace unos meses.

—A ti no te hacen falta esas cosas —dijo mi padre.

—Por lo visto sí. Todo el mundo ha tenido pareja menos yo. El caso es que en la app conocí a un chico, se llama Marcos y tiene veinticuatro años. He estado quedando con él, no quería deciros nada hasta que no viera claro que de verdad nos gustamos.

—Podría haber sido peligroso. No dejo de ver casos de mujeres que quedan con gente de internet y aparecen muertas al día siguiente.

—Mamá...

—Nunca llegas a conocer a una persona.

—Vale, pero sigo viva. El chico me gusta y yo a él y para San Valentín me ha regalado un viaje para ir a la nieve. Ha reservado ya el apartamento.

—No sé, hija.

—Todas mis amigas hacen planes así con sus parejas.

—Pero llevan tiempo saliendo.

—Eres mayor, Nerea. Haz lo que quieras, solo te voy a pedir que tengas el móvil cerca y nos escribas cuando llegues al sitio, antes de dormir y por la mañana —mi padre hablaba con los brazos cruzados.

—Si no lo haces, te llamaremos y como no nos respondas, nos plantaremos en el apartamento ese.

—Vale.

—De verdad... No soportaría que te pasara algo malo.

—¡MAMÁ! Marcos es un buen chico. Además, el sitio está a tan solo tres horas en coche y por fin voy a esquiar.

A mis padres todo aquello les pilló por sorpresa y no parecían muy contentos. Entendía su punto de vista y su preocupación, pero yo solo quería disfrutar de ese fin de semana con Marcos.

En mi habitación, marqué el número de mi hermano. Necesitaba hablar con él.

—¿Neri?

—¿Cómo va?

—¿Estás bien? Es raro que me llames.

—¿Te acuerdas de Marcos? El que conocí en diciembre.

—Sí.

—Vamos a pasar un finde en la nieve. Él lo ha organizado todo.

—¿Y eso?

—Regalo adelantado de San Valentín.

—¿Y Raúl?

—¿Qué pasa con Raúl?

—Pensaba que te gustaba, estuviste muy rarita esos días.

Me quedé parada, pero tenía que reaccionar antes de que Dani se diera cuenta.

—No... es solo que... estaba nerviosa por los exámenes.

—Lo que tú digas. Disfruta del viaje y utiliza protección.

—¡Dani!

—Ya lo sé: eres mayor y no es tu primera vez.

Tenía confianza con mi hermano, pero nunca hablábamos sobre cosas íntimas y, por lo visto,

él daba por hecho que yo había perdido la virginidad. No quise seguir con el tema, me daba vergüenza y me sentía incomprendida porque parecía que toda la gente de mi edad había tenido experiencias sexuales.

—¿En el trabajo bien?

—Sí. Ahora me pagan más, pero tengo muchas responsabilidades. No sé si me compensan esos dos cientos euros de diferencia.

—Tú puedes. Por aquí te echamos de menos.

—Y yo a vosotros. Neri, tengo que dejarte, que voy a cenar.

En cuanto les expliqué por videollamada a mis amigas y a Izan lo del viaje que Marcos había planificado, empezaron a decirme lo afortunada que era de haber dado con un chaval así. Yo también lo creía.

Quedé con Emma para que me dejara su equipación para la nieve, de aquella forma me ahorrraba gastar dinero en algo que solo iba a utilizar una vez. Aunque tenía claro que si la experiencia me gustaba, compraría mi propia equipación para poder repetir tantas veces como quisiera. A pesar de las ganas, también estaba nerviosa porque quería que todo fuera perfecto y me daba miedo meter la pata.

—¿Te acuerdas de la entrevista que hice el otro día? Siguen sin decirme nada.

—Seguro que encuentras algo.

—No te imaginas la de currículums que envió cada día y casi nadie responde y cuando lo hacen es para decirme que no.

Emma estaba de los nervios, quería tranquilizarla, pero no sabía cómo. Todavía no me había enfrentado al mundo laboral, pero sabía que no exageraba porque ella nunca lo hacía. Mi poca experiencia trabajando se basaba en las clases de repaso y fue porque mi antiguo colegio contactó conmigo para recomendarme entre sus alumnos más jóvenes.

Se me ocurrió una idea, aunque no estaba segura de que fuera a salir bien, pero tenía que intentarlo.

—Puedo darle tu currículum a Raúl y que se lo pase a su jefe. A él ya lo conocen.

—¿Harías eso?

Asentí sonriendo. No quería que sufriera más, Emma era muy trabajadora y responsable, se merecía que le dieran una oportunidad.

—¿Hablas mucho con Raúl? —preguntó.

—No.

—En la fiesta parecía que sí.

—No te creas... Es el amigo de mi hermano, solo eso.

Emma puso su mano en mi brazo, como si notara lo nerviosa que me había puesto e intentara tranquilizarme.

—Cuando os fuisteis de la fiesta parecía que había bastante química.

—¿Entre nosotros? No, no. Solo me llevó a casa.

También me invitó a que viera su piso, pero ese detalle no se lo iba a decir y por la manera en que me miraba, era consciente de que le estaba ocultando algo.

—A mí me parece muy buen tío.

—Vale, Emma. Pero yo estoy con Marcos.

Mi respuesta fue un poco borde, pero quería dejar ya el tema. Dani también había mencionado que se notaba que Raúl me gustaba. ¿Tan raro actuaba cuando estaba con él? No tenía ningún sentido.

CAPÍTULO 16

Recogí a Marcos en la estación como el primer día que quedamos. Seguía sin procesar todo lo que había pasado en los últimos meses... Cómo haberme instalado la app de citas me ayudó a conseguir aquello que tanto deseaba. Por fin salía con alguien. Casi no dormí pensando en el viaje y en todas las cosas que podríamos hacer los dos solos.

Marcos se acercó a mi coche y sentí un cosquilleo muy fuerte. Al entrar me dio un beso.

—¿Preparada?

—Sí.

Teníamos tres horas por delante hasta llegar a la cabaña. Me agobiaba conducir tanto, así que puse la radio para no pensar.

—Si quieres la cambio.

—Tranquila, está bien.

—¿Qué tipo de música te gusta?

—Heavy.

—Tenemos gustos muy diferentes

—Mejor, si no sería aburrido.

—A mí me encanta Fito y Fitipaldis.

Al decirlo no pude evitar sonreír porque me acordé de lo pesado que estaba Raúl con ese tema desde que me escuchó cantar *Por la boca vive el pez*.

—Mi madre estuvo una temporada muy pesada con ese grupo y lo aborrecí.

—Ah...

—Lo escuchaba a todas horas, tú también te habrías cansado.

—Supongo.

En realidad, siempre he sido de las personas que cuando le dan por una canción la ponen en bucle hasta aborrecerla, estaba claro que no podría hacer eso con Marcos porque acabaría harto de mí.

—Conduces muy bien.

—Seguro que tú también lo harías muy bien, pero como no quieres sacarte el carnet...

—Me da pereza.

—A mí también me daba. Me lo saqué porque insistieron mis padres.

—¿Ah, sí?

—Se pusieron muy pesados diciendo que tendría más independencia.

—¿Y es verdad?

—Sí. No he vuelto a ir en transporte público desde entonces.

—Con lo cómodo que es.

—Qué va. Depende de la hora está muy lleno y tienes que ir de pie, hay veces que huele fatal...

—Pero no gastas ni en gasolina ni en parking.

—Ya, pero estás condicionado a los horarios y muchas veces van con retraso.

—Cierto.

—¿Cómo llevas lo de vivir en casa de tu madre?

—Es una mierda. Está encima de todo y a mí no me gusta estar dando explicaciones.

—Es normal que se preocupe por ti, es tu madre.

—Le he dicho que voy a pasar el finde fuera, para que no prepare comida de más.

—¿Le has dicho con quién vas?

—Pues claro, boba.

Paramos en un área de servicio para estirar las piernas e ir al lavabo. El viaje no se me hizo tan pesado como creía. Marcos buscó en Internet un listado con preguntas para conocernos mejor y descubrimos que teníamos muy poco en común, pero como decía él: si no sería muy aburrido.

Estaba nevando cuando llegamos a la cabaña. Era muy acogedora, tenía una pequeña cocina, un lavabo y una cama. Nos acomodamos enseguida y escribí un mensaje a mis padres para que supieran que todo estaba bien. Al asomarme por la ventana vi todo blanco y los copos cayendo del cielo.

—Me encanta.

—Me alegro. La clase de esquí es a las 16h, ¿comemos algo?

—Sí, pero... había pensado en comprar cualquier cosa y volver aquí. Quiero disfrutar del sitio.

No me apetecía ir a ningún restaurante porque aquel mes había gastado bastante dinero, prefería algo más económico.

—Vale. Me he traído el portátil, podemos ver alguna peli.

Tras pillar provisiones en el supermercado, volvimos a la cabaña y nos pusimos cómodos. Yo no tenía mucha hambre, estaba algo intranquila porque era la primera vez que viajaba con alguien y sentía que no nos conocíamos mucho. Además, en unas horas teníamos que ir a la clase de esquí y me daba miedo vomitar por los nervios, no me había pasado antes, pero me aterraba la idea.

Entre los dos escogimos una comedia que tenía puntazos divertidos y la terminamos viendo desde la cama. Hice lo posible por seguir la trama, pero cada vez tenía más sueño. Dormir la siesta iba en contra de mis principios, pero quería estar bien para la clase de esquí, así que puse la alarma en el móvil y cerré los ojos con la cabeza apoyada en el hombro de Marcos.

Apagué la alarma en cuanto sonó.

—Va, Nerea, tenemos que prepararnos.

—Voy.

Nos pusimos la ropa para la nieve y fuimos a la estación de esquí. En la pista de principiantes éramos un grupo reducido, la mayoría inexpertos. Sin embargo, yo era la más torpe y el monitor tuvo que corregirme en varias ocasiones para evitar que me hiciera daño. Marcos sí que dominaba los esquís, por eso cuando el monitor se iba con otro alumno, él venía a echarme una mano. Cuando empecé a pillarle el truco nos avisaron de que iban a cerrar. Por suerte, Marcos había reservado otra clase la mañana siguiente, así podría poner en práctica lo aprendido.

En cuanto llegamos a la cabaña me metí en la ducha. El agua caliente recorriendo mi cuerpo hacía que toda la tensión que llevaba acumulada se fuera disipando. Cuando salí del lavabo, Marcos había comprado unas pizzas. Me recordó al videoclip de *Perfect* de Ed Sheeran. Desde que sacó aquel vídeo, una parte de mí se volvió más ñoña y con ganas de vivir experiencias así de románticas.

—Vegetal y cuatro quesos, espero acertar.

—La vegetal es mi preferida.

Después de cenar no me pude resistir y le mostré el famoso videoclip de Ed Sheeran.

—¿Te gusta?

—No está mal, pero no es la música que escucho.

—¿No está mal?

—Lo hemos hablado antes, cada uno tiene sus gustos.

—Ya, pero el videoclip es precioso.

Se alejó en busca del portátil. Yo me quedé ahí, pensando en cómo le podía resultar tan indiferente aquella canción.

—¿Vemos una peli?

—Vale.

Marcos preparó el ordenador y escogió la película. Tenía ganas de conocerlo más y ver cuáles eran sus gustos aunque fueran diferentes a los míos, por eso no puse ninguna pega respecto a su elección. La película me estaba aburriendo, pero él parecía disfrutarla, así que no dije nada. Al acabar, apagó el portátil y lo guardó.

Nos acostamos en la cama y nuestros labios se unían juguetones, como si no pudiéramos parar. Sabía que eso llevaría a algo más intenso, más íntimo. Y me gustaba. Me gustaba la idea de mantener relaciones con él. Bajé mi boca a su cuello y pude ver cómo Marcos se estaba controlando, pero yo... Yo no podía.

—No sigas por ahí si no vamos a ir a más —dijo.

Me daba vergüenza decirle las ganas que tenía. Acariciaba su cara como si no pudiera creer que fuera real. Pasé los dedos por su boca y también cambió el ritmo de su respiración.

—Ven aquí —me apretó contra su cuerpo y pude notar su entrepierna más abultada.

Estaba demasiado excitada. Con cada beso que nos dábamos notaba mis bragas más húmedas.

—¿Quieres más? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

No fui capaz de pronunciar ni una palabra, simplemente asentí.

Marcos se incorporó y yo me quedé tumbada boca arriba. Se colocó en medio de mis piernas y me bajó el pantalón con las bragas. Se deshizo de ellos y separó mis muslos. Bajó la cara hasta la altura de mi entrepierna y sonrió. No podía dejar de mirarlo. Me parecía mentira que por fin estuviera ocurriendo. Pasó su lengua por mi clítoris con suavidad. Mi vagina se contraía con su tacto. Aquello era muy diferente a cuando me tocaba yo. Introdujo dos dedos dentro y su movimiento era cada vez más rápido. Mis piernas se tensaron e inconscientemente las cerré un poco, pero él las abrió con firmeza. A pesar de todas las sensaciones, estaba tan pendiente de lo nuevo que era eso para mí que ni llegué al clímax y me daba vergüenza admitirlo.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

Se tumbó a mi lado otra vez y le abracé.

—Gracias, te quiero.

—¿De verdad vas a darme las gracias por comerte el coño? Venga, descansa que mañana nos espera un gran día.

Me hubiese gustado seguir y hacer más cosas, pero Marcos se giró y me dio la espalda. Me sentía rara. O sea, estaba contenta de lo que acababa de pasar y ansiaba repetir, pero pensaba que íbamos a dormir abrazados o que, sabiendo que lo que habíamos hecho era nuevo para mí, estaría más atento. Y no fue así. Traté de dormir, pero no pude. Era la primera vez que decía “Te quiero” y se me hizo raro no sentir nada, como si esas palabras estuvieran vacías. Una parte de mí quería hablar con él de cómo me sentía, de mis miedos, pero ya estaba dormido.

Me desperté al sentir que Marcos me abrazaba. Era agradable notarlo cerca y me hubiese encantado dormir así.

—¿Cómo estás?

—Bien, aunque pensaba que dormiríamos juntos.

—Hemos dormido juntos.

—Me refiero abrazándonos.

—Paso mucho calor por las noches y es muy incómodo dormir abrazado a alguien.

Supuse que tenía razón. Nunca me había pasado, pero me hubiese gustado poder decirlo por experiencia, en lugar de quedarme con las ganas.

Marcos se levantó de la cama y rebuscó algo en su mochila.

—¡Feliz San Valentín adelantado!

—Espera que yo también tengo un regalo.

Fui donde estaba la maleta para coger la pulsera y una bolsa de sus patatas preferidas.

—Feliz San Valentín adelantado.

—Nerea, esto es demasiado.

—Tú has reservado este finde y encima tenías otro regalo preparado.

Abrí el paquete que me dio y vi un libro antiguo que estaba vacío. Al mirar la primera página vi que estaban pegados los tickets de los sitios a los que habíamos ido durante esos meses (la feria, el teleférico, el bar, la tienda navideña).

—Es súper original.

—Así tendremos nuestro propio libro, lleno de recortes de allá donde vayamos. Ya sabes, nuestra historia.

—Muchas gracias.

Nos quedaban un par de horas hasta la clase de esquí y quería aprovechar el tiempo porque no sabía cuándo volveríamos a poder compartir un momento íntimo. Nuestras bocas se unieron con ganas. Me gustaba besar así, salvaje, sin preocuparme por nada, dejándome llevar. Con esa pasión que sabía en qué desencadenaría.

¿Cómo era posible que me excitara con tanta facilidad?

Quizás porque era nuevo para mí y tenía ganas de experimentar.

Marcos me quitó la ropa y mi cuerpo reaccionó con rapidez. Al ver lo mojada que estaba, sonrió. Era una sonrisa traviesa y yo se la devolví. Bajó a mi entrepierna y pasó los dedos por mi clitoris antes de introducirlos en la vagina. Me miraba con deseo. Mis caderas se movían a la vez. No dejaba de pensar en que lo que estaba ocurriendo era real.

Quería ver su miembro, tocarlo. Le hice un pequeño gesto para que se apartara y me aproximé a él. Toqué su pene por encima del pantalón antes de meter la mano dentro de sus calzoncillos. Marcos se bajó los pantalones y los tiró a los pies de la cama.

Tímida, agarré su miembro con la mano y comencé a bajar y a subir. Las ganas de ir a más, sumadas a mi poca experiencia hicieron que no controlara bien la velocidad a la que lo masturbaba.

—Más suave.

—¿Así?

—Mejor.

Enseguida me apartó. Separó mis piernas para colocarse encima de mí. A pesar de las ganas, tenía muy claro que no lo iba a hacer sin condón.

—¿Tienes preservativo?

—Sí, pero está en la mochila.

Me besó en el cuello, haciendo que me excitara más.

—Ve a por él.

—Pero las primeras veces no uso. Si voy a por uno la erección no me va a aguantar.

—Marcos, no lo voy a hacer sin condón.

Se fue a por el preservativo y me quedé estirada en la cama. Me moría de ganas por hacerlo, de sentirlo dentro de mí. De compartir ese momento de intimidad con él. Enseguida llegó con el sobre y lo abrió con la boca. Sin embargo, su pene había perdido rigidez. Trató de ponérselo pero no pudo.

—Te lo he dicho.

—No pasa nada.

No quería que se sintiera avergonzado. Es algo normal; un gatillazo lo puede tener cualquiera. Por eso desvié la conversación tratando de no darle más importancia.

—¿Desayunamos algo?

Asintió.

En realidad, no tenía mucha hambre. Era un saco lleno de nervios y cuando estaba así el estómago se me cerraba. Meforcé a comer un poco, pero lo justo, y escribí a mis padres para que supieran que en un rato iríamos a la clase de esquí y después a casa.

Se quedó fregando los platos y yo barrí las migas de pan que habíamos dejado. Cuando terminamos, nos tumbamos. Marcos me rodeó con su brazo y yo sonreí. Era agradable sentirlo cerca.

—Me gusta estar contigo, Nerea —susurró, recorriendo mi cuerpo con su mano.

—Y a mí.

—Quiero que esto salga bien —se acercó a mis labios y me apretó contra su cuerpo.

Dejé de besarlo para mirar sus ojos fijamente. Quería darle la confianza que le faltaba porque yo estaba más que dispuesta en hacer las cosas bien, en pensar en un futuro a su lado. Y me fastidiaba que, por experiencias anteriores, Marcos tuviera tanta inseguridad al respecto.

—Yo también.

Unimos nuestras bocas con ganas.

—¿Quieres que lo volvamos a probar? —preguntó acariciando mi mejilla.

Asentí.

Se levantó y cogió un preservativo. Nos quedamos sin ropa en cuestión de segundos. Rodeé su cuello mientras me besaba. Quería más.

¿Cómo se puede desear tanto algo que nunca has hecho?

Abrió el sobre con la boca y se colocó el condón. Como su pene no terminaba de estar completamente erecto, el preservativo quedaba raro, daba la sensación de que se caía. Me parecía extraño, pero no tenía ninguna experiencia previa y las ganas de tenerlo dentro me mataban. Marcos se lo volvió a bajar y se colocó entre mis piernas. Acaricié su pelo y rodeé su cuello. Lo besaba con ansias, con anhelo. Quiso introducirme su pene en mi vagina, pero no entró porque su miembro volvía a estar flácido. Presionó un poco más.

—No entra, Marcos.

Se apartó frustrado. Se tumbó boca arriba con una mano tras la nuca. Me puse a su lado y lo rodeé con la pierna. Besé su pecho y subí hasta su cara.

—Va, no estés así.

—Las primeras veces me cuesta.

—Pero no me importa, de verdad. Ya probaremos en otro momento —besé su cuello.

—Esto tampoco ayuda.

—¿El qué?

—Eres demasiado intensa y me agobia no ser suficiente.

No me gustó que dijera que yo era muy intensa, pero tampoco se equivocaba... Nunca había experimentado eso con nadie y me estaba dejando llevar por mis impulsos que me pedían ir a más.

Suspiró. Estaba abrumado con la situación y lo abracé. Marcos miraba al techo y yo no sabía qué más hacer. Estaba incómoda. Quería que no se sintiera mal, quería transmitirle seguridad, tranquilidad, pero no sabía cómo. Ninguno de los dos dijo nada.

En silencio, nos levantamos de la cama para prepararnos e ir a la clase de esquí.

Caminamos hasta llegar a la pista. Hacía frío y Marcos estaba distante. Entrelacé nuestras manos.

—¿En qué piensas? —pregunté con timidez.

—En nada.

—Dímelo.

—Ya te lo he dicho: en nada.

Me detuve a su lado y lo frené. Levanté el meñique sabiendo lo importante que era ese gesto para él. Si de verdad no pensaba en nada, me lo tenía que prometer. Puso los ojos en blanco antes de coger aire.

—Quería que fuese especial para ti y me siento como un idiota.

—Para mí ha sido especial.

—Me hubiera gustado que fuera diferente.

Me puse de puntillas y besé a Marcos. Le estaba dando demasiada importancia. A pesar del incidente y no llegar a nada más, yo había dado el paso de desnudarme ante él y verlo sin ropa. Sabía que la próxima vez sería más sencillo.

Llegamos a la pista y puse en práctica lo aprendido el día anterior. Por suerte no estuve tan patosa, incluso el monitor me felicitó. Marcos iba a su bola, pero le di espacio porque entendí que era lo que necesitaba. Cuando terminamos la clase fuimos a casa.

—¿Entonces te ha gustado? —movió los dedos y sonreí.

—Sí —respondí tímidamente.

—Por algo me llaman *Pleasure man*.

No fui capaz de decirle que no había llegado al clímax ninguna de las veces que me había tocado, no quería que le sentara mal.

—Ha estado bien.

—Me encanta lo tímida que te pones, pero después no veas... pareces otra.

Sentí un calor horrible en la cara. Necesitaba cambiar de tema.

Pasamos gran parte del camino hablando y fue un alivio porque no hubiera soportado tres horas conduciendo en silencio.

CAPÍTULO 17

Mis amigas me bombardearon con preguntas sobre qué habíamos hecho ese finde, pero lo que realmente querían saber era si había perdido ya la virginidad. Les dije que todavía no porque no quería hablar de lo sucedido. Sentía que era una falta de respeto hacia Marcos, se trataba de un tema íntimo y no tenía que ir explicándolo.

—Ya lo haréis cuando estés preparada —Emma dio un sorbo a su cerveza y se despidió de nosotras porque iba a cenar con Fran.

—Qué pena que no estéis juntos mañana. Sería bonito hacerlo por primera vez en San Valentín —dijo Inés.

—¿Estás de coña? Si no sale bien, te acordarás siempre de la fecha —Paula negó.

—Bien visto.

—Aunque no sea en una fecha tan señalada, me voy a acordar siempre. Estamos hablando de mi primera vez.

—Nere... Lo vas a hacer tantas veces que ni te acordarás de la primera.

Me moría de ganas por estar en el mismo punto que ellas, pero todavía me quedaba mucho. Lo más excitante que me había pasado era que Marcos me hiciera sexo oral y yo, en cambio, no le supe hacer ni una paja.

—A todo esto, si ya has estado en la montaña, ¿no sería mejor que hagamos las vacaciones en la playa?

—¿En serio, Inés? Ya dijimos de ir a la montaña —dijo Izan.

—Sí, pero porque Nere fue el voto decisivo. Si ya ha ido...

—No vamos a cambiar.

El teléfono de Inés sonó y respondió enseguida. Era Javi.

—Ya te he dicho que había quedado —hubo una pequeña pausa por su parte—. Estoy con Paula, Izan y Nerea.

Recibí un mensaje de mi madre para que fuera al supermercado a comprar un par de ingredientes para la cena. Me despedí de mis amigas corriendo porque quedaban veinte minutos para que cerraran. Raúl estaba allí, así que me acerqué a saludarlo.

—Hola.

—Ey, ¿qué tal?

—Comprando a última hora.

—Ya veo.

—Oye, gracias por lo del otro día.

—No fue nada. Por cierto, lo del piso sigue en pie, ¿cómo lo tienes mañana?

—Pues...

—Ah, es verdad. No había caído en que mañana es catorce de febrero y estarás ocupada.

—Marcos está fuera por trabajo —me miró extrañado y vi la necesidad de dar una explicación más extensa—. Está en un evento que hace su empresa en otro país.

—Entonces, ¿te va bien mañana?

—Sí.

—Sabes la dirección, puedes venir cuando quieras.

—Vale.

Me sentía orgullosa de cómo había cambiado mi forma de ver a Raúl. Obviamente lo seguía encontrando atractivo, pero mi yo adolescente se hubiera puesto como loca si hubiese tenido la oportunidad de ir a su piso a solas. Por suerte, ya era diferente, había madurado. Sin embargo, con tantos pensamientos, se me pasó por alto comentarle que Emma buscaba trabajo.

En cuanto me desperté, le envié un mensaje a Marcos. Se me hacía raro tener la necesidad de sentirme conectada con él en todo momento, pero era un día especial y no íbamos a vernos.

NEREA

¡Feliz San Valentín!

Me encantaría estar contigo.

Me daba igual si era muy empalagosa, por fin podía experimentar lo que se sentía al tener pareja y no me iba a reprimir, aunque todavía se me hacía raro escribir “Te quiero”.

Marcos no me respondió en todo el día, supuse que en el evento no les dejaban estar con el móvil. Volví de la uni y sobre las cinco de la tarde fui al piso de Raúl, que estaba a menos de diez minutos de mi casa. Solo había estado una vez porque su padre nos invitó a comer después de la graduación. Piqué al timbre y me abrió enseguida. El piso todavía olía a pintura y tenía alguna caja por medio. Me enseñó todo por encima y nos sentamos en el salón.

—Me gusta mucho cómo ha quedado, parece otro.

—¿Habías estado antes?

—Tu padre nos invitó a una comida.

—No me acuerdo. ¿Quieres café?

—Un vaso de agua.

Raúl se fue a por la bebida y yo me quedé en el sofá, preguntándome por qué me afectaba que no se acordara de que ya había estado antes allí. Regresó con una botella grande y dos vasos que rellenó.

—Gracias.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Bien. Una cosa, ¿te acuerdas de Emma? Es pelirroja con muchas pequitas —Raúl afirmó—. Busca trabajo, se ha metido en una hipoteca y...

—¿Tiene experiencia?

—En supermercados no, pero estuvo meses de dependienta en una tienda.

—Vale... Ahora no contratan a gente sin experiencia, pero intentaré que hagan una excepción.

—Es muy responsable, organizada y puntual. Nunca llega tarde a ningún sitio.

—No me tienes que convencer a mí —sonrió—. ¿Has empezado ya las prácticas?

—Estoy esperando a que me asignen un sitio.

—Busca por tu cuenta, yo encontré remuneradas.

—¿Se puede?

—Sí, mucha gente no lo sabe y se conforma con lo que le ofrece la uni.

Cogió el portátil y me ayudó a encontrar ofertas, que estaban bastante bien para empezar. Contacté con las que me interesaron y envié mi CV. Si me contestaban, el siguiente paso era conseguir que mi universidad hiciera el convenio. Me daba miedo que luego pusieran pegos, pero Raúl me aseguró que no habría problema.

—Muchas gracias.

—Ya me dirás cómo va.

—Espero que bien. ¿A ti cómo te va en el súper?

—Como siempre, bastante aburrido.

—Vaya...

—Hay que aguantar, es lo que toca.

Estuvimos charlando y Raúl volvió a insistir en que me encantaría ir de Erasmus, pero yo no me veía preparada. Ninguno era consciente de la hora, por eso, cuando vi que era tarde, me despedí de él. Tenía que terminar un trabajo para el día siguiente y no lo había comenzado.

—Vuelve cuando quieras.

Al llegar a casa me puse a hacer el trabajo, aunque, de vez en cuando, miraba el móvil por si Marcos me respondía. Llevaba todo el día sin saber nada de él y empezaba a preocuparme. Casi a las diez de la noche fue cuando recibí su mensaje.

MARCOS

¡Feliz San Valentín! Perdón por no responder. Olvidé el móvil en el hotel y no he podido volver hasta ahora. En un rato vamos a cenar. Espero que tu día haya sido más tranquilo. Te quiero. Buenas noches.

NEREA

Estoy terminando un trabajo que no me acordaba que tenía que hacer y se entrega mañana.
Tengo ganas de verte.

Le escribí rápidamente, para ver si podíamos hablar un rato antes de que se fuera a cenar, pero no obtuve respuesta. Pasadas unas horas, me fui a dormir.

NEREA

Buenas noches.

CAPÍTULO 18

Pasé toda la mañana pendiente del móvil por si Marcos me escribía, por eso no presté atención a ninguna de las asignaturas.

—¿Estás bien? —preguntó Lu.

—Sí, ¿por?

Me miró. Yo sabía perfectamente a qué se refería, pero no quería contarle que estaba irritada porque Marcos no me había hablado en todo el día. Hasta me parecía absurdo que mi estado de ánimo dependiera de sus mensajes y sabía que ella tampoco estaba a favor de eso.

—Es solo que me duele un poco la cabeza.

—¿Querrás los apuntes?

—Me haces un favor —asentí.

Volví a mirar el móvil y resoplé.

—¿No te responde?

Lucía sacó el tema que yo quería evitar con todas mis fuerzas, pero como era incapaz de disimular, tenía que enfrentarme a ello. De todas formas, tenía muy claro que no iba a dejar a Marcos mal. Él era un hombre que trabajaba y que tenía muchas responsabilidades.

—Está ocupado.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero todos llevamos el móvil encima.

—Pero él es diferente. No suele estar pendiente del teléfono.

—Pues si no está pendiente de que le hables...

—No es eso.

Me ponía a la defensiva porque odiaba que la gente sacara sus propias conclusiones. Nadie tenía que juzgarlo. A mí también me parecía extraño que tardase tanto en responder porque yo ansiaba ver un mensaje suyo, pero cada uno es de una manera y quizás para él era más importante vernos en persona que estar hablando por WhatsApp.

Estaba en la última clase cuando vi una notificación suya.

MARCOS

Siempre dejándolo todo para última hora...

NEREA

No tengo remedio.

MARCOS

¿Lo acabaste?

NEREA

Sí. Podría haberlo hecho mejor, pero para el poco tiempo que le he dedicado no ha quedado tan mal. ¿Estás ya de vuelta?

MARCOS

Sí, llegaré por la tarde.

NEREA

¿Quieres que nos veamos?

MARCOS

Vaya pregunta me haces. Pues claro, pero hoy es imposible. Si quieres mañana.

NEREA

Vale.

Marcos llevaba unos días raro, muy diferente en comparación a como hablaba antes. Supuse que era por el trabajo, yo nunca había tenido que viajar para ir a ningún evento, pero tenía que ser estresante, así que entendía que estuviera liado y no tuviera tiempo de estar con el móvil. Tras no obtener ninguna respuesta guardé el móvil en la mochila y, a pesar de la tentación, no volví a mirarlo hasta que acabó la clase.

MARCOS

¿Dónde quedamos?

NEREA

Si quieres en el parque. ¿Cómo va la vuelta a la rutina?

MARCOS

Con bastante faena.

NEREA

Ánimo

MARCOS

Gracias.

NEREA

Qué ganas de que sea mañana.

No hablamos mucho más y comencé a rayarme, así que escribí a Izan porque sabía que era el único que podía tranquilizarme. Aquella tarde él no trabajaba y nos quedamos en mi habitación como hacíamos cuando volvíamos del cole.

—Lo encuentro muy raro.

—Te emparanoias tú solita.

—No, Izan. Antes siempre hacía lo posible por hablar y mira ahora. Contesta súper tarde y no da pie a más conversación.

—Estará ocupado, cada uno tiene su vida.

—Pero no me cuenta nada.

—¿Le has preguntado?

—No, lo haré mañana.

—Claro, deja que se explique.

—Seguro que son cosas mías.

Tenía miedo de que Marcos quisiera distanciarse de mí, pero no ganaba nada con sobrepensar, lo mejor era preguntarle a él cuando nos viéramos.

Izan se levantó y fue a mirar el mural de fotos que tenía en la habitación. Me acerqué con él y vi la foto que nos hicieron con cuatro años. Íbamos con vestidos, yo llevaba el pelo recogido con dos coletas y él con un moño.

—Cómo hemos cambiado, eh —señalé la foto.

—Odiaba llevar faldas.

—No me había dado cuenta —dije con ironía.

—Cada mañana era un show, hasta que me dejaron vestir como yo quería. Y el pelo... No tardé mucho en cortármelo con las tijeras.

—¡Me acuerdo! Estuviste una temporada yendo con gorra.

Me encantaba la relación que tenía con Izan. Siempre habíamos estado juntos y nos apoyábamos en todo, podía ser yo sin miedo a sentirme juzgada.

Quedé con Marcos en el mismo sitio de siempre. Aquel parque se había convertido en nuestro lugar especial o, al menos, para mí.

—Nerea, ¿qué quieres que hagamos?

—Podemos dar una vuelta.

Estuvimos caminando un rato en silencio. Íbamos agarrados de la mano, pero sabía que pasaba algo, lo sentía distante. El sonido de mi móvil hizo que me separara un poco de él para poder sacar el teléfono del bolsillo. Me extrañó ver que quien me llamaba era Emma, nosotras solíamos enviarnos mensajes.

—¿Hola?

—¡Empiezo a trabajar el lunes en el súper!

—¿Sí? ¡Qué bien!

—Estoy deseando ver a Raúl para darle las gracias.

Sonreí al escuchar aquello, pero al mirar a Marcos, vi que él seguía más serio de lo habitual. Quizás le molestaba que hablara por teléfono en lugar de estar con él.

—Emma hablamos luego, que me pillas fuera.

—¡Vale!

Guardé el móvil en el bolsillo y volví a darle la mano a Marcos.

—Una amiga mía ha conseguido trabajo. Llevaba buscando varias semanas.

—¿De qué?

—En un supermercado.

—Bf... Yo siempre he tenido muy claro que no trabajaría en esos sitios.

Aquel comentario me pareció bastante prepotente y me hizo sentir pequeña. Claro que en esos trabajos no se cobra el mejor salario ni tienes las mejores condiciones, pero no compartía su punto de vista. Yo estaba estudiando una carrera y si no encontraba trabajo de lo mío, tenía claro que buscaría cualquier cosa por tal de cobrar cada mes.

—A mí no me importaría —dije encogiéndome de hombros.

Tras aquello, el silencio nos envolvió de nuevo.

—¿Qué pasa? —pregunté porque no soportaba más la idea de notarlo distante.

—Nada.

—Marcos.

Acerqué el meñique para que me dijera la verdad, pero él apartó la mirada y chasqueó la lengua. Se detuvo delante de un banco, se sentó y yo hice lo mismo.

—Es que si somos una pareja deberíamos hacer otro tipo de planes. Siempre es lo mismo y me desmotiva.

—Pero —me interrumpió.

—Quiero seguir viéndote, pero me gustaría que hiciéramos algo más que ir al parque o dar vueltas.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque sé cómo eres y no quiero que le des más importancia de la que tiene. Además que tampoco has tenido pareja, es normal que no caigas en estas cosas.

—Supongo...

—He visto que han abierto un restaurante en el edificio más alto de la ciudad y tiene unas vistas preciosas, pero sé que no te gustan las alturas.

Odiaba limitar a la gente y Marcos lo sabía porque había hablado con él de ese tema. Sentía vértigo solo con imaginarme el plan que había dicho, pero estaba dispuesta a ir si él tenía ganas.

—Podemos ir.

—Mejor que no, después de cómo estabas en el teleférico... tendrías que haberte visto. No voy a hacer que vuelvas a pasar por eso.

—¿Por eso estás distante?

—¿Distante?

—Cada vez tardas más en contestar y...

—Te dedico el poco tiempo libre que tengo, voy hasta arriba de cosas.

Me sentí mal por hacerle ese comentario, había sido muy desconsiderada por mi parte. Él trabajaba y, además, seguía buscando piso.

Tras unos segundos, retomé la conversación.

—Podemos mirar de organizar algo.

—Si tuviera ya el piso sería diferente.

—Llegaría un momento en que también sería siempre lo mismo.

—Bueno, tampoco me hagas caso, estoy agobiado con el trabajo, mi madre, y también me he apuntado ahora a la autoescuela.

Ese último dato me pilló por sorpresa.

—¿Te has apuntado? Pensaba que no querías.

—Lo estoy haciendo por ti. Sé que te gustaría que fuera a recogerte y poder alternarnos de copiloto en los viajes.

—Ohhh. No me lo esperaba.

—Siento si he sido borde antes, es solo que tengo muchas cosas en mente y quiero que lo nuestro salga bien. Que sepas que estas cosas son normales en las parejas, no quiero que le des más vueltas a lo de antes.

—Te quiero, Marcos.

—Y yo.

Toda aquella situación me dejó mal cuerpo y llamé a Izan para explicárselo, aunque esquivé las frases que más daño me habían hecho porque, en el fondo, sabía que diría algo malo de Marcos y yo no quería que lo juzgara. Intentó calmarme y me dijo que no se podía quejar por no hacer planes diferentes, cuando él tampoco había propuesto nada. Tenía razón, aún así me seguía sintiendo culpable. Pensaba que entre nosotros todo iba bien, que fluíamos, pero él no lo percibía así. Todo era nuevo para mí, me gustaba sentirme querida e ir de la mano por la calle y que me besara. Era bonito tener aquello que tanto ansiaba y todo el mundo tenía: una pareja. Me había pasado la vida soñando con el novio perfecto y ahora que estaba a punto de tenerlo se empezaba a torcer todo y sentía que yo no estaba a la altura. Por eso, en cuanto llegué a casa comencé a buscar planes que podíamos hacer, como ir a museos o exposiciones, que también servirían para llenar el libro con las entradas.

NEREA

¿Quieres que vayamos a la bolera?

MARCOS

Hace tiempo que no juego, puede estar bien.

NEREA

Yo ni me acuerdo de cuándo fui, pero te aviso: seguro que soy malísima.

MARCOS

Espero que se te dé mejor que cuando estuvimos en la feria.

NEREA

No me lo recuerdes... Qué mal jajaja
¿Vamos mañana?

MARCOS

Vale.

Me tumbé en la cama e intenté seguir leyendo el libro, me quedaba poco para terminarlo, pero no pude. Había entrado en bloqueo porque me hacía sentir que mi relación con Marcos no era tan idílica como en las novelas.

CAPÍTULO 19

Quedé con Marcos en el centro comercial. No habíamos concretado un sitio para encontrarnos y aquello estaba tan lleno que parecía la semana previa de Navidad. Fui a escribirle para avisar de que ya había llegado, cuando apareció un mensaje suyo en el chat.

MARCOS

Mira arriba.

Eso era tan de película... Marcos me había encontrado entre la multitud y esperaba que yo también lo hiciera. Levanté la mirada, pero con toda la gente que había no lo localizaba. No quería parecer idiota buscándolo en la dirección que no era, así que volví a escribirle.

NEREA

¿Dónde? No te veo.

MARCOS

Nerea, arriba.

NEREA

Haz un gesto o algo.

Al levantar la vista de nuevo, lo pude distinguir porque estaba saludando con las dos manos. Comenzó a reírse cuando nuestras miradas se cruzaron e hizo un gesto avisando de que iba a bajar conmigo.

Entramos en el salón recreativo donde estaba la bolera. Teníamos que esperar unos minutos hasta que se vaciara una pista, así que dimos una vuelta y jugamos a varias máquinas que daban puntos para después canjearlos por un premio.

—¿Quieres los puntos? —pregunté.

—Qué va, si eso es una tontería.

—Me los quedo yo.

—¿Pero te gusta algo?

—No, es que siempre que vengo con mis amigos, metemos los puntos en una cuenta en común y los dividimos.

Decirlo en voz alta me hizo sentir infantil.

—Ah... pues cógelos.

Poco después nos avisaron de que nuestra pista ya estaba lista y nos dieron los zapatos y las bebidas. La primera en tirar fui yo y conseguí tumbar un bolo.

—Seguro que en la próxima lo haces mejor.

—No creo.

Marcos hizo un semipleno y volvió a sentarse. Tras agarrar una bola diferente a la de antes, me giré hacia él para mostrarle que había escogido la de 8kg, pero Marcos estaba escribiendo en su móvil, así que no le dije nada. No tiré ni un bolo.

—Joder, soy malísima.

—Un poco, sí —se acercó a mí y me abrazó poniendo las manos en mi trasero—. Que sepas

que esos pantalones te quedan muy bien.

Sentí mucho calor en la cara porque en público nunca me había puesto las manos ahí.

—Gracias.

—Te hacen un culazo... No te digo lo que me dan ganas de hacer.

—Marcos...

Mis mejillas seguían rojas. Era la primera vez que alguien me hacía un comentario así y me gustó, pero me pilló por sorpresa. Me moría de ganas por volver a tener un momento íntimo, sabía que él también y por eso se soltaba más.

—Cari no te pongas así, que el otro día no te cortaste ni un pelo.

—No me llames cari.

—Ya, perdón.

—Tenía ganas... Ya sabes... Y espero repetir pronto.

—Esta semana tengo que ver varios pisos. A ver si encuentro ya alguno y podemos estar juntos haciendo todo lo que quieras.

Noté un cosquilleo en la barriga y me ofrecí a ir con él a las visitas que tenía por las tardes. Marcos quería irse de casa de su madre porque decía que siempre estaba pendiente de todo lo que hacía y necesitaba volver a tener la independencia de antes; yo deseaba que consiguiera un piso para poder pasar tiempo con él y experimentar. Es que solo con pensarlo... Mi cuerpo reaccionaba.

Mientras Marcos lanzaba la bola, el teléfono se iluminó mostrando varios mensajes de Soraya. No leí nada, pero sentí un pinchazo en el pecho al ver su nombre. ¿Tenía celos? Era ridículo. Él estaba ahí conmigo, no con ella. No podía parecerme a su ex y ponerlo en duda, así que no saqué el tema.

La partida de bolos pasó rápida y, como era de esperar, me ganó con una gran diferencia.

Estuvimos caminando de la mano por el centro comercial hasta que decidimos sentarnos en unos bancos. Era un buen momento para decirle los planes que había encontrado y que podíamos hacer.

—He estado mirando y hay una exposición de videojuegos que puede ser interesante.

—Solo por ser de videojuegos quiero ir.

—También he visto que hay un museo que si vamos los miércoles nos sale más barato.

—Puede estar bien.

—Sí. Además, sé que queda tiempo, pero en verano podríamos hacer surf.

—¿Surf? —preguntó muy extrañado.

—¿No te llama la atención? A mí me encantaría probarlo, aunque seguramente se me dé fatal.

—Ya verás que no.

—Cuánta fe tienes en mí.

—Encontrarás algo que se te dé bien.

—También sería chulo ir a moldear arcilla. Hay talleres donde puedes hacer la pieza y pintarla.

—Cuántas cosas por hacer.

Tardé unos segundos en responder y evité el contacto visual porque me daba corte decirle el motivo.

—No quiero que te aburras.

—¿Es por lo del otro día?

—Sí porque tenías razón, es mejor quedar si tenemos un plan.

- Pero no hay que forzarlo.
- Ya. He buscado para tener ideas, no hace falta que las hagamos todas.
- Solo hice ese comentario porque estaba agobiado, no le des más vueltas.
- No quiero que lo nuestro se estropee por eso.
- No se va a estropear. Te quiero.

La charla me tranquilizó bastante y dejé de pensar en que durante la partida de bolos, Marcos casi ni había levantado la vista del móvil. Nos despedimos y quedamos en vernos el martes por la tarde porque era cuando él tenía las visitas de los pisos.

Al llegar a casa, vi una notificación del correo electrónico. Me habían respondido a una de las solicitudes que envié para hacer prácticas, diciendo que les gustaba mi perfil. Le escribí al responsable de prácticas de mi universidad, para poder tramitarlo todo lo antes posible. No obtuve respuesta, por eso el lunes fui a su despacho para explicarle la situación.

—Buenos días, soy Nerea. El viernes escribí un mensaje sobre unas prácticas externas a la universidad y no sé si...

—Ya sé quién es, leí su correo. No habrá ningún problema. Tengo el convenio preparado, ahora se lo enviaré a la empresa.

—¿Cuándo podré comenzarlas?

—En cuanto se firme el convenio.

Por suerte, no pasaron ni dos horas hasta que la empresa firmó. Me pidieron ir al día siguiente para hacer un pequeño reciclaje y, a partir de entonces, iría todas las tardes, salvo los festivos.

NEREA

Empiezo prácticas mañana y no te podré acompañar a ver pisos :(

MARCOS

No pasa nada.

Llevábamos sin hablar desde el día anterior y esperaba una respuesta menos fría por su parte. No le costaba nada mostrar un poco más de interés por mis prácticas... Él sabía que eran muy importantes para mí. Empecé a darle vueltas; no era consciente de haber dicho o hecho algo que le pudiera molestar, quizás Marcos quería evitar que yo pensara que era un pesado, como le dijo su ex, o quizás estaba ocupado hablando con Soraya.

NEREA

Qué poco comunicativo estás.

MARCOS

Ya te dije que te dedico el poco tiempo libre que tengo.

Su respuesta me generó una mezcla de rabia y desesperación, así que no le respondí. Tampoco sabía qué decirle. Estaba ilusionada por empezar las prácticas en ese sitio y no me lo iba a estropear nada ni nadie. Era más que consciente de que si tuve aquella oportunidad fue gracias a Raúl, que me dio la idea, así que fui al supermercado para agradecerse. Necesitaba compartir mi felicidad y sentir que alguien se alegraba por mí. Sin embargo, cuando llegué, no estaba. Dudé varios minutos en qué hacer: podía esperarme hasta verlo cualquier otro día o ir a su piso. Y, como soy impulsiva, me decanté por la segunda opción.

Llamé a la puerta, pero no respondió, así que pensé que lo mejor que podía hacer era no insistir más. Total, aunque hubiese estado en casa no teníamos nada más de lo que hablar y no quería que Raúl me viera como una pesada.

CAPÍTULO 20

Marcos estuvo mirando pisos porque quería irse de casa de su madre cuanto antes, no soportaba pasar tanto tiempo allí y eso que solamente iba a cenar y a dormir porque se tiraba casi todo el día en el trabajo. Me chocaba un poco que fuera tan despectivo. Pero como no conocía a su madre, supuse que tenía motivos para hablar así.

MARCOS

Acabo de ir a un piso que es una pasada. Ojalá me llamen de aquí.

NEREA

¡Ya verás que sí! Me alegro muchísimo de que hayas encontrado uno que te guste.

MARCOS

Lo que pasa es que éramos seis personas y en un rato habrán más visitas. Le he enviado todos los documentos a la propietaria y me he ofrecido a pagar los primeros seis meses.

NEREA

¡Buena idea! A ver si así te lo alquila.

MARCOS

Todavía no me ha respondido.

Ahora voy a ver otro, ya te diré.

¿Cómo van las prácticas?

NEREA

Empiezo en media hora, estoy nerviosa.

MARCOS

Seguro que irá bien.

La tarde pasó volando y llegué reventada a casa. Ese era mi nuevo ritmo de vida: universidad - prácticas - dormir. Sabía que iba a aprender un montón, pero me fastidiaba no poder quedar con mis amigas ni con Marcos. Todo se me acumulaba el fin de semana y, teniendo en cuenta que daba clases de repaso por las mañanas, tampoco me quedaba tanto tiempo para ellos. Izan me escribió preguntándome cómo me había ido en mi primer día de prácticas y, en cuanto vi el mensaje, cliqué al botón de videollamada. Me respondió enseguida.

—¿Qué cenas?

—Macarrones.

—¿A estas horas?

—Me moría de hambre. Bueno, cuéntame.

—Ha estado muy bien, son muy majos. Me han explicado lo que tendré que hacer y cómo funciona todo.

—Qué bien.

—Sí... pero me agobio con pensar que voy a estar así durante unos meses. Es que solo voy a

poder veros los findes y con las clases de repaso...

—Pensaba que dejarías de darlas.

—Todavía no lo he decidido. Si sigo ahorraré más.

—Si trabajas toooodos los días acabarás harta.

—Ya.

—Pero harta de todo.

—¿A ti cómo te ha ido el día?

—Horrible. Ayer entró una chica nueva y me sigue por todos lados.

—Normal, ¿no? Tendrá que aprender.

—A terminar el turno quería venir conmigo para saber dónde vivía. Encima va la tía y me suelta que tiene la casa libre y que podemos follar.

—¡¿QUÉ?!

—Como siga así hablaré con Gonzalo.

—Deberías decírselo igualmente.

—Quiero pensar que después de decirle que no, me dejará tranquilo. Me sabría mal que la echaran por comentárselo al jefe.

—Pues que no actúe así —tras unos segundos de silencio, cambié de tema—. Yo... sigo notando a Marcos un poco distante.

—¿Por qué lo dices?

—No responde como antes, tarda mucho y no veo el mismo interés.

—Si está así ahora y lleváis dos meses, no me quiero imaginar más adelante.

Sus palabras me dolieron muchísimo porque sabía que tenía razón.

—Desde que mencionó a su mejor amiga, Soraya, está raro. Con ella sí que habla por el móvil y se ríe mientras le escribe.

—¿En serio?

—Sí.

—Qué capullo.

—Va, no te pases...

Era casi medianoche cuando colgamos. Hablar con Izan me hizo pensar en dejar las clases particulares. A pesar de que si seguía, ganaría dinero más rápidamente, sabía que no era sano aquel ritmo de vida, aunque quería darle una oportunidad.

Me costó muchísimo conciliar el sueño porque no dejaba de darle vueltas a cómo iba a ser salir de casa cada día a las siete de la mañana y llegar a las diez de la noche. Eran demasiadas horas fuera y me agobiaba bastante, pero era lo que me tocaba hacer. Quise mentalizarme de que se trataba de algo temporal y que todos los estudiantes pasábamos por lo mismo. Además, me iban a pagar por las horas invertidas en la empresa, así que no estaba “perdiendo” el tiempo. Eso sí, tenía que esforzarme al máximo y dar lo mejor de mí.

Al día siguiente, tras acabar las clases, Marcos me llamó. Me extrañó bastante porque solíamos comunicarnos por mensajes, pero me gustó ver su nombre en la pantalla y recordé cuando me llamó en Nochevieja. Quizás no había cambiado tanto su actitud y yo me estaba rayando sola con el asunto. Descolgué enseguida y me llevé el móvil al oído. El ritmo cardíaco me aumentó de repente.

—¡Ya tengo piso!

—¿¿Sí?? ¿Cuál de todos?

—El que te dije que iba a dar más dinero como reserva.

—¡Cómo me alegro, Marcos! Tengo muchas ganas de verlo.

—Y yo de que podamos estar juntos allí.

—¿Cuándo te mudas?

—Este finde.

—Me gustaría ayudarte, pero...

—No pasa nada, mi madre y su novio vendrán a echarme una mano.

—Aún así, me sabe mal. Podríamos hacer una escapada a Ikea para compensarlo.

—No es que necesite gran cosa de allí.

—Bueno, por echar un vistazo.

—Te dejo, que tengo que terminar unas cosas. Te quiero.

Le había propuesto a Marcos mil planes diferentes y no habíamos hecho ninguno por la falta de tiempo. No obstante, sentí un pequeño pinchazo en el corazón cuando, tras proponerle ir a Ikea, me soltó que no necesitaba gran cosa de allí. No era capaz de decirle lo que me molestaba, ya que me sentía dramática al exponer mis sentimientos en voz alta porque incluso yo sabía que estaba siendo exagerada. Pero me molestaba que, a pesar de todos los planes que le había mencionado, él nunca se mostraba con gran ilusión, ni proponía un día para ir. Sabía que algo no iba bien, pero me puse la venda en los ojos. Era más sencillo hacer ver que no pasaba nada, además, me gustaba la idea de volver a compartir un momento íntimo con él.

CAPÍTULO 21

Marcos estuvo tan liado con la mudanza que el sábado no supe nada de él hasta la noche, cuando me pasó unas fotos del comedor y de la cocina, y me dijo que el resto quería que lo viese en persona. Me gustaba cuando se hacía el interesante. Predominaban los muebles de madera con toques negros, que le daban cierta elegancia.

MARCOS

Mañana traen el colchón, ¿querrás venir por la tarde?

No me esperaba aquello, pensaba que me invitaría al piso más adelante, no el mismo día de la mudanza.

NEREA

Vale.

MARCOS

Todavía faltan cosas, pero ya casi está.

El domingo me depilé entera. Sabía que aunque me hubiese invitado al piso, no significaba que fuéramos a tener relaciones, pero quería estar preparada. Por eso guardé mi pequeño bote de lubricante en el bolso, aunque con lo que había vivido hasta entonces sabía que cuando mi cuerpo se excitaba producía mucho flujo.

El camino a casa de Marcos se me hizo eterno. Vivía a media hora, pero pillé mucha retención e hizo que tardara más de una hora en llegar. Dejé el coche en un parking de la zona y caminé hasta su portería. Antes de picar, comprobé el número y apreté el botón. La puerta se abrió y a lo lejos estaba Marcos, que me esperaba en la entrada de su nuevo hogar. Subí una escalera de cinco peldaños y enseguida me recibió con un beso en los labios. Me levantó de la cintura y yo le abracé, hundiéndome mi cabeza en su pecho.

—Te he echado mucho de menos, Marcos.

—Y yo.

Su piso era muy diferente a donde vivía antes. En este abundaba el oscuro, tenía otro estilo, pero quedaba bien. Lo último que me enseñó fue su habitación.

—Falta poner el mueble que va debajo de la cama.

—Pero ya está casi todo, tienes hasta las mesitas y el armario.

—Ven.

Marcos se tumbó en la cama y yo hice lo mismo. Nuestras piernas empezaron a enredarse a la vez que nos besábamos. Mi vagina se contraía al ritmo y me empecé a notar húmeda al sentir su pierna rozando mis partes. Sabía lo que estaba haciendo y cómo iba a acabar eso. Lo miré y sonreí.

—No podemos estar en la cama sin que pasen cosas.

—Pensaba que querías.

Le agarré del cuello y acerqué nuestras bocas que se unieron con fuerza. Él me quitó la camiseta, pero tuvo problemas para sacarme el sujetador de encaje y terminé haciéndolo yo. Me

miró y sonrió mientras tiraba su camiseta a cualquier parte y se desabrochaba los pantalones. Las ganas por sentirlo dentro aumentaban y en cuestión de segundos me deshice de la ropa que me quedaba. Volvimos a estar desnudos y aquella vez pude apreciar bien su pene, que estaba completamente erecto y parecía mucho más grande. Se puso entre mis piernas y bajó hasta que su lengua comenzó a jugar con mi clítoris, después me introdujo los dedos, pero yo quería dejar los preliminares de lado para saber lo que sentía al tener su pene dentro.

Abrió el preservativo con los dientes y le puse más lubricante para asegurarme de que entraría bien. Era el momento, por fin iba a pasar.

—¿Te... atreves...? —preguntó señalando a su miembro.

Marcos me hizo un gesto señalando a su miembro. Quería que se la chupara y la acababa de embadurnar con lubricante. Me dio asco porque acaba de impregnarlo todo pensando que iba a ir dentro de mi vagina, pero él había intentado complacerme y era justo que también recibiera placer. Cerré los ojos y me llevé su pene con el preservativo lleno de lubricante a la boca. El sabor era asqueroso por el plástico, pero prefería utilizar una barrera. Marcos me había dicho que había tenido otras parejas y no me fiaba de que pudiera pasarme algo. Puso su mano en mi cabeza y fue entonces cuando lo miré y vi que estaba con los ojos cerrados y respirando con dificultad. Empecé a hacer movimientos rápidos con la boca, a bajar y a subir, pero no estaba segura de qué ritmo tenía que llevar porque era la primera vez que hacía eso.

—Como sigas, me voy a correr.

Se incorporó y me pidió que me tumbara. Agarró el pene y lo presionó para introducirlo en mí. Pensaba que iría con más cuidado, puesto que sabía que era mi primera vez, pero me daba la sensación de que aquello, en realidad, se trataba de una demostración para que viera que el gatillazo de aquel día fue algo puntual. A pesar de todo, sonreí al sentirlo dentro porque era muy diferente a lo que había experimentado con mi juguete: había besos y contacto físico. Marcos comenzó a ir cada vez más rápido y aflojó justo cuando yo estaba a punto de llegar al orgasmo. No fui capaz de decirle nada, me daba vergüenza.

—Ponte encima.

Cambiamos de posición, le hice caso y me puse a horcajadas. Su pene volvió a entrar con facilidad y en ese momento yo era la que marcaba el ritmo. Marcos me tenía cogida de las caderas y también acompañaba el movimiento. De vez en cuando me daba una cachetada, no me gustaba la idea de que me pegara mientras manteníamos relaciones, pero tampoco me estaba haciendo daño, era más como un juego. Seguí moviéndome mientras lo besaba desesperadamente hasta que él me abrazó y noté que sus piernas se tensaron.

—Me voy a correr.

Seguí haciendo movimientos con la cadera, pero cada vez más suaves.

—Nerea, para.

Sacó su pene y se fue al lavabo a quitarse el condón.

Me quedé sola en la habitación. Ya lo había hecho. Oficialmente perdí la virginidad el 25 de febrero. Fue algo nuevo para mí, pero para nada lo que me esperaba. Había sido todo muy rápido, sin caricias, sin besos por todo el cuerpo... Era más parecido a un vídeo porno que a cualquier historia romántica que hubiese leído. Yo era la primera que estaba deseando pasar a la acción y sentirlo dentro, pero no habíamos tenido mucho tacto. Además de que los dos estuvimos callados durante el acto, estaba claro que no me iba a poner a gritar, pero ni siquiera gemimos diciendo nuestros nombres.

—Podrías quedarte a dormir.

—No puedo, tengo las cosas de la uni y de las prácticas en casa. ¿El sábado?

—Mi madre hace una cena de despedida, así que no, pero el domingo puedes venir.

—Qué ganas tengo.

Enseguida se vistió y yo hice lo mismo. Me hubiese gustado que pudiéramos contemplar nuestros cuerpos más rato, que nos hubiéramos tumbado abrazados, pero Marcos tenía que ir a comprar algo y yo debía ir a casa porque al día siguiente madrugaba. Nos despedimos con un beso, solo tenía que esperar una semana para volver a estar con él y repetirlo.

Llegué a casa y estuve pensando en enviar un mensaje por el grupo para explicarles que, por fin, había tenido relaciones sexuales, pero no lo hice porque me distraje cuando vi un mensaje de Marcos en la pantalla.

MARCOS

Espero que hayas disfrutado.

NEREA

Lo mismo digo.

Quedé con mis amigas en el bar de siempre, el del centro comercial, pero estaba tan ansiosa por contarles lo que había hecho que fui la primera en llegar. No solía estar tan pronto y me sentía incómoda porque no sabía qué hacer mientras esperaba. Me puse a mirar las fotos de la galería y caí en que no tenía ninguna con Marcos. Llevábamos saliendo casi dos meses y ninguno había tomado la iniciativa. Fui a su chat para decírselo, pero seguía sin responderme desde la noche anterior, así que salí de la conversación sin escribir nada.

Izan llegó con el casco de la moto en la mano y se sentó a mi lado.

—¿Alguna novedad?

Sonreí y asentí.

—En cuanto lleguen os cuento.

—Uyyy... Ya sé por dónde vas.

Noté un calor excesivo en la cara, pero preferí desviar la conversación.

—¿Cómo va con la del trabajo?

—De momento Gonzalo nos ha puesto en turnos diferentes, pero hay días que cuando llego me está esperando.

—Qué mal rollo.

Inés, Emma y Paula llegaron enseguida. El camarero nos tomó nota, todos pidieron cerveza, menos yo, quedé un agua.

—Les estaba comentando a ellas que estoy mirando de hacer algún grado superior —dijo Paula—. Hay varios que me llaman la atención y son mucho más prácticos que las carreras.

—Pues es una buena idea —respondí, contenta de que Paula se decidiera por retomar las riendas de su futuro.

—Sobre todo que te guste.

Cuando nos trajeron las bebidas, solté la bomba.

—Ya está... ¡Lo hemos hecho!

Me llevé la mano a la boca. Estaba ilusionada y se me hacía raro decirlo en voz alta.

—¡Por fin! —Paula golpeó la mesa emocionada.

—Ya iba siendo hora, eh —Inés gesticuló con la cabeza.

—Chicas, no os pongáis así.

—Pero si es verdad, Emma. Yo también estaba deseando que pasara.

—Bueno, cuenta la experiencia.

—Marcos ya tiene piso y lo estrenamos.

—¿Lo habéis hecho en toda la casa?

—Ojalá, Inés. Solo en la habitación y probamos dos posturas. Prefiero estar arriba.

—Normal.

—Eso sí... El oral, asqueroso. Se lo hice con el preservativo puesto y sabía demasiado al látex.

—Por eso existen los condones de sabores, cada uno tiene un color —Emma soltó el dato dando a entender que era obvio.

Yo no tenía ni idea de preservativos, la única caja que había comprado era con formas y ni siquiera fue el que se puso Marcos, porque el suyo era completamente liso.

—Nunca los he probado.

—Imaginaos al chaval con el pene de diferentes colores. Tipo: ahora es rosa, toca de fresa, ahora es verde, de manzana.

—Tiene que ser gracioso.

—Lo mejor de chuparla es no utilizar condón —aseguró Inés.

—Ya, pero Marcos ha tenido varias parejas y no me fío, puede pegarme cualquier mierda y quizás ni lo sabe.

—Nerea, que se haga una serología. Si sale bien, podréis follar a lo loco.

—¡PAULA!

Me puse como un tomate y cuando noté una mano sobre mi hombro se me paró el corazón. Vi que todas se quedaron mirando hacia arriba y me giré lentamente sin saber quién estaba detrás de mí.

—Parece que habéis visto un fantasma —dijo Raúl a mis amigas.

—¡Raúl! ¿Qué haces aquí? —me levanté, seguía sintiendo la cara ardiendo y con su aparición se agudizó más.

—La cena.

Llevaba una bolsa de Bocadillos&Go!, un restaurante que tenía muy buena fama en la ciudad y se habían expandido a nivel nacional.

—Tendríamos que volver algún día, los bocatas están buenísimos —Izan comentó al resto.

Raúl tenía la mirada fija en mí y caí en que no le había llegado a decir lo de las prácticas, así que, disimuladamente, nos apartamos un poco del grupo.

—He empezado ya las prácticas en uno de los sitios que estuvimos mirando.

—¿Sí? ¿Hace mucho que estás allí?

—Desde la semana pasada. Te lo quise decir, pero no te vi en el súper.

—Tendría libre.

—Fui a tu piso y tampoco estabas.

—Llevo unos días bastante liado.

—¿Y eso?

—Ya sabes... haciendo cosas. ¿Entonces te va bien allí?

Me daba la sensación de que Raúl ocultaba algo porque parecía que midiera sus palabras por tal de no decirlo.

—Sí, pero voy a dejar de dar clases de repaso.

—Es lo mejor.

—Bueno, no te distraigo más, que se te va a enfriar la cena.

—Sí, me voy ya. Si algún día quieres pasar por mi casa, ya sabes.

—Eso si estás.

—Ya... es una larga historia.

Nos despedimos y volví a la mesa.

—¡Qué guapo es Raúl! —Inés se llevó la cerveza a la boca—. ¿De qué habéis hablado?

—Sobre las prácticas, él me ayudó a conseguirlas.

—Si es que va de duro, pero es un cacho de pan.

—Por cierto chicas, he encontrado otra casa para las vacaciones, tiene piscina y está muy bien de precio —Izan cambió de tema.

—Así no habrá quejas. Tendremos montaña y piscina.

A todas les pareció bien esa opción y la reservamos. Íbamos a ser diez personas porque la idea era ir con nuestras parejas. Todavía no le había comentado nada a Marcos, pero supuse que tendría tantas ganas como yo de pasar tiempo juntos.

CAPÍTULO 22

Preparé una mochila con el pijama y la ropa del día siguiente y en el bolso guardé el portátil para las clases. Estaba preparada para pasar la noche en el piso de Marcos, a pesar de los nervios. En cuanto Marcos abrió la puerta, nos dimos un beso. En el tiempo que llevaba con él, había mejorado mucho besando y cada vez me gustaba más.

—Quédate aquí, tengo una sorpresa.

No me dio tiempo a decir nada porque se dio la vuelta y lo perdí de vista. Al poco rato vino con una bolsa en la mano, dentro había unas zapatillas.

—Son para ti, quiero que te sientas como en tu casa.

—Oh... Muchas gracias.

Sustituí los zapatos que llevaba para ponerme las zapatillas que me había regalado y fuimos al comedor. Pedimos la cena por una app y nos avisaron de que la traerían en casi una hora. Nos tumbamos en el sofá y comenzamos a manosearnos mientras nos besábamos con ganas. Quería volver a sentirlo dentro de mí. Metió su mano en mis bragas y me estremecí al sentir sus dedos acariciando mi clítoris.

—¿Quieres?

—Sí.

—Me gusta verte así.

Sonreí como pude, estaba jodidamente excitada.

—Sigue.

—Vamos a la cama.

Deseaba que me cogiera en brazos y me llevara hasta el colchón mientras nos besábamos con fuerza, pero no fue así. Caminamos a su habitación y nos desnudamos. Me pidió que me tumbara, se colocó entre mis piernas y comenzó a tocarme. Enredé mis dedos en su pelo, me gustaba sentir que tenía cierto poder, que estaba ahí abajo para darme placer. Apartó mi mano y comenzó a jugar con su lengua. Cerré los ojos, pero no llegué al orgasmo. Cuando Marcos se separó de mí, agarré su pene con la mano y comencé a bajar y a subir suavemente. Quería que aquella paja fuera mucho mejor que la primera que le hice. Poco a poco aumenté la velocidad y vi su cara de placer. Después me hizo un gesto y me separé, expectante a lo que vendría. Sacó de la mesita un condón, lo abrió con los dientes y dejó el sobre dentro del cajón. Quedaba completamente liso, así que entendí que era uno de los clásicos, pero quería saberlo.

—¿De qué tipo es?

—Luego lo miras. ¿Cómo quieres ponerte?

—Prefiero arriba.

Me puse a horcajadas e introduje su miembro en mi vagina. Cómo me gustaba sentirlo dentro. Jugueteé con su boca mientras me movía con Marcos dentro y él me iba dando algún cachetazo suave. No me acababa de gustar aquello, pero entendía que el sexo iba de complacerse mutuamente, así que seguí como si nada. Besé su cuello y volví a su boca, estaba muy excitada. Mi vagina se contraía con rapidez y, por fin, llegué al clímax. Marcos bajó la intensidad, mientras que yo simplemente me dejaba llevar.

—Mi turno de estar arriba.

Se puso encima, pero antes de volver a meter su pene, me miró y sonrió.

—¿Quieres probar alguna postura?

Me daba mucha vergüenza decirle lo que tenía ganas de hacer, pero estábamos desnudos y dándonos placer, me había preguntado y era el momento de decírselo.

—¿Contra la pared?

—Mejor otro día. ¿A cuatro patas?

—No.

Quería saber qué se sentía cuando te empotraban contra la pared, pero Marcos no quiso. A mí no me apetecía probar la posición del perrito porque me parecía una postura fría, me gustaba el sexo con contacto físico, no que yo estuviera agachada sin verle y él simplemente metiendo y sacando su pene de mí. Quizás más adelante podríamos probarla, pero en ese momento no me apetecía.

Marcos se quedó encima e introdujo su pene.

—Estás muy mojada.

Empezó a hacer movimientos muy rápidos hasta que sus piernas se tensaron y se corrió. Enseguida salió de mí.

—Ahora vengo.

Observé cómo se iba desnudo con las manos en el pene. Fue al lavabo a quitarse el condón y yo me quedé tumbada con ganas de que volviera. Cuando lo hizo, me incorporé.

—¿Qué decías antes del preservativo? —preguntó.

—Quiero saber cómo es.

Me miró extrañado y sacó un sobre usado. Me quedé de piedra cuando vi que era igual que los que yo había comprado, de esos con puntos y estrías, porque las dos veces que habíamos tenido relaciones en su piso los preservativos eran lisos, no tenían rugosidades. ¿Se había acostado con Soraya? No me atrevía a preguntárselo porque no quería parecerme a su ex novia.

—Ese no es el que hemos usado.

—¿Cómo que no?

—Que no. El de hoy era liso.

—Pues será del otro día y el de hoy es este.

Me acercó otro sobre de los clásicos abierto. Ese sí que era el que habíamos utilizado y probablemente el de la semana anterior era igual.

—La última vez no usamos ese.

—¿Ahora eres una experta en preservativos?

—Sé lo que me llevo a la boca y la última vez era liso también.

—No me gusta lo que insinúas. Estaría del revés y ya, por eso no notaste la diferencia.

—¿Cómo va a estar del revés?

—Sí, me ha pasado varias veces.

—¿Y no te das cuenta?

—No.

—Marcos.

—Va, cari, no te pongas así. Sabes que nunca haría eso.

Me abrazó, pero yo tenía un nudo en la garganta. Me daba miedo pensar en que todo lo que había vivido con Marcos era mentira. Me resultaba más fácil creerlo, pero no me sentía bien.

—¿De verdad crees que sería capaz?

Negué con la cabeza mintiéndome a mí misma. Lo único que quería era llegar a mi casa, abrir un sobre de la caja de condones que compré y darle la vuelta para ver si se notaban las rugosidades. Tenía que comprobarlo.

Cuando trajeron la cena, yo tenía el estómago cerrado. Marcos comió una hamburguesa y patatas fritas y yo solo sentía angustia porque no dejaba de pensar en que ese condón no lo había usado conmigo, aunque él decía que sí. Recogimos la mesa y volvimos a tumbarnos en el sofá. Acercó mi cuerpo contra el suyo.

—¿Tienes cosquillas? —preguntó mientras me hacía en las axilas.

—Sí.

Con la risa empecé a notar cada vez más angustia. No sabía si era por los nervios del preservativo, por haber comido poco o por estar tumbada de esa manera, pero tenía que ir al lavabo y Marcos me tenía aprisionada con sus brazos, algo que me agobió más.

—Déjame salir. Es un momento.

—No quiero que te vayas.

Fui un poco brusca al apartarlo de encima, pero o salía corriendo o vomitaba allí. Por suerte, me dio tiempo de llegar al baño. Marcos no se levantó para ver si estaba bien, pero me daba igual, lo único que me importaba era no haber manchado su piso.

Me lavé la boca y eché agua fría en mi cara. Al salir, él estaba sentado en el sofá con el móvil. Cuando noto mi presencia, levantó la mirada.

—¿Estás bien?

—Sí, ahora mejor.

Poco después nos acostamos. Marcos me abrazó por detrás, haciendo la cucharita.

—¿Quieres que durmamos así?

—Pensaba que te gustaba tener tu espacio para dormir.

—Va Nerea, quiero que estemos bien.

Varias lágrimas recorrieron mis mejillas, por suerte él no pudo verlas. Hice un gran esfuerzo para que mi respiración fuera normal y no escuchara los sollozos. En cuanto se durmió, se dio la vuelta. A pesar de tenerlo al lado, me sentía sola, pero no era capaz deirme porque una parte de mí quería que lo nuestro funcionara. Lo que había pasado podía ser un mal entendido. Quizás él estuvo probando el preservativo como yo hice con el dildo y se avergonzaba de admitirlo, aunque si fuese así no tenía sentido que él saltara a la defensiva. Quizás se había acostado con su mejor amiga, también era una opción. Quizás por eso a su ex no le hacía gracia que Marcos hablara con Soraya. Quizás su ex no era tan mala ni estaba tan loca como él la había pintado. De hecho, decía que ella lo había dejado porque le agobiaba la atención que le dedicaba, cuando él tampoco es que fuera la persona más detallista. Al principio sí, pero durante el último mes la mayoría de veces que habíamos quedado fue porque yo lo dije. Barajé la posibilidad de mirar su móvil, pero decidí no hacerlo porque sabía que estaba mal. Tenía que dejar de presuponer tanto e intentar dormir.

Al despertarme, quise hacer como si no hubiese pasado nada, como si todo hubiera sido parte de una pesadilla. Marcos no podía mentirme de esa manera, él no era así.

—Puedo faltar a la uni y así nos quedamos más rato.

—Tengo trabajo, no puedo estar contigo.

—Pero es teletrabajo... podemos hacer otras cosas.

—No.

Me levanté y besé sus labios. Y otra vez. Y otra. Sentía la humedad en mis bragas y fui deslizándola la mano hasta sus pantalones, pero me detuvo.

—No me apetece.

—Vale.

—Lo siento, no siempre se tienen ganas. Ya lo entenderás.

—Ya, tranquilo. Me voy a clase.

—No te enfades por eso.

—Tú tienes trabajo y yo tengo clase, no quiero llegar tarde.

Recogí mis cosas y Marcos dejó el teletrabajo para acompañarme hasta la puerta del parking. Agradecí que viniera porque significaba que se seguía preocupando por mí, aunque no se ofreció a pagar la mitad como al principio, no me importó.

Nos besamos antes de tomar cada uno nuestro camino, como si una parte de mí supiera que aquello era una despedida para siempre.

CAPÍTULO 23

En lugar de ir a la uni, fui a casa porque necesitaba comprobar lo del preservativo. Mis padres trabajaban, así que no había nadie para preguntarme por qué estaba faltando a clase. Lucía me escribió, pero le dije que no me encontraba bien.

Abrí un sobre, desenrollé el condón y le di la vuelta. Se apreciaban las rugosidades por ambas partes, así que si Marcos lo hubiera usado conmigo al revés, me habría dado cuenta. Las dos veces que tuvimos relaciones en su piso, él utilizó preservativos lisos. Si me hubiera dicho que abrió el sobre para ver cómo era o alguna otra excusa, me lo hubiese creído, pero no dejó de insistir en que lo había usado conmigo.

En cuestión de segundos me llené de rabia y pena. Me sentía sucia y tonta. Marcos había jugado con mis sentimientos y encima le daba la vuelta a la situación para que yo me sintiera culpable. Desde el primer momento dejó bien claro que él no soportaba las infidelidades, que era una falta de respeto hacia la otra persona, pero todo era mentira. Odiaba no haberme puesto en mi sitio y seguir aguantando y aguantando únicamente por la idea de tener pareja.

Necesitaba hablar con alguien, así que llamé a Izan, pero colgué en cuanto me di cuenta de que esos días estaba con Carla. No quería joderles las vacaciones porque sabía cómo era él y le iba a sentar igual de mal que a mí.

Salí a caminar para procesarlo todo. Necesitaba escuchar música, era una manera de no sentirme sola en ese momento. Deslizando entre las canciones de Spotify encontré *Logical* de Olivia Rodrigo. Aquella vez sonó diferente, la encontraba más personal. Sin darme cuenta las lágrimas inundaron mis ojos.

Alguien tocó mi hombro, pero seguí como si nada, no quería que nadie me viera así. Disimuladamente, bajé un poco la música.

—¿Nerea?

Me giré y vi a Emma. No tardé ni dos segundos en abrazarla mientras lloraba desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado?

Nos sentamos en un banco y, entre sollozos, le expliqué todo.

—¡Qué gilipollas! Y encima va de mosquita muerta. Si fuera tú me plantaba en su casa y le diría cuatro cosas.

Negué con la cabeza. Admiraba su carácter porque estaba segura de que ella en lugar de derrumbarse como yo, hubiera ido a decirle las cosas a la cara, pero yo no podía.

—Ni siquiera se ha molestado en preguntarme si he llegado bien.

—No entiendo para que intenta hacerte lo blanco negro si luego no va a volverte a hablar.

—Porque es un mentiroso.

—¿Qué rabia de persona.

—¿Rabia? Te quedas corta. Cada vez que pienso en todo lo que he confiado en él...

—Lo peor es que hay muchos tíos como él.

—Estoy harta, Emma. No me creo nada de lo que me ha dicho: dudo que de verdad tenga 24 años o que se llame Marcos.

—Yo estaría igual. Quizás por eso dijo que no tenía redes sociales.

A Emma le sonó la alarma del móvil.

—Tengo que irme que entro a trabajar. ¿Estás bien?

Suspiré.

—Sí. No digas nada a los demás, prefiero hacerlo cuando esté preparada.

—Si necesitas algo llámame —se despidió con un abrazo.

Asentí y enseguida se alejó. En cuanto me quedé sola volví a pensar en todas las cosas de Marcos que no había querido ver. Todas esas *red flags* que pasé por alto porque no hay más ciego que quien no quiere ver y porque, a veces, nos resulta más sencillo aferrarnos que soltar. Vivía tan ilusionada pensando en que por fin tenía pareja, que me olvidé del resto, de lo importante. Y es que una pareja no te resta, te suma, y quien nos quiere nos hace infinitos. Quizás esa nota que encontré en el coche la primera vez que quedé con Marcos también fue una señal, otra señal que no quise ver.

Los días pasaban y seguía sin noticias de él. Lo peor era que tenía la necesidad de hablarle porque se había convertido en parte de mi rutina, pero sabía que era una mala idea. Debería ser Marcos quien se preocupara en “romper el hielo” si de verdad no había hecho nada, como él defendía. Aún así, quería desahogarme, por eso escribí una pequeña carta de despedida en el libro que me regaló por San Valentín. Ese libro que estaba destinado a ser testigo de nuestras aventuras:

"Llegados a este punto, solo puedo darte las gracias. Gracias por abrirme los ojos con tu actitud. Viéndolo con perspectiva, me he dado cuenta de muchas cosas que habían pasado desapercibidas porque resulta que eres todo un manipulador a quien le gusta hacer que las personas se sientan culpables y asuman responsabilidades que no son tuyas. Me has hecho sentir tan ingenua...

Utilizas el sarcasmo para menospreciar y eres un experto en darle la vuelta a la situación por tal de salirte con la tuya, como con el preservativo. Spoiler: no, no estaba del revés.

He sido una persona totalmente transparente contigo. Desde el primer momento, te he explicado mis inseguridades, mis miedos y has utilizado eso para hacerme daño. Muy rastrero por tu parte.

Tu necesidad de ser siempre superior, en realidad refleja que eres un inseguro y un cobarde. Deberías trabajar bien eso de cara a un futuro, porque en una pareja tiene que haber igualdad.

La NO experta en relaciones te va a dar otro consejo: ahórrate todos los "te quiero" vacíos, ojalá yo lo hubiera hecho. No hay que tener tanta prisa en decirlo. Cuando quieres a alguien lo demuestras en los pequeños actos, en los mensajes, en las ganas de verse, en la confianza, etc.

Lo dicho, que menudo aprendizaje en tan poco tiempo. Gracias, de verdad. Ahora sé lo que no pienso tolerar de futuras personas que conozca.

Espero, de corazón, que des con alguien como tú y seáis felices siempre :)).

El sábado, casi una semana después de que pasara todo, envié el libro a casa de Marcos. Era muy posible que nunca lo leyera, pero me daba igual. Hacer aquello significaba poner fin a lo que empezamos. En el subidón del momento, tras enviar el paquete, fui al piso de Raúl. No sabía el motivo, pero tuve el impulso de ir a verle.

Piqué al timbre y escuché unos pasos que se acercaban a la puerta para abrirla. Estaba muy nerviosa. En cuanto vi a Raúl, me acerqué con tanta fuerza que lo empujé dentro del piso y lo besé con deseo. Había estado tantos años con ganas de saborear sus labios, que hasta me parecía mentira que aquello estuviera pasando en ese momento. Sin embargo, suavizó sus movimientos y se apartó con cuidado.

—¿Qué ha pasado con él?

—Es un idiota.

Quise volver a acercarme para saborear sus labios de nuevo, pero Raúl lo evitó y me quedé plantada.

—¿Quieres ver una peli o algo?

—¿En serio?

—¿Qué?

—Mira, da igual. Me voy.

Me agarró del brazo para detenerme, pero lo aparté.

—Vienes aquí, enfadada por vete a saber lo que ha hecho él y me besas como si nada.

—¿Como si nada?

—Tranquilízate y lo hablamos.

Me sentía abochornada porque tenía razón: me planté en su casa con la intención de sentirme sexy y querida. Sabía que si me acostaba con Raúl, mi gran crush desde que era adolescente, dejaría de lado lo que había pasado con Marcos. Me estaba dejando llevar por mis impulsos y porque pensaba que la forma más fácil de quitar un clavo era con otro.

Pasamos al comedor, había varias cajas amontonadas.

—¿Quieres agua o ...?

—Marcos es un cerdo. Me ha estado engañando todo este tiempo y me he enterado de la forma más absurda. ¿Sabes cómo? ¡Por un sobre de preservativo que no ha usado conmigo! Y el muy gilipollas va y me dice que sí, que estaba al revés y que por eso lo notaba diferente. ¡Como si yo no supiera lo que me llevo a la boca! Que sea inexperta no me hace retrasada. Ufff es que no puedo. ¡La de mentiras que me habrá dicho! Seguro que en San Valentín no tenía ese viaje de negocios, estaría tirándose a Soraya, y yo como una imbécil, excusándolo porque “no tenía tiempo” ni de responderme.

—¿Soraya?

Asentí enfadada.

—Al menos te has dado cuenta pronto y no después de salir más tiempo.

—Lo que más rabia me da es que lo he creído. Me estuvo diciendo todas esas mierdas y no fui capaz de irme. Me quedé a dormir con él y por la mañana casi le ruego para volver a follar porque una parte de mí sabía que no lo íbamos a volver a hacer —el silencio inundó el piso—. Lo sé, soy idiota.

—No digas eso, Ner. A cualquiera le podría haber pasado.

—Qué va.

—Sí.

Ninguno de los dos sabía qué decir. Miré el móvil y no tenía ninguna notificación, eso me dio más rabia.

—¿Te puedes creer que ni me ha escrito? No entiendo por qué intenta convencerme de que todo está bien para esto. ¿Así va a acabar?

—Pensaba que ya lo habrías bloqueado.

—No. Quería ver cómo actuaba después de todo.

—¿Y qué harás si te habla? ¿Volver a meterlo entre tus piernas?

Ese comentario estuvo fuera de lugar y me molestó tanto que le tiré un cojín a la cara.

—Eres imbécil.

Me levanté del sofá y fui hacia la puerta porque no quería seguir pasando tiempo allí. Contarle aquello había sido un gran error, al fin y al cabo casi no teníamos confianza.

—Perdón, no quería decir eso.

—Sí, sí que querías.

—Va, no te vayas. Nerea, por favor.

—Estoy harta, ¿vale? Lo único que necesito ahora es que alguien me escuche e intente comprenderme.

—Lo siento. Es que... No soporto que te hayas acostado con él y que, a pesar de las mentiras, te hayas arrastrado. No te mereces eso, vales mucho más.

—¿Por qué no soportas que me haya acostado con él?

—Porque no.

—¿Por qué?

—Ner, no quiero hablar del tema.

—Dímelo —Raúl estaba tenso, le incomodaba aquello, así que lo dejé estar. Quería salir y despejarme—. Mejor me voy.

Aquella vez no me detuvo, pero me di la vuelta en cuanto escuché que elevaba la voz.

—Me gustas. Cada minuto que paso contigo me olvido de todo lo malo. Me encantaba recibir tus cartas y cuando dejaron de llegar me sentí mal porque pensé que te habrías olvidado de mí.

Parecía que le diera rabia deshacerse de su coraza y hablar de sus sentimientos. Me quedé parada por lo que acababa de decir. Raúl, que iba de duro, admitió que YO le gustaba.

—Dejé de escribirte porque casi ni me respondías.

—No quería que te ilusionaras porque ni siquiera sabía si iba a volver. No era justo para ti.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Qué querías que te dijera? Si estabas saliendo con él.

—Cualquier cosa, Raúl. Cualquier cosa. Llevo pillada por ti casi toda la vida. Hubiera bastado que me dijeras CUALQUIER COSA para dejarlo todo, pero claro, a ti no te va lo de tener pareja y es mejor no decir nada.

—Me agobia sentirme atado.

—¡NO! Lo que pasa es que te da miedo perder a las personas que quieres y pones esa excusa.

Nos miramos fijamente, pero ninguno se atrevió a decir nada. Salí del piso dando un portazo porque lo único que quería era que Raúl admitiera que yo tenía razón, que le daba miedo perder a las personas. En cuanto llegué a casa bloqueé a Marcos. Tras la conversación con Raúl entendí que no tenía sentido que siguiera esperando algún mensaje suyo, ya le había enviado el libro y tenía que pasar página. Tuvo una semana para disculparse y no lo hizo, no se merecía más tiempo.

CAPÍTULO 24

Izan me esperaba en el bar y en cuanto me vio se levantó a abrazarme. Sabía que algo iba mal, aunque no le hubiese explicado nada. Cuando nos sentamos el camarero nos atendió enseguida, él pidió un café y yo un agua.

—¿Cómo han ido las vacaciones?

—Bien, hemos desconectado bastante. ¿Y tú? ¿Estás bien?

Le expliqué con todo detalle lo que había pasado con Marcos, tratando de estar calmada. Izan, en cambio, parecía cada vez más enfadado.

—Podrías habérmelo dicho. Nadie tiene que tratarte así.

—Olvídate.

—Joder, Nerea. No me puedo creer que estés tan tranquila.

—He tenido tiempo para pensar y aunque se haya portado como un cerdo, me alegro de haber abierto los ojos. No dejo de pensar en Raúl... Después de lo de Marcos, me planté en su casa y lo besé.

Izan abrió los ojos como platos.

—¿Qué dices? Solo he estado fuera nueve días. ¿Cómo puede ser que hayan pasado tantas cosas?

—No hablamos desde entonces. Me enfadé porque soltó que le agobia sentirse atado cuando lo que tiene es miedo.

—Deberías hablar con él cuanto antes —parecía preocupado.

—¿Qué? Ni de coña. No ha mostrado interés en querer solucionar las cosas.

—Nere, ve con él.

—Estoy harta de ser siempre yo quien va detrás de los tíos.

—Mi madre me ha dicho que Raúl se va a trabajar a Noruega.

—Estás de broma, ¿no?

Izan se limitó a negar con la cabeza. En ese instante noté una puñalada en el corazón.

—¿Cuándo se va?

—No lo sé.

Agarré mi bolso y salí corriendo de allí. Tenía que ir con Raúl y hablar antes de que se fuera. Piqué al timbre muchas veces seguidas y no iba a parar hasta que me abriera la puerta. Cuando abrió, sentí que mi corazón quería salir del pecho de lo rápido que iba.

—¿Pensabas irte sin decirme nada? —podía escuchar mis latidos y estaba casi segura de que él también.

—Odio las despedidas.

—Me da igual, joder. Con lo que hablamos el otro día, ¿no has tenido el valor de decirme que te vas?

Golpeé su pecho y él se quedó inmóvil.

—No.

—¿Cuándo te vas? —su respuesta fue un silencio que se hizo eterno. No me iba a dar por vencida. —¿CUÁNDO? ¿En una semana? ¿En un mes?

—Mañana.

Me quedé helada. Sentí un pinchacito en el corazón y abracé a Raúl muy fuerte como si así

pudiese conseguir que se quedara. Mis ojos se inundaron de lágrimas, me dolía pensar que en cuestión de horas estaría a miles de kilómetros.

—No quiero que te vayas.

—Es lo mejor.

—No es verdad.

—Por favor, Ner, no hagas que esto sea más difícil.

Me separé de él con rabia.

—¿Yo? Eres tú quien quiere irse y no digas que es lo mejor porque NO es verdad.

—Hay oportunidades que se presentan una vez en la vida y hay que aprovecharlas. A casa voy a poder volver siempre. Ojalá lo entiendas algún día.

—Lo dudo.

Tras un silencio incómodo donde lo único que hicimos fue mirarnos a los ojos, él rompió el hielo.

—¿Quieres quedarte a cenar?

Tenía un nudo en el estómago de los nervios y la tristeza que sentía, lo último que quería era comer, pero acepté por tal de pasar más rato con él. Intentaba memorizar cada detalle, cada gesto que hacía. Al terminar, propuso ver una peli y me senté a su lado en el sofá, acariciando su cara, pensando en todo lo que nos dijimos la última vez. Encendió la televisión y empezó a pasar los canales, como si gracias al azar fuera a encontrar una película que acabase de empezar.

—Me hubiera gustado tener más momentos así contigo —dije.

—Y a mí.

—Eres el único que sabe mi obsesión por Fito y Fitipaldis.

—¿Cómo puede ser? Con lo descarada que eres.

Le di un golpecito en el hombro.

—¡Qué va! Me escuchaste cantar porque creía que estaba sola en casa.

—Ya, claro.

—¿Cuál es tu canción favorita?

Me quedé pensando en la letra y comencé a cantar la parte que más me sabía.

—«No voy a sentirme mal... si algo no me sale bien».

—«He aprendido a derrapar y a chocar con la pared».

—«Que la vida se nos va, como el humo de ese tren».

—«Como un beso en un portal... antes de que cuente diez» —sonrió—. También es mi canción favorita.

Tenía ganas de besarlo como la última vez, cuando me planté en su piso y junté nuestros labios con deseo, olvidándome del resto. Hasta que él se apartó... Y ya no habíamos vuelto a besarnos. Pero Raúl me dijo que yo le gustaba y acababa de confesar que a él también le hubiera gustado tener más momentos así conmigo. De repente me sentía muy cortada.

Raúl se cansó de buscar en los diferentes canales de televisión y empezó a mirar en Netflix. Yo no quería ver nada, lo único que me apetecía era hablar con él, pero me daba un poco de vergüenza.

—Siento lo del otro día... Ya sabes lo de plantarme aquí... besarte.

Me miró y pasó su brazo por mi cintura, acercándose más a él. Agradecí que no hubiese ningún espejo allí delante, porque mi reflejo sería completamente rojo y me daría más corte.

—A mí me gustó.

Noté un cosquilleo por todo el cuerpo y me giré para mirarlo. Sus ojos iban en dirección a mis labios y segundos más tarde nuestras bocas se unieron con ganas. Queríamos que aquel

momento durara para siempre. Teníamos muchos sentimientos encontrados: deseo, rabia, tristeza. Los besos eran cada vez más intensos y noté mis bragas húmedas. Mi vagina se contraía con ganas de más. Raúl suavizó los movimientos.

—Es mejor que no sigamos, sino la despedida será peor.

—Raúl, dudo que la despedida pueda doler más.

Se quedó unos segundos pensando hasta que volvió a besarme el cuello intensamente mientras su mano acariciaba mi cara. Por primera vez, sentía que alguien me deseaba de verdad, no solamente quería follar conmigo. Y era recíproco. Nos deshicimos de nuestras camisetas y él me acarició los pechos mientras los besaba. Intentaba controlar mi respiración, pero me resultaba cada vez más difícil y gemí cuando Raúl mordió con cariño mi pezón. Me miró divertido por lo que había conseguido, pero yo estaba sorprendida porque no sabía que eso me podía resultar tan estimulante. Cuando se movió, me fijé que tenía una cicatriz a la altura de las costillas, pero me limité a tocarla con suavidad.

—Una mala caída jugando a hockey —aclaró y asentí.

Mis ojos centraron la atención en el bulto de sus calzoncillos negros. Deseaba verlo, pero quería memorizar cada parte de su cuerpo, sus manchas de nacimiento, sus cicatrices, por eso no iba con prisa; quería disfrutar de todos los segundos que nos quedaban juntos. Abrazándome, entre besos, me levantó del sofá, y rodeé su cadera con mis piernas, haciendo movimientos suaves. Apoyó mi espalda en la pared, empujando su pene erecto contra mí. Solo nos separaba la ropa, pero aquello era mejor de lo que nunca habría imaginado. Me excité tanto que mis bragas estaban completamente mojadas y, por primera vez, me daba igual.

—Tengo ganas... de sentirte dentro —dije casi susurrando.

Raúl sonrió.

Me llevó hasta su habitación y me tumbó en la cama. Se puso sobre mí y comenzó a besarme el cuello, mientras yo enredaba mis dedos en su cabello. Subió un poco y mordió el lóbulo de la oreja, lo que hizo que me diera cuenta de que todavía podía excitarme más, a pesar de que creía que era imposible. Cerré los ojos involuntariamente y cuando volví a sentirlo fue cuando metió su mano dentro de mis bragas. Entonces lo miré, quería tener esa imagen grabada a fuego en mi cabeza, pero él sonrió al ver lo húmeda que estaba y volvió a besarme. Aproveché ese momento para jugar con su miembro, rozándolo por encima de los calzoncillos antes de introducir la mano y tocar su pene. Observaba la cara de Raúl, que se mordía el labio inferior. Me moría de ganas por verlo completamente desnudo, pero también quería disfrutar de ese momento, que parecía un sueño erótico. No podíamos parar de besarnos y de frotar nuestras partes, pero nos apartamos antes de dar el siguiente paso. Bajó las bragas por mis piernas y se deshizo de sus calzoncillos. Ahí estábamos los dos sin nada de ropa y saqué de mi bolso un sobre de los preservativos que él me había visto comprar. Por fin lo iba a estrenar con alguien.

—¿Quieres ponerlo? —preguntó.

Asentí tímida. Había practicado con mi dildo, pero no con un pene de verdad. Agarré la punta del látex y deslicé poco a poco.

No me podía creer que aquello fuera real, que Raúl, mi gran crush, estuviera a punto de metérmela.

Se colocó entre mis piernas y suavemente se introdujo en mí. Volvió a besarme antes de moverse contra mis caderas. Comenzó a aumentar la velocidad paulatinamente mientras me besaba y disfrutaba de cada segundo, tocando su piel, sus labios... Me levantó de la cama y me subió en la cómoda. Su pene estaba dentro de mí y era como si los dos fuéramos uno.

—No te imaginas lo mucho que me gustas, joder —mordió con delicadeza mi hombro.

Raúl era todo lo que siempre había querido, pero él se iría en cuestión de horas y me quedaría sola. De repente, varias lágrimas recorrieron mis mejillas y lo abracé entre sollozos, él dejó de moverse dentro de mí.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? Perdón si...

Negué con la cabeza.

—Te echo de menos y todavía no te has ido.

Mi comentario lo trajo a la realidad y me abrazó con fuerza.

—Yo también.

—Es injusto.

Él se limitó a darme un beso en la cabeza, pero no dijo nada.

—No quiero que te vayas. Me duele perderte, que dejes de estar aquí... Me duele pensar que encontrarás a alguien que te vea con los mismos ojos que yo y me asusta pensar que nadie me hará sentir como tú lo haces.

—Estoy seguro de que darás con alguien muy especial que te tratará como mereces. Todo pasa por algo, quizás el destino te sorprende.

—Pero es que no quiero que me sorprenda, Raúl. Quiero estar contigo.

Nos abrazamos en silencio. Los dos estábamos rotos y era imposible disimularlo.

Tras unos minutos, Raúl me invitó a dormir y acepté porque necesitaba estar a su lado antes de que se fuera.

CAPÍTULO 25

Raúl me dejó una camiseta para dormir. Me iba bastante ancha y tenía su olor impregnado. Era tan agradable que esperaba poder quedarme con ese trozo de tela para poder sentirlo cerca aunque estuviera a miles de kilómetros. No llevaba nada debajo, ni me molesté en volver a ponerme las bragas. Ya nos habíamos visto desnudos y con él me sentía muy cómoda. Raúl se puso únicamente un pantalón de chándal con el que se podía apreciar perfectamente el bulto de su entrepierna.

Mientras me metía en la cama no podía dejar de pensar en que aquellas cuatro paredes habían sido testigo de nuestro momento de pasión.

—Seguro que te encanta Noruega —dije girándome hacia él.

—Sí. Aunque me costará adaptarme a las pocas horas de sol que hay en invierno.

—Pero si estamos en marzo... preocúpate de las horas de sol de verano.

—Cierto.

—Debe ser chulo vivir esa experiencia, quedarse en un país tan diferente al que estamos acostumbrados, como tú en Alemania.

—Es divertido conocer las distintas costumbres de cada sitio.

Acaricié mi pelo, apartándolo de la cara y sentí que tenía que decirle lo que me pasaba por la cabeza.

—Me gustaría acabar lo de antes... —dije con una mezcla de tristeza y vergüenza.

Alzó una ceja como si no esperara que le soltara aquello y empecé a notar un calor horrible en la cara.

Raúl se acercó y me besó. Nuestras piernas estaban cruzadas, podíamos notar cada parte del cuerpo del otro y sentir que su bulto crecía me ponía todavía más cachonda. Empujé un poco de él, haciendo que su espalda quedara pegada al colchón y, mientras nuestras lenguas jugaban, me puse encima. Frotaba mis partes notando su pene empujando la tela, pero no veía el momento de bajarle el pantalón porque no quería hacer ninguna pausa. Raúl me apartó el mechón de pelo para besar mi cuello y noté cómo se contraía mi vagina al sentir sus labios. Tras un rato, hice lo mismo con él. Mientras enredaba mis dedos en su cabello, lamía su cuello, lo besaba e incluso le hice un pequeño chupetón. Su respiración era agitada y me encantaba saber que yo era la culpable.

—Ner, ¿tienes otro preservativo? —susurró, entre gemidos.

Aquel comentario hizo que me separase un poco y quedara mi cara a pocos centímetros de la suya.

—No.

—Mierda.

—¿No tienes? —pregunté algo fastidiada porque pensaba que los tíos siempre llevaban alguno encima.

—No, joder —estuvo unos segundos pensando.

—Podemos seguir como hasta ahora —volví moverme suavemente contra su pene y junté mis labios con los suyos.

Tenía muchísimas ganas de tenerlo dentro de nuevo, pero ya que eso no podía ser, me conformaba con besarlo y sentir su pene frotando con mi clítoris. Puso sus manos en mis

cachetes y me apretó con fuerza contra él. Gemí en su oído y eso pareció gustarle.

El timbre sonó y los dos nos quedamos inmóviles, mirándonos a los ojos.

—¿Quién es? —murmuré con miedo a que alguien más pudiera escucharme.

—No lo sé y no me importa.

Puso sus labios en mi cuello, pero no me dio tiempo a dejarme llevar porque el timbre volvió a sonar.

—Quizás es importante... —me coloqué a su lado.

Raúl se pasó las manos por la cara, irritado por la interrupción. Miré su pantalón y parecía que su pene estaba deseando salir, no sabía cómo iba a conseguir disimularlo.

Golpearon la puerta de su piso.

—¿Raúl? —una voz femenina se escuchó a lo lejos.

No quería malpensar, pero después de lo de Marcos... ¿Qué hacía una chica picando a la puerta de Raúl?

—Más vale que sea importante —gruñó mientras se ponía una sudadera bastante larga que le tapaba el bulto.

Al menos él no esperaba a nadie... O quizás se había olvidado por lo que había pasado entre nosotros.

Salió de la habitación y tuve la necesidad de vestirme de nuevo. Me aterrorizaba la idea de que alguien pudiera entrar y verme ahí en la cama, solo con su camiseta. Escuché a Raúl saludar y cómo se acercaban los pasos al salón, pero no volvía solo.

—Me he enterado de que te vas y quería agradecerte que me metieras en el súper —reconocí la voz de Emma y me dio muchísima tranquilidad.

—No fue nada. ¿Te apetece algo?

—No quiero molestarte, ya es tarde... Hubiera venido antes, pero se ha alargado el cierre —un pequeño silencio inundó el salón, mientras yo estaba en la habitación de al lado haciéndome un moño de cualquier manera.

Sin querer, me di un golpe en la cadera con la esquina de la cómoda y solté un pequeño grito de dolor. En ese momento me di cuenta de que había metido la pata y sentí la necesidad de dar la cara y saludar a Emma. No lo pensé mucho, pero sabía que me había escuchado y que se acabaría enterando de todas formas.

—Hola —entré rápidamente y fui directa al sofá.

Sentí sus ojos clavados en mí y me moría de vergüenza, por eso fijé la mirada en la mesita del comedor. Había una caja de galletas que antes no estaba y traté de prestar atención únicamente a eso porque notaba el calor en mi cara. Estaba segura de que Emma era consciente de lo que había pasado minutos atrás y más con el chupetón que Raúl tenía en el cuello. No me importaba contarles a mis amigas lo ocurrido, pero en ese momento ella sabía que nos había interrumpido.

—Bueno.... Me voy ya, que solo quería agradecerte lo del trabajo —le dio un abrazo.

—Me alegro de haberte ayudado.

—Adiós Nere, nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

No habíamos quedado al día siguiente, pero ella sabía que después de esa noche, tendría que hablar y ponerles al día.

Cerró la puerta y suspiré. Segundos más tarde, Raúl agarró el paquete de galletas de la mesa.

—¿Quieres? —me acercó la caja antes de sentarse a mi lado.

Pillé una de chocolate.

—Sabía que cogerías esa —dijo riéndose.

Sonreí algo tímida. No entendía por qué me ponía tan vergonzosa cuando minutos atrás estaba lamiendo su cuello y restregándome contra su pene. Seguramente él también notaba mi cambio, pero no podía evitarlo.

—Oye, gracias por venir —soltó Raúl rompiendo el silencio.

—No pienso perdonar que no me avisaras.

—Quería evitar despedidas tristes.

—Pues míranos, nos hemos despedido por todo lo alto —encogí los hombros, divertida.

Raúl sonrió antes de abalanzarse sobre mí a besos. Con él me sentía muy diferente a cuando estaba con Marcos, no tenía ese agobio ni me hacía sentir pequeña. Sin embargo... se iba a ir. Nuestras narices se chocaban de lo cerca que estábamos. No dejaba de mirar su cara y seguía viendo ese parecido a Shawn Mendes.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo estarás?

—No lo sé. Prefiero dejarme llevar y ver cómo surge todo.

—¿No tienes fecha para volver?

—No, depende de las vacaciones que me den allí.

Aquello hacía que todo fuera aún más duro. Me hubiese quedado más tranquila sabiendo que volvería en unos meses.

Apoyé mi cabeza en su pecho mientras él acariciaba mi pelo. Pensar que en unas horas ya no podríamos estar así me partía el corazón.

Pasamos la noche sin dormir, charlando y recordando anécdotas del pasado. Intentamos disfrutar del momento, pero de vez en cuando teníamos algún bajón pensando en lo que estaba por venir.

Por la mañana me ofrecí a llevarlo al aeropuerto con mi coche. Recé con todas mis fuerzas para que no arrancara o fallara cualquier cosa del vehículo por tal de que nos retrasáramos y perdiera su vuelo, pero no fue así. El coche arrancó a la primera y llegamos en menos de 20 minutos al aeropuerto. Durante el trayecto reinó el silencio, sólo se escuchaba de fondo la radio. Raúl estaba distante, no tenía nada que ver a cómo se había comportado mientras estábamos en su piso. En cuanto aparqué, abrió la puerta y salió.

—Gracias por traerme —cerró con un pequeño portazo.

Vi que agarraba su maleta y empezó a caminar hacia la entrada del aeropuerto. Desabroché mi cinturón rápidamente y bajé del coche enfadada.

—¿Ya está? ¿Así te despides?

—Yo... —le interrumpí.

—Pensaba que lo nuestro había significado más para ti. ¿Qué soy? ¿Un polvo de una noche?

La gente que pasaba por ahí nos miraba, pero me daba igual.

—No es eso.

—¡Ah, claro! Se me había olvidado que odias las despedidas —estaba llena de rabia—. ¿Sabes qué? A nadie le gustan, pero todos nos enfrentamos a ellas, menos tú —la voz me temblaba cada vez más.

Raúl se acercó a mí.

—No me gustan porque me da miedo que sea un adiós para siempre.

—Pero no lo será, ¿no? —lo miré sin poder evitar que cayeran algunas lágrimas de mis ojos. Me abrazó.

—Quiero que seas feliz, Ner.

Cuando lo vi alejarse me rompí en pedazos. Sabía que ese era el final y sentí un gran vacío al ser consciente de que no volveríamos a vernos.

CAPÍTULO 26

No podía quitarme de la cabeza la frase que me había dicho Raúl: "quiero que seas feliz, Ner". Repetía en mi mente cómo habían sido los últimos momentos a su lado. Se me hacía muy raro que fuera a vivir tan lejos, cuando antes estaba a menos de diez minutos de mi casa. Necesitaba desahogarme y escribí un mensaje en el grupo de Whatsapp.

NEREA
NECESITO QUE NOS VEAMOS.

IZAN
Trabajo hasta las ocho, venid a la cafetería.

PAULA
¡Vale!

EMMA
Vale, nos vemos ahora.

INÉS
Por mí bien.

Llegué la primera, pero Izan no pudo saludarme porque estaba atendiendo a unos clientes. Emma se acercó a mí y me abrazó, reprimí mis ganas de llorar.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó sentándose a mi lado.

Ella e Izan eran los únicos que sabían que había estado en el piso de Raúl, pero ella me vio allí y pudo apreciar el chupetón que le hice en el cuello.

—Mal.

Me agarró la mano.

—Siento si os interrumpí... No sabía que ibas a estar con él.

—Tranquila.

—¿No me vas a contar...? —señaló su cuello, donde Raúl tenía la marca del chupetón.

Sonreí avergonzada, pero justo llegaron Inés y Paula, charlando felices, e Izan no tardó en unirse a nosotras, así que les expliqué la movida con Marcos.

—Menudo gilipollas —Inés fue la primera en intervenir.

—Me da asco. Yo lo veía con buenos ojos, por lo que contabas era siempre atento y joder, era la última persona que me imaginaba siendo infiel —Paula dio un sorbo de su cerveza.

—Encima después de mentirme a la cara y dejarme como una idiota, no tuvo la decencia de volver a escribirme.

—No entiendo que insistiera tanto para luego no volver a hablarte.

—Yo creo que se acojonó cuando le dijiste lo del preservativo. Se dio cuenta de que lo habías pillado mintiendo, pero como es un cobarde de mierda, no se atrevía a decir la verdad —comentó Izan.

—Me da rabia porque tendría que haberme ido en cuanto vi el sobre abierto que no había

utilizado conmigo, sin pedirle explicaciones. Siento que de esa forma me habría ido con la cabeza alta, no como me fui, que encima le di un beso de despedida.

—Estoy segura de que no eres la primera a la que se lo hace —Emma asintió.

—¡Y tanto! Te vende la moto diciendo que es un santo, sin redes sociales, que quiere algo serio, que su ex lo dejó por ser demasiado detallista... —Paula exageró con las manos.

—¿Os acordáis de eso? Demasiado detallista... Venga, hombre, vete a la mierda.

—Qué asco de tío, joder.

—Le di una semana de margen y lo bloqueé.

Paula dejó la jarra de cerveza en la mesa.

—¡Espera! ¿Ha pasado tanto tiempo y nos lo dices ahora?

—Pau, no la agobies —dijo Izan—. Necesitaba tiempo para procesarlo todo.

—Sí. También me sabe mal por el viaje...

—Iremos sin parejas —Inés afirmó mientras miraba al resto del grupo—. Perdón por presionarte con eso, no tendría que haber dicho nada.

Le agradecí el gesto porque no me veía capaz de estar compartiendo casa con el grupo y que trajeran a sus parejas, recordándome que yo seguía sola.

—Quise "despedirme" de él, escribí una nota en el libro que me regaló por San Valentín y se lo envié a su casa. Mirad.

Fui a la galería del móvil, en busca de la foto que hice del libro cuando terminé el escrito. Se acercaron para mirar la pantalla y estuvieron unos segundos en silencio, leyendo.

—Wow, Nere —Paula levantó su cerveza, haciendo un brindis en el aire.

—Yo no hubiese sido capaz —dijo Inés.

—No creo que lo lea —me encogí de hombros.

—Pero tú te has quedado a gusto.

—¿Y cómo estás después de todo? —Pau me dio la mano.

Esa pregunta hizo que la tristeza me inundara de nuevo. Negué con la cabeza intentando aguantar las lágrimas, pero no pude.

—Mal. Y no por él, sino por Raúl.

Sus miradas se clavaron en mí. Estaba preparada para la ronda de preguntas, pero se limitaron a esperar los detalles.

—Después de enviar el libro fui al piso de Raúl y nos besamos.

—¿Qué dices?

—Me dijo que le gustaba, pero me enfadé porque empezó a decir que le agobiaba sentirse atado y sé que es una excusa de mierda y que tiene miedo de perder a la gente que quiere.

—Bff... Es normal con todo lo que le ha pasado.

—Ya. El caso es que me enteré de casualidad que se iba a trabajar a Noruega y fui a su piso porque no tuvo la decencia de avisarme y me dijo que se iba al día siguiente.

—¿Raúl se ha vuelto a ir? Qué fuerte —comentó Inés.

—¿Entonces...?

—Pasamos la noche juntos y lo acompañé al aeropuerto. Desde que se fue siento un vacío... Sé que soy muy dramática, pero es que es una persona muy especial para mí y que se vaya lejos me jode muchísimo.

—A ver... Noruega no está tan lejos. Sí, si siguiera viviendo en su piso estaríais más cerca, pero tampoco estamos hablando de Canberra —Izan trató de consolarme.

—¿Dónde está eso? —preguntó Paula.

—Es la capital de Australia.

—¿Qué? ¿No es Sydney?

—No.

—¿Cuánto tiempo va a estar? —Inés retomó la conversación.

—No lo sabe.

—¿Y vendrá?

—Lo dudo, no tiene a nadie aquí.

—Tía, te tiene a ti —Inés me dio un pequeño golpe en el brazo.

—Y... ¿no has pensado irte? —Paula me miró.

—Claro, podrías ir con él y acabar la carrera allí —comentó Emma.

—No tengo intención de irme.

—Pero sería súper bonito —Paula volvió a insistir.

—Dejad de romantizar todo —Izan alzó un poco la voz—. Raúl no ha querido renunciar a esa plaza para quedarse con ella, es una tontería que Nere sea quien lo deje todo para irse con él.

—Es solo para que lo tenga en mente.

Y lo hice. Le estuve dando vueltas toda la noche. Raúl había insistido varias veces desde que volvió, que el Erasmus me gustaría y aprendería mucho. Se trataba de salir de mi zona de confort, pasar a hablar otro idioma que no dominaba y eran demasiados cambios. A mí me gustaba tenerlo todo bajo control y eso se me iba de las manos. No obstante, por el impulso y las ganas de volver a estar con él, esa misma noche escribí un correo a la persona encargada de las admisiones del programa.

Pasaron un par de días hasta que los de admisiones contactaron conmigo por teléfono.

—Hola, ¿Nerea Gómez?

—Sí.

—Hemos visto que está interesada en realizar el Erasmus. ¿Podría venir al despacho al terminar las clases?

—¡Claro! Allí estaré.

Al colgar sentí un cosquilleo extraño porque todo comenzaba a parecer más real. No me creía que fuera a pedir información para estudiar en otro país porque siempre me había dado miedo la idea de estar alejada de mi familia y de mis amigos. Escribí un mensaje en el grupo.

NEREA

Me acaban de llamar por lo del Erasmus.

INÉS

¿Y...?

EMMA

¿Qué te han dicho? ¿Podrás ir?

NEREA

No sé nada.

Me reuniré con la de admisiones después de clase.

IZAN

A ver qué tal.

PAULA

¡Ya dirás!

La última clase se hizo eterna, contaba los segundos para salir de allí e ir al despacho de admisiones. Cuando llegué, Sandra se presentó y, poco después, me enseñó los diferentes destinos que había. En ese momento fui consciente de la decisión tan importante que iba a tomar solo para estar con Raúl. Dejé de escucharla cuando me distraje con mis pensamientos.

¿Estaba a punto de cometer la mayor estupidez de mi vida?

Él ya estaba instalado en su nuevo hogar, con su nuevo trabajo. Yo tardaría casi medio año en ir... ¿Y si, entonces, Raúl tuviera pareja? No podría soportarlo.

—Puede revisar la información en casa, pero el plazo para inscribirse acaba en pocos días y su destino podría estar cubierto, hay mucha demanda.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo se sabrá la plaza asignada?

—Nos pondremos en contacto con ustedes, probablemente durante las vacaciones de primavera.

—Muchas gracias.

Salí de aquella sala con un montón de fotocopias, agobiada, y sentía que me faltaba el aire. Me alegraba de que Lucía no estuviera allí porque necesitaba estar sola. Me encerré en el lavabo y traté de controlar la respiración mientras observaba los folletos informativos. No quería dejar escapar la oportunidad de estar con Raúl, pero estaba en juego mi futuro. Él ya disfrutó de sus años de universidad, del Erasmus en el país que quiso, y yo simplemente me estaba dejando llevar por un impulso tonto. Era una decisión muy importante e impensable hacía tan solo unas semanas. Si decidía llevarlo a cabo, tenía que investigar bien todos y cada uno de los sitios.

PAULA

Nere, ¿cómo ha ido? ¿Qué te han dicho?

NEREA

Quedan pocas plazas y tengo pocos días para inscribirme.

EMMA

Pensaba que harías los trámites hoy.

Apagué el móvil porque no quería decirles nada de mi pequeña crisis y tampoco quería que me llenaran la cabeza con mensajes que podrían influir en mi decisión. En una libreta apunté los pros y los contra de irme de Erasmus y los pros ganaron. Se trataba de una experiencia única que me haría crecer en muchos aspectos por eso decidí seguir adelante. Envié un correo electrónico a admisiones. Como primera opción puse Noruega, pero también añadí un par más: Irlanda y Suecia. Me parecían destinos muy interesantes y la posibilidad de hacer prácticas que te abrían las puertas al mercado laboral era lo que más me convencía. Casi omito las dos alternativas porque mi objetivo era ir con Raúl, pero tras darle muchas vueltas me di cuenta de que necesitaba un cambio en mi vida y no podía depender de él. La juventud no es eterna y tenía que disfrutarla al máximo, a pesar del miedo.

CAPÍTULO 27

Nos fuimos de vacaciones al apartamento de montaña. El camino fue divertido, íbamos con la furgoneta de los padres de Emma y todos acabamos conduciendo un tramo para que no se hiciera pesado. Agradecí que no vinieran sus parejas porque me hubiese sentido muy sola y hubiera sido muy diferente.

La casa era enorme para los cinco. En cuanto llegamos, localizamos la habitación más grande, que tenía una cama de matrimonio, y pusimos ahí todos los colchones por tal de dormir juntos. Nuestro primer viaje y, por fin, me sentía completamente conectada con ellos. Además hicimos un pacto: los móviles solo los podíamos utilizar para responder llamadas. De aquella forma estuvimos viviendo el presente, sin estar pendientes de publicar en las redes sociales o de contestar mensajes que podían esperar. Éramos nosotros disfrutando de nuestras merecidas vacaciones.

Estábamos en la piscina cuando Inés pudo diferenciar una melodía entre las toallas.

—Suenan un móvil.

—Es el mío.

Fui corriendo a por el teléfono y respondí justo antes de que colgaran.

—¿Nerea Gómez?

—¿Sí?

—Le llamamos de la universidad, ya tiene confirmada la plaza de Erasmus. Comenzará sus estudios en Irlanda a partir de septiembre del año que viene.

Noté un pinchazo en el corazón porque, en el fondo, tenía la esperanza de ir a Noruega y pasar mi último año de carrera con Raúl, pero no pudo ser así. Entré en la cocina para alejarme del grupo.

—La... La primera opción que puse era Noruega.

—Lo sentimos, pero la asignación va por nota y disponibilidad. En ese destino ya se han cubierto las plazas.

Cuando colgó me quedé mirando a un punto fijo del suelo. Tenía la posibilidad de anularlo, pero ya estaba tan mentalizada de que me iba a ir, que no me veía en la misma ciudad otro año, quería vivir nuevas experiencias. Agarré unas cuantas cervezas de la nevera y una Coca-Cola y fui a la piscina de nuevo, donde me esperaban expectantes.

—Me voy de Erasmus.

—¿Vas con Raúl?

Todos los ojos estaban clavados en mí.

—No. Me han puesto en mi segunda opción: Irlanda.

—Joder qué putada.

—Estoy seguro de que te gustará mucho, los paisajes son una pasada.

—Yo estuve hace unos años y la gente es muy agradable y siempre que puede te echan una mano —Emma sonrió.

—Lástima que no te guste el alcohol, allí disfrutarías en los pubs —Inés alzó su cerveza.

—Puede ir aunque no beba.

—Pero lo suyo es estar allí, con la música en directo y una pinta de Guinness.

—¿Y por qué escogiste Irlanda? —preguntó Izan.

—Estuve mirando y la mayoría de empresas contratan a alumnos que han hecho prácticas con ellos.

—¿Si te contratan te quedarías allí a vivir?

—No la estreses, tiene todavía todo el año por delante. Ya se preocupará de eso si después la contratan.

—Sería capaz de vivir una temporada, pero dudo que pudiera asentarme en otro país que no sea este.

—En cuanto pases las primeras semanas y veas que eres capaz de tenerlo todo bajo control, seguro que cambias de opinión.

A pesar de que se trataba de un cambio muy grande donde tenía que dejar a mi familia y amigos, si había tenido la valentía de sentirme capaz de hacerlo por Raúl, también podía hacerlo sola. Era el momento de pasar página, de dejar de lado todo aquello que pudiera hacerme recordar lo que había vivido hasta entonces. Era el momento de empezar de cero.

CAPÍTULO 28

Cuatro meses más tarde

Despedirme de mis padres y de Dani fue lo más difícil porque sabía que hasta diciembre no volvería a verlos, pero entre lágrimas me alejé de ellos para pasar el control de seguridad del aeropuerto. Era un saco de nervios, aunque intentaba mentalizarme, una y otra vez, de que estaba preparada para vivir en Irlanda durante el último año de la carrera. El nuevo curso comenzaba en un par de semanas, pero decidí ir con margen para adaptarme. Lo que más me costaría, sin duda, iba a ser no tener a Lu a mi lado en clase.

Había pasado el mejor verano de mi vida, quedando con mis amigas, yendo a festivales de música, a la playa, al cine... Aprovechando cada minuto juntas.

Tras una gran discusión, Javi rompió con Inés y ella aplicó contacto cero porque no quería seguir con esa relación. Se dio cuenta de que estar en una montaña rusa emocional no le ayudaba a avanzar en otros aspectos de su vida, pero le fue difícil no caer en la tentación, por eso insistimos en hacer muchos más planes de los habituales y a mí me sirvió para no agobiarme con los cambios que estaban por venir. Paula solicitó plaza para estudiar el grado superior de Organización de eventos y la aceptaron. Tenía miedo de volver a defraudar a sus padres, pero aquella vez se había informado bien (algo que no hizo mientras estaba en bachillerato) y el itinerario le gustaba mucho más que el de ADE. Izan obtuvo más responsabilidad en la cafetería. Emma siguió en el supermercado, pero no descartaba, en un futuro, hacer algo relacionado con la sanidad porque le gustaba mucho.

Al final no me compré el coche de segunda mano, prefería gastar mis ahorros en la nueva etapa que iba a comenzar.

En el avión, antes de apagar el móvil, sonó una notificación.

DESCONOCIDO

Hola Ner, soy Raúl.

¿Nos podemos ver?

Me quedé paralizada al ver su nombre. Llevaba meses sin saber nada de él. Podría haberle pedido su número de teléfono a Dani, pero pensaba que lo mejor era dejar las cosas tal y como estaban. No hubiese servido de nada intercambiar mensajes, si no teníamos la posibilidad de vernos en persona. Que él me escribiera después de tanto tiempo me desconcertó e hizo que mis nervios aumentaran. *¿Cómo había conseguido mi número?* No sabía el motivo de su visita y, una parte de mí, tenía miedo de que viniera para quedarse justo cuando yo me iba. Si me hubiese avisado con más tiempo podría haber aplazado el vuelo un par de días, pero ya era tarde. Quizás no estábamos destinados a estar juntos...

NEREA

No. Estaré en Irlanda los próximos meses.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por acompañarme en este camino de altibajos que da la vida. Espero que hayas disfrutado de la lectura, pero sobre todo, que tengas en mente que por mucho que quieras algo no tienes que forzarlo. Deja de aferrarte a lo que te hace daño, suelta. Y, lo más importante, aprende de las experiencias para saber que NO tolerar en un futuro.

Muchas gracias a mi familia, pero sobre todo a mis padres, que me han enseñado a no conformarme y sacar siempre la mejor versión de mí misma en todo lo que haga.

Quiero agradecer también a mis amigos que han leído la primera versión. De verdad que me hace muchísima ilusión poder hablar de mi libro con vosotros y espero que apreciéis los nuevos cambios.

Aprovecho también para dar las gracias a todas las personas que suben tutoriales sobre cómo maquetar una novela, que han hecho posible que mi libro esté en físico.